

ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

Visión de Paz



BUENOS AIRES

1911

OBRAS DEL AUTOR

VERSO

Los Espejos.
Alma Nómada.
El Huerto Armonioso.
La Plegaria del Sol.

PROSA

Cuentos.
El Color y la Piedra.
Formas y Espíritus.
La Voz del Nilo.
Los Cisnes Encantados.
Redención.
La Ilusión.
Visión de Paz.

VISIÓN DE PAZ

JAFFA

Pasamos la noche á la capa, en medio de un temporal desencadenado. Al despuntar del alba el *Niffkiacof* se acerca á la costa. Se nos dice que en aquel mar reinan á veces momentos de calma que permiten descender. El sultán desea el aislamiento de Jerusalén y pone en práctica varios medios: por eso no hay puerto en Jaffa; y así, los buques, cargados de pasajeros, se vuelven muy á menudo sin obtener comunicación con tierra.

Las aguas se estrellan en los cantiles. Las bases de las rocas surgen envueltas en espumas, y las crestas en el humo de las evaporaciones. Allí ha colocado la leyenda la lucha de Perseo, Andrómeda y el monstruo. Casiopea se permitió disputar á Juno el reino de la hermosura, y en venganza, su hija fué amarrada por los tritones al peñón. Sus cabellos esplendorosos le sirvieron de cadenas. Para darle libertad, Perseo tenía que cor-

tarlos: alado y esbelto, al blandir el acero proyectaba su cuerpo en el mar azul. El monstruo, surgido del abismo, como relámpago real de la muerte, se lanzó sobre el impalpable reflejo. El héroe, ultimándolo, escapó del torbellino de olas y sangre. Cupido apareció, sonriendo, al pie de la roca: los alegres vientos cantaban el epitalamio de Andrómeda y Perseo... Con ese recuerdo clásico nos despedimos de la Grecia, que acabamos de recorrer, y versículos de la *Biblia* se mezclan ya á los últimos hexámetros de Homero.

El comandante del *Niffkiacof*, se acerca:

— He aquí el momento — dice — acaban de izar en la Capitanía bandera de desembarco.

Apenas tenemos tiempo de agradecer sus atenciones. Un marinero, en efecto, nos ata. Sube una ola hasta el puente, y en la ola, un bote; nos lanzan en el aire, nos recogen manos de hierro, y, violentamente, descendemos con el bote y las aguas. Dos docenas de remeros hincan los leños: el timonel profiere un grito; la gente responde; los cuerpos se levantan y caen; los músculos de los torsos desnudos se tienden y parecen estallar cual de tritones salvajes convertidos en hombres; la melopea, entrecortada por las respiraciones, es

desesperado clamor de combate, y al llegar á las rompientes de una pretendida rada, el bote se revuelve enloquecido en el vértigo de una montaña rusa.

Á un lado dos botes, no adelantan; se antojan de pescadores.

— Vaya un momento de faena — decimos al agente de la Compañía.

— Señor — nos responde: — estaban ahí por si nos dábamos vuelta.

En fin, henos al pie del desembarcadero. La gente de equipaje nos defiende de los mozos de cordel, que nos llevan un verdadero asalto. Y oímos de nuevo el berrido gutural de las expresiones turcas y árabes, mezclado á las palabras inglesas, francesas y españolas; el clamor exasperante de todos los puertos levantinos, en que el vaho pestilencial de las personas fraterniza con el de las bestias de carga.

Llegamos á la Aduana. Al drogmán que pasa nuestro tesqué le responden que la autorización de Constantinopla no se refiere á Jerusalén. Perplejidad de nuestra parte. Primero, el fantasma de la cuarentena en un lazareto turco; después, el temor de no desembarcar por el temporal; ahora, la

prohibición de entrar en la ciudad. Protesta violenta. Consejo afectuoso de bajar la voz, pues no hay allí cónsul argentino. De seguida parlamento misterioso entre el drogmán y el aduanero. Nos muestran en el tesqué los hieroglíficos turcos, donde falta, según la autoridad, el « Sésamo ábrete » de la Judea ; pero, añaden, que por dos libras lo visarán. En tanto, ajeno á las miserias humanas, el jefe, sentado sobre un cojín, lee el *Corán*, y espanta á los ángeles malos con el movimiento de su cabeza, convertida en péndulo.

El empleado mete las monedas en un bolsillo de su chaleco, saca del otro un sello adherido á una especie de ombligo rojo, y timbra el pasaporte. Antes de salir miramos con curiosidad al piadoso lector : ni un segundo ha dejado su canturreo, ni levanta los ojos, ni advierte nuestra presencia, ni sabe nada de lo que pasa. ¡ Todo sea en loor de la gravedad serena ! Penetramos á los callejones cubiertos de barro, sobre pavimentos de guijarros alzados en punta. Bulle la multitud en la vía del bazar : algunos mucharabieds exhalan perfumes de pastillas quemadas. Las mujeres, cubiertas, nos miran misteriosas, completamente ocultas en sus mantos espesos : á medida

que el viajero se interna en el Oriente, su alejamiento del mundo se hace más absoluto.

Almorzamos en un hotel inglés, limpio como una patena católica; banal como una papa protestante. Un vecino colegio de niños cristianos eleva sus cantos dominicales. Hay una amable bienvenida en el acento alegre de las voces, y en la oración tierna de las notas. Dispersando las últimas nubes, un sol triunfal brilla en los azulejos de los próximos edificios. Se abren largas perspectivas á nuestro frente, y echamos á caminar por las sendas.

Muros de cactus enredan con espinillos sus pomas erizadas, y muestran en sus verdores, reflejos internos de sangre blanca. Sobre esas claras sombras de esmeralda, los naranjos inclinan el peso de sus frutas de oro. Más allá, las palmeras alzan al cielo la elegancia natural de sus troncos y ramajes. Los caminos se cruzan separando los huertos, y los huertos se multiplican en un oasis riente. Algunas casas aparecen con sus ojos arábigos y sus ventanas ojivales, y sus azoteas, tendidas sobre muros de cal blanca, arcos azules y lienzos rojizos. En las rutas duermen mendigos, de cara al sol: guardan entre las manos sus báculos de

caminantes. Otros, en rigidez profunda, mueven los labios, y rezan sin pedir limosna. Parecen los budas de la indigencia en la dirección de una selva sagrada. Los cubren andrajos coloreados, y por los agujeros de los turbantes escapan sus mechass terrosas. Bajo el brillo de palmeras, naranjos y cactus, dan la sensación de adherirse al suelo, no á semejanza de los árboles sino como las piedras. Así, sus colores se marchitan, sus pingajos caen, y devorados por la mugre, lejos de las savias, esperando la muerte, ostentan entre el lujo de las vegetaciones su miseria impávida.

Llegan á la ciudad mercaderes de legumbres, cacharros y baratijas. Envueltos en mantos talarres, con turbantes pintorescos, forman hormigueos bullentes en la dirección de la plaza. Cruzan también, sobre camellos, beduínos con el fusil á la espalda, y tocas de trenzas crinosas, oscuras y recias; otros, reparten leche desde aquel alto trono, más alto que las naranjas, y casi tocando las palmeras. Varias mujeres pasan. Llevan túnicas de múltiples pliegues, y en la cabeza un odre, que el movimiento ennoblece. Han heredado la gracia negligente y elegante de lejanas abuelas, y el agua de sus barros lustrosos, más que para

los labios del cuerpo se antoja para los sueños del alma. Caminamos siempre. Se diseñan dos fuentes, y nuevas mujeres, que charlan, colman sus odres. El rumor de sus acentos se mezcla al de la suave linfa en que canta un versículo del *Éxodo*: «En aquellos días llegaron los hijos de Israel á Elím, donde había doce fuentes y setenta palmeras, y acamparon allí, junto á las aguas.»

Nos detenemos. Las imágenes se enlazan y las reminiscencias se buscan; la brisa juega entre las plantas, hace chispear las hojas y toca las cuerdas del espíritu, tendidas como las de un arpa. Los animales, que cruzan, sirviendo para los usos de la vida, no pueden ir, ni en idea, á los lugares sagrados de los sacrificios antiguos. Pero pensamos en ellos. Oímos al Cirene, de la geórgica virgiliana, aconsejar á su hijo: «En los cuatro altares de las Diosas, inmola cuatro becerras de la cumbre del Licio, de cerviz no usada por el yugo. Ofrécelas á las sombras de Orfeo y de Eurídice; por su virtud, en las carnes disueltas brotarán abejas del licor caliente de los huesos, abejas que saquen miel de las rosas, cantando los amores del héroe y de la virgen.»

La tradición se perpetúa. Á su entrada en Je-

rusalén Jesús elige á su vez la más humilde de las bestias, y dice á dos de sus discípulos: «Id al lugar que está enfrente de vosotros, y hallaréis un pollino, sobre el cual no ha subido ningún hombre: desatadlo y traedlo.»

Desfilan hoy, ante nosotros, burros diminutos y fuertes. Algunos muchachos, los cabalgan y barren el suelo con las palmeras que arrastran. Son ramos destinados á la fabricación de chozas, pero la ilusión emociona, en el domingo de sol, al pisar la Tierra Santa.

Estos animales descienden de aquellos que temblaron bajo la mano de Cristo; estas palmeras de aquellas que con las vestiduras se tendían al paso del séquito.

Jesús, añadió: «Si al desatar el asna y su pollino, alguno os replicase algo, decid que el Señor los necesita, y luego los dejará». Y, sin duda, allí donde sembrara el amor para recoger el sufrimiento, todo le pertenecía: el agua de la fuente, el fruto de la higuera, el ramo del olivo, la frescura de las brisas y el alma de los hombres.

Turbadora tristeza se apodera del viajero: traen las sandalias el polvo de las sendas impuras; y es

menester antes de proseguir, besar el rastro de los pies divinos!

La voz del profeta, sacude, en tanto, los árboles, las aguas, los oídos y la mente:

«¡Oh! transpórtate de alegría, Hija de Sión;
Lanza gritos de júbilo, hija de Jerusalén.
He aquí tu Rey que viene
Sobre un pollino, el pequeño de una asna.
Yo destruiré los carros de Efrain
Y los caballos de Jerusalén,
Y los arcos de guerra serán aniquilados.
Él anunciará la paz á las naciones
Y dominará desde una mar á la otra.»

La profecía necesitó diez siglos para cumplirse. Por ella, un mundo nuevo se iba á juntar á los dos antiguos, verificándose después de la entrada en Jerusalén un cambio profundo y universal en la Historia. San Justino, místicamente, saludó el asna, cual símbolo del pueblo judío, sometido al yugo de la ley y asistiendo al triunfo; y al pollino, cual emblema del paganismo, no sometido aún á la ley mosaica... Tropel de gentes se arremolinaba en torno del Maestro: «Salud y gloria al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor». Muchos, alfombraban con sus vestiduras el camino; otros, cortaban ramas de los árboles; las mujeres;

arrojaban flores; y todos traían gajos de olivo, imagen del de la Paz, que paseara la paloma del Arca sobre la destrucción del Diluvio.

¿En dónde el carro de los reyes de Babilonia, el cetro de los faraones de Egipto, el laurel de los conquistadores griegos, la espada de los césares romanos? Caballero en la humilde bestia, iba la figura sin más símbolo que el resplandor de sus ojos, sin más corona que el oro de su pelo, sin más cetro que su pureza, sin más ejército que su palabra. Ni abanicos triunfales, ni bosques de lanzas, ni desfiles de tesoros, ni cortejos de cautivos: lo custodiaba, y era bastante, el grito jubiloso, pregón de la maravilla de su obra. Y las calles de Jerusalén se conmovían, y toda la ciudad se preguntaba: — « ¿Quién es éste? » — y los discípulos respondían: — « Este es Jesús, el profeta de Nazaret, de Galilea. »

Al bronco acento de las multitudes, se unió entonces la cristalina voz de los niños: « Salud y gloria en las alturas ». Esa voz, más fresca que los renuevos del olivo, era la posteridad saludando la Resurrección sobre la Muerte. Los fariseos lo comprendieron: — « Maestro — murmuraron — reprende á tus discípulos ». El dulce acento de Je-

sús se hizo enérgico: — « Os digo que si estos callaren, las piedras darán voces.»

Una semana después, muchos de la misma turba pedirán la condenación ante el Pretorio, proferirán las blasfemias del Calvario, negarán el milagro del sepulcro. El drama se reproducirá eternamente: hoy, en toda una nación; mañana, en sólo un alma. Pero las palmeras que vemos en Jaffa; el olivar que saludaremos en Getsemaní; los mirtos dejados en Grecia, se proyectarán siempre sobre el rosal de la Pasión, para decir á los hombres: « En nuestros rumores grita un inmortal prodigio; *no importa que calléis un momento, las piedras darán voces.* »

El instantáneo cuadro, intenso, evocado al paso de las bestias y de las palmas, se esfuma y se disuelve, dejándonos pensativos.

Volvemos á marchar. El rumor de los verdaderos ramos, agita aún las substancias inmateriales del espíritu. Las plantas de los jardines, truecan poco á poco sus radiantes verduras, por la melancolía callada de un instrumento acordado entre sublimes vuelos. ¿Quién se llevó la mano prodigiosa que estremeció sus cuerdas con rayos de sol y soplos de brisa? Suena la esquila de la escuela

cristiana, murmurando palabras del Evangelio: «No entrará en el reino de Dios quien no lo recibiere como un niño». La misma mano que animó las palmeras tañe el bronce; las notas suben á lo azul; y esta vez el paisaje quiere fundirse con lo infinito, mientras la oración dominical se exhala de nuestros labios y de las cosas. «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre»...

Por un camino travieso llegamos á la plaza de Jaffa. El sol brilla pintorescamente sobre las ropas talaras de la multitud. En un rincón, varios camellos, echados, forman un círculo, y en su centro danza un mono, repugnante, de un cingaro de feria. Los beduínos lo asustan imitando rugidos de leones. Chasquea el látigo del amo en vez de órgano ó tambor, y la pobre bestia, al son de la suela, hace muecas de mártir ridículo. Más lejos, de pie, otro grupo oculta su atención en la soñolencia de rostros bronceados. Los camellos, la cabeza en alto, abstraídos y despiertos, sometiéndose á un pensamiento en que parecen pesar varios siglos, se inmovilizan, y con desdeñosa majestad, esperan, para animarse, el latigazo del viento del desierto.

EL TRIUNFO DEL SEPULCRO

Cuatro horas de viaje de Jaffa á Jerusalén. Encontramos una peregrinación de abisinios. La presiden sacerdotes vestidos de azul y toca negra, literalmente cubiertos de harapos. Sus exiguos recursos no les permiten ni burros ni camellos: tienen por única ayuda en el viaje sus báculos. Los rostros cobrizos de las mujeres evocan á la Reina de Saba, más hermosa que los crepúsculos orientales. He aquí sus últimos súbditos. Cuán lejos la gran pompa de servidores, los ciento veinte talentos de oro y las aromas y piedras preciosas de que nos habla el libro de los Reyes. No dirán los romeros á Salomón: «Dichosos los que están contigo, y gozan siempre de tu presencia, y escuchan tu sabiduría». El rey no responderá triunfal á las preguntas de la reina, ni le devolverá los dones, oyendo las cítaras, desde el trono de marfil, entre los esplendores de Tar-

sis. Á los recuerdos fabulosos de las flotas de Hiram, han sucedido las ruinas, cubiertas de mugre y tristeza, como esta caravana astrosa, á la de la peregrina, que tanto ha hecho soñar á los hombres. Pero vienen los abisinios á visitar el sepulcro del Hijo de David. Iluminados por la fe traen la riqueza de la oración, y en cambio del presente de su miseria, pedirán al santuario la alegría espiritual de su paz y el sustento de su pan eucarístico. ¿No son, en realidad, el símbolo de millones de almas?...

Fértiles hondonadas cubiertas de viñedos se enlazan con nogales. Allá, en una eminencia, vislúmbranse las murallas de Jerusalén. Pensamos en el ejército de Godofredo. Descalzo, y sin oro y sin seda, humilde y rendido, acusándose de no verterlo, vertía llanto sobre sus armas. Así lo pintó el Tasso. ¡Qué contraste con estos árboles envueltos en el silencio, sobre la tierra desierta!... Las torres empiezan á dibujarse. Zumba en el espíritu el salmo del cautiverio: «Pegada quede al paladar mi lengua, si no me acordase de ti, ¡oh, Sión santa! si no me propusiese á Jerusalén como el primer objeto de mi alegría.»

Aparece la puerta de Jaffa y rozamos la ciu-

dadela. Al Noroeste se alza la torre que habitó el rey-poeta. La respetó Tito, y fué allí la gran batalla de los Cruzados. Á sus memorias épicas se junta la imagen idílica, en un hálito de inmortal sentimiento. El Esposo dice á la Esposa: «Tu cuello es recto y esbelto como la torre de David, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes». Y así, al tocar los sagrados muros, el *Cantar de los Cantares*, saluda desde la más alta cima, con el amoroso diálogo de Cristo y de su Iglesia.

Queda atrás la torre, reposando en la roca viva, un cubo de cuarenta codos, sin otro ajuste en los bloques que su propia pesadumbre. Anaqueles de naranjas y de dátiles, postas de mulas, tiendas de bebidas y kailanes, atraen una multitud riente y gesticulante.

Después de detenernos un momento en la hospedería, nos internamos en las calles, camino del Santo Sepulcro.

No hay aceras, y las bóvedas se enlazan de modo, que la ciudad, hecha de claustros, da la impresión de un inmenso convento. Convento que reúne monjes y clérigos de todas partes del mundo, y convoca peregrinaciones de todos los puntos de

la tierra. Á izquierda y á derecha se extienden los comercios; los obreros se sientan en cojines, entre chalanos verbosos. Rostros cobrizos, blancos, negros, brujulean en torno; y bonetes oscuros, de griegos; cabelleras en guedejas, de judíos; turbantes blancos, de ismanes; verdes, de ulemas; tocas con cuernos, de beduinos; feces rojos, de turcos; tejas, de frailes; cornetas, de religiosas, forman un río mareador, sobre ropas talares de todos los colores y de todas las fantasías. Los burros y los camellos detienen á menudo el tránsito, y estalla vocinglero tumulto en que se confunden idiomas y dialectos; bruscamente se rasgan las claraboyas, y caen de lo alto hachazos de lumbré, sembrando en caras y trajes, claroscuros violentos. Caminamos sin ver, sin oír, abstraídos hacia la basílica. He aquí el atrio. Nuestro guía despacha á mojicones turbas de mendigos y vendedores de recuerdos. En la puerta, soldados turcos fuman sus kailanes, graves en un diván; otros, se calientan en braseros encendidos. Se abre ante nuestros ojos un templo extraño, una babel de construcciones grandes y pequeñas, cuya perspectiva no sugiere plan de arquitectura.

Nos dicen: «He aquí la piedra de la Unción».

Imaginamos que José de Arimatea amortajó sobre ella el cuerpo del Maestro. Seis lámparas la alumbran con brillo de alabastro, entre cirios colosales.

Ascendemos la escalera de dos capillas: una, es griega; y otra, católica. Oímos una voz: «Bajo la plataforma está el Gólgota». Una reja permite vislumbrar la roca tal como quedó después de la divina agonía. Pero nada vemos en nosotros mismos. Sensaciones que no resultan, ideas que no nacen, ausencia de sensibilidad y de memoria. Buscamos rehacer el pasaje concerniente de la Pasión: inútil. Hemos leído la noche anterior el Evangelio de San Mateo, y se nos antoja libro nebuloso, hojeado en otra existencia. Nos esforzamos por evocar los Calvarios célebres de Madrid, de Roma, de Venecia, de Amberes: el realismo español, el esplendor veneciano, el sentimiento ingenuo de los primitivos, todas las inspiraciones del color, no pasan de afligentes tinieblas. Los crucifijos en mármol y bronce, con el familiar, de Canova, de la capilla de nuestros padres, en Buenos Aires, y con la gran figura de Miguel Ángel, tendida sobre la Virgen, en el San Pedro de Roma, pierden sus contornos en un vapor informe. Á través del velo de esa inconsciencia, ni un rayo de luz...

Un inmenso etíope á nuestra diestra, descalzo, con la toca en la mano, reza. ¿Qué ha venido á hacer aquel hombre en aquel sitio, dejando sus montes de África? Volvemos á la piedra de la Unción. Las lámparas brillan raras con el misterio de sus luces de luna. Y pensamos en el cielo azul de afuera, que es el mismo de Europa ó América. Todo es raro, porque nada cambia, y este día es como todos los días, y nos parece raro que los monjes del sitio no comprendan lo extraordinario de andar sonámbulo en aquel paisaje cubierto por un templo.

Se alza un enorme cilindro: lo forman habitaciones de pobre aspecto: arriba, celdas obscuras como guaridas cavernosas de montaña; abajo, capillas con lámparas y rejas. Inclizamos la cabeza y transponemos una puerta:—«Este es el oratorio del Ángel», — dice un franciscano. Muy poco expresa nuestra cara; pues, añade, en tono de explicación: «Un ángel había removido la piedra, y aquí lo vió María Magdalena». Y debía de ser «su aspecto como un relámpago, y su vestidura como la nieve», — añade otra voz que no es la del fraile. Queremos que se fije, y ya se ha ido, y no la

podemos oír. ¿Por qué no vuelve á resonar la voz misteriosa?

Encorvamos la espalda y entramos en una estrecha celda. Al frente se dibujan dos cuadros: un Cristo sale de una tumba y vuela; otro, habla á una mujer en un jardín. Y raro nos parece que aquellas pinturas sean como todas las pinturas, y no resplandezcan por sí solas más que las lámparas y las estrellas.

Un paralelogramo de mármol surge del muro, semejante á un hendido sarcófago griego, pero sin colores ni bajos relieves. Habla el fraile: « Debajo está el Santo Sepulcro ». Maquinalmente lo besamos. Es quizá el verdadero. Nos creemos en Buenos Aires, y soñamos con verlo un día, imaginando cómo será, y lo que ante él debe sentirse. Mucho debió de evocarle el Tasso al cantar las guerras de su conquista, entre la armonía de la voz de los ángeles: « Gloria á Dios en las alturas, paz á los hombres de buena voluntad ». Mas no: otro es el grito. Esa es la alabanza de su cuna y estamos ante su losa. « El Señor ha resucitado. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? » He aquí la frase justa de los mancebos á las mujeres. La madre de Santiago, y María Magdalena, prepara-

ban mirras para embalsamarle: en el primer momento, aun sabiendo la gloria del Maestro, quizá lamentaron no verle, y no ungirle con sus aromas. Cuando al sentir humano sucedió la exaltación divina, corrieron jubilosas á contar la buena nueva... Una hermana de la Caridad, entra, se siente mal, como sobre un muerto, y se la llevan, desvanecida, del sarcófago vacío.

La conciencia vuelve á nuestro espíritu. Más allá, se dibujan túmulos de queridos despojos, y salen del Santo Sepulcro rayos de alba que, compasivos, los bañan. Construyen el puente de oro entre el cielo y la tierra. Después la piedra de Jerusalén dilata su virtud hasta el osario de los seres primitivos, cual si fuera en el mundo un cementerio el reino de la eternidad. Desaparecen los pueblos como los hombres; los siglos forman pasajero instante, para que los alumbre un sol infinito: luchas, pasiones, dolores, alegrías, estallan entonces en una sola voz: « Muerte, ¿ dónde está tu victoria? » Ese grito de San Pablo es el triunfo del sepulcro. ¡ Luz del espíritu cae sobre su piedra! ¡ Sobre su piedra cae sombra de la conciencia! Besa su dureza ¡ oh, sombra! y ligera, te levantarás transparente. Besa su frialdad ¡ oh, luz! y llameante, te sentirás inextinguible!...

EN EL CONVENTO FRANCISCANO

Desde el coro de la iglesia de San Francisco asistimos á la misa. El órgano suena. Cristo no conoció sino el salterio, el címbalo, el sistro, la sambuca. Alguna vez el arpa debió envolverle en los cantos de su abuelo David. No discutió arte, ni enseñó estética. La Belleza estaba en la propia belleza de su Evangelio, desnuda y vestida como el lirio. Pero él, entre el recuerdo de los árboles del Génesis, evocó al cielo, mirándose en corrientes que mezclaban su rumor al ritmo de las alas angélicas. Y á no haber reflejado en su pensamiento, el cielo místico de su reino espiritual, el encanto penetrante de su voz lo hubiese hecho concebir. Su vida, sembró esas aspiraciones, y su muerte dejó para muchos en el mundo melancolía eterna. Del contraste de nuestro ser, que es la realidad, y el suyo que es el ensueño, brota radiante su figura inaccesible. El alma recibe su soplo, se

convierte en mar de ella misma, y sabe de dónde sale al bogar, pero sólo con luz exaltada, advierte á ratos la otra infinita ribera. El sentimiento místico, ardiente en su amor, no encuentra siempre la palabra, y se refugia en la música. Ésta, entonces, le presta misteriosa ayuda: funde lo material de los sentidos y arrebatada su esencia suprema, que, á su vez, filtra en los acordes inefable lumbré. El órgano complementa el espíritu. Cuando, fatigado, el caminante se detiene en la cima, y observa, tristemente, el paso de las nubes, las notas le dan la ilusión de que sus oraciones vuelan más allá de los vapores, en pleno éter, en pleno sol, en pleno Empíreo.

Habló Cristo un extraño lenguaje y cautivó desde el principio la sencillez armoniosa de su luz. Su rasgo fué la universalidad, como que era el padre de todos los hombres. Su doctrina no se encerró en una casta sacerdotal; ni se dirigió á un grupo de iniciados en Eleusis ó en File; ni siquiera á una nación ó á una raza; mandó que sus discípulos predicasen al potentado y al miserable, al rey y al esclavo, al sabio y al ignorante, en todos los pueblos de la tierra. Su vida misma fué universal; actuó entre ricos y pobres en la so-

ciudad política, y en la sociedad religiosa, deslindando sus dos esferas; bendijo á la infancia; salvó á la mujer pecadora, enalteció á la amante, santificó las nupcias; refutó á los doctores del templo, con la razón, y arrojó á los mercaderes, con el látigo; proclamó la inmortalidad del alma, ofreciendo la vida eterna; y nuevo sol, iluminó los horizontes de una nueva historia. Bonald, que ha analizado esa acción en páginas memorables, se refiere á los preceptos de los legisladores y á los ejemplos del Maestro, para exclamar sintéticamente: «Á Numa, á Solón, á Licurgo, les oigo; á Jesucristo le veo». El hombre más ínfimo, en comunión con su Padre, puede purificarse en sí mismo, y engrandecerse. Pero no debe aislarse, sino en el caso excepcional de un absoluto misticismo, pues el bien hecho á sus semejantes, entra como elemento de la plenitud de su alma. Á Cicerón, que se quejaba de que Homero prestase á los dioses la naturaleza humana, en vez de elevar á los hombres á la naturaleza divina, lo hubiese regocijado la obra de Jesús. Un comentador añade: «Su palabra puso en la frente de los más pequeños su propia aureola: después de su venida, el hombre resulta como otro ser; y San Pablo lo comprueba: *Pri-*

mus homo de terra, terrenus: secundus homo de cælo, cælestis. Igítur, sicut portavimus imaginem terreni, portemus et imaginem cælestis.»

Mas no sólo se transforma el hombre por la influencia misteriosa de la muerte divina ante la falta de Adán. El Cristianismo forja su cetro en el amor. Según una gran palabra: en amar al prójimo estaba su bandera, y en amar al enemigo su victoria. Jesús se convierte en conciencia de la humanidad. Por eso, rebatiéndolo, el error se juntará á las pasiones y al instinto. Agrio es á menudo en materia de renunciamiento, no deber difundir las sombras del Calvario con la obscuridad de las culpas, sino vigorizar el brillo de la Resurrección con el fulgor de las virtudes. Sobre el Amor se dignifica el hombre, y llega en la dignificación á lo absoluto, puesto que por él muere quien así se lo enseña. Y en ese grado absoluto, entra también la mujer, que dejando de ser «el ser que sólo tenía el derecho de llorar», plasma, igualada á su marido, el fundamento de la sociedad. El amor se extiende en manifestaciones ciertas: se infiltra como en las savias de la creación, ofreciendo, junto á la fuente, la flor, el fruto y la sombra. La caridad, hace del hombre, algo más que un ser sociable:

lo dado en bienes materiales, ó consuelos, no se da al pobre ó al doliente, sino al mismo Dios, término del perfeccionamiento. Luego, quien ama se vuelve digno de amor, y el círculo, cerrándose, toca la llave de la vida invisible. La libertad, matando el egoísmo, arranca también del amor, suprema luz de caridad: y existiendo una ley natural, superior á la voluntad del estado, todo código civil ó político encarnará esa libertad, depurada en la letra como en el espíritu. Así se enderezarán las sendas torcidas, se igualarán las escabrosas, se terraplenarán los valles, y, sobre el paisaje se erguirá la Justicia, potente, y con más sombra que los cedros del Líbano. Todas las consecuencias nacen en el evangelio del Amor, y en el mundo nacerán mil consecuencias del Evangelio. Entre estertores agónicos se desploman los imperios arrastrando en el derrumbe leyes y doctrinas. Mata á Cristo un pretor romano en el Gólgota; y Cristo, desde el sepulcro mata á los césares. Pasan como espectros los dioses del Olimpo, aunque queden ideas de sus grandes filósofos, y sobre sátiros, ninfas y fiestas báquicas, se alza el símbolo de la Virgen inmortal, con la luna por calzado y las estrellas por corona. Las

religiones habían tenido su fuente en los pavores del hombre ante las fuerzas de la Naturaleza: el Evangelio significa «la buena nueva», porque ahuyenta el terror y coloca la Divinidad más allá de lo visible, predicando la bondad, el perdón y la dulzura. Apesar de lo enorme de la revolución, la palabra de Jesús no fué violenta. Rara vez tomó el acento tonante: una brisa había desencadenado el huracán. Su voz fué la semilla de la flor que preparaba el fruto, y en todos sentidos acontece igual cosa. Ved á sus apóstoles dudando de su resurrección. Uno de ellos tiene hasta que meter el dedo en sus heridas. Si se mira á Tomás, llamado Dídimo, no se prevé aun la repentina y militante fe de un San Pablo.

Así, la sambuca, el címbalo, el salterio, que acompañaban las cítaras de tino en el templo de Salomón, y el mismo magrepha, quizá su origen, no hacían presentir el órgano. El órgano, por amor, vislumbra á Cristo; y por poder comprende á los profetas. Leed el Pentateuco de Moisés, el poema de Job, las lamentaciones de Jeremías, el idilio de la Navidad, la tragedia del Calvario. La imaginación se detiene. Las alas caen rotas por la misma fuerza, por el encanto, por el

sufrir ó por el misterio : el órgano es la intangible palabra del Espíritu, superior á sí mismo, en la lectura de los Libros Santos. El alma, en la inspiración de su voz, ve y palpa lo sobrenatural. Los textos se transfiguran, pierden su naturaleza humana, adquieren su sentido divino, y un resplandor que los devora, sin calcinarlos, como la zarza ardiente del Oreb milagroso. El órgano, desde la tierra transparenta el espacio. Si un sueño dibuja abismos, impelidos hasta sus fauces, nos es imposible gritar : así, despiertos, sentimos ante sensaciones misteriosas, ideas palpitantes que no podemos decir, agotados en el esfuerzo. En vez de expresarlas el órgano, las canta ; tiene el flúido espiritual hecho nota ; condensa el Antiguo y el Nuevo Testamento cual Biblia de la música : y Jesús es su artífice, pues por su amor nació este viento absoluto de la armonía.

Seguimos pensando. Por el amor de Jesús la pintura llegó también á lo sublime. Por el amor de Jesús animaron á las estatuas las chispas del sufrimiento. Por el amor de Jesús levantó sus torres la Catedral gótica. Su doctrina se hizo de gloria para el arte : los discípulos contemplan las hermosuras del templo. Él, observa una viuda que se

acerca al gazofilacio : « En verdad, os digo, que esta pobre viuda ha echado más que los ricos, porque éstos han dado lo que les sobra, mientras que aquélla, de su pobreza, ha echado todo el sustento que tenía ». Y sorprende su reflexión á los maravillados por las piedras esculpidas y las opulentas ofrendas. Ellos, saludan la belleza material ; Él, aprecia los impulsos morales... Renán, comentando, niega la sensibilidad plástica del Maestro, como pudiera hacerlo con un visitante, á quien se muestran las naves de *Nôtre Dame*. ¿ Por qué olvidar su naturaleza divina, si ella es el germen de todas las naturalezas ? ¿ Por qué viviendo entre misterios, y siéndolo nosotros mismos, no nos inclinamos ante el misterio ? Al crear Dios la materia en movimiento y someterla á leyes, la vida manifestóse en obras de evolución hacia la hermosura ; así, también su doctrina de amor, sacudió múltiple el mundo del espíritu. Le basta dar la primacía á Pedro, y el resultado lógico de su misión, el nacimiento de la Iglesia, encuentra todo su curso. Bien sabía Jesús que el sistro y el salterio, la sambuca y la lira, iban á fundirse en el órgano.

Bien sabía, que sin entonar la loa de los baláustres de tino, de la púrpura del velo, de las ceras

de Arabia, de los querubines de oro, iba en otros siglos la piedra á convertirse en torre, el madero en altar, el oro en mitra, la púrpura en palio, la cera en cristal, el cristal en ventana gótica. Bien sabía, que un beato de Florencia iba á llamarse Angélico, por sus ángeles. Bien sabía, que las rosas de un Bonfigli iban como cálices alados á buscar en sus nubes rocíos de esperanza. Bien sabía, que retablos inocentes iban á seducir la imaginación tierna de los niños, como la *Adoración*, del Correggio, ó la *Cena*, de Leonardo, á cautivar la inteligencia madura del mundo. Meted en un granero cuadros, estatuas, objetos; abatid templos y catedrales, y preguntad con qué llenaréis veinte siglos de belleza. Grecia y Roma se filtran á través del Renacimiento, y la sangre pagana tiene por lumbre la Cruz, transformada en astro. Cristo fué un esteta, cuando dijo: « Amadme, y todo os será dado por añadidura ». Entre esas añadiduras, pongamos la divina del arte. Al fundar su reino espiritual, le resultan en todo concordancias grandiosas, y no es extraño que quien llega á su sepulcro, por exceso de emoción, pierda, como nosotros ayer, la conciencia del instante.

El órgano sigue sonando. La misa empieza. Se

entabla el diálogo del sacrificio cristiano, preparando la inmolación del cordero espiritual, en el misterio eucarístico que reconforta á los hombres.

— « Yo me acercaré al altar de Dios que regocija mi juventud. »

— « Yo cantaré tus alabanzas, ¡oh, Señor! ¿Pero, alma mía, de dónde te viene la tristeza y porque me llenas de turbación? »...

Y nosotros, turbados, vemos los oficiantes, los monagos, y los monjes que responden desde el coro. Nos parece estar entre viejos amigos. Son los sayales del convento de Buenos Aires; las sillerías son las de nuestra ciudad: el mismo latín y el mismo incienso. Allá, se pedía para Tierra Santa, y pensábamos en estas regiones maravillosas: ahora, evocamos aquel rincón apacible. Á la sombra del hábito de Asís, entre los ancianos de la familia, oíamos, como los otros niños, los salmos, y el nombre de Sión agitaba sonoro, sus alas de misterio. Henos al pie del monte y las memorias nos distraen, también con una forma de amor: ¡cuando la rama se enternece en la primavera, olvidándose un instante del sol, inclina las flores de su vida hacia la tierra de su savia!

BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO

Visitemos detenidamente la gran basílica. Desde la muerte de Jesucristo, nos dice la obra del Padre Lievin de Hamme, el Gólgota y el Santo Sepulcro recibieron el constante homenaje de los cristianos. Después del sitio de Tito, que no dejó piedra sobre piedra, según la expresión bíblica, San Simeón condujo sus fieles á la ciudad de Pela. De allí volvió á Jerusalén, buscando entre los escombros los sagrados lugares. Por su parte, los conquistadores hicieron todo lo posible para profanarlos. Adriano llegó hasta dedicar el Calvario al culto de Venus, y el Sepulcro al de Júpiter. Constantino acabó con los sacrilegios. La emperatriz Elena quiso glorificar las ruinas. En su celo procedió con ligereza: saltaron las piedras, se aplanó el paisaje; y el Calvario fué separado de las rocas de la tumba. Luego, se edificó una basílica. Eusebio, historiógrafo de Constantino, nos

ha descrito el monumento. He aquí el párrafo sintético que generalmente se cita, porque evoca su magnificencia: « Los muros, revestidos de los mármoles más bellos, sostenían un plafón de casetones dorados, cuyo efecto maravilloso producía el brillo de un mar de oro puro, resplandeciente de luz.»

El rey de los persas, Cosroes II, en 614, entregó la basílica á las llamas. Más tarde, por la intervención de su mujer, Modesto, futuro obispo de Jerusalén, levantó sobre los cuatro santuarios, cuatro iglesias. Los árabes invadieron la ciudad, y Omar respetó los edificios; pero después los destruyó el califa Hakem. La nueva reconstrucción se debió al mundo cristiano. Raúl Glaber pinta el concurso de peregrinos y la afluencia de presentes: mas sólo se pudo terminar por el tratado de los sucesores del califa, con los emperadores Miguel el Paleólogo y Constantino Monómaco. Adoptóse el antiguo plano de Modesto, es decir, el de múltiples santuarios. Los Cruzados, en 1130, los reunieron en un templo, y bajo sus bóvedas reposaron los restos de Godofredo y otros reyes latinos. En 1808 un incendio devoró la gran cúpula que cubría la capilla del Santo

Sepulcro: fué repuesta, no en mármol, sino en mampostería. La iglesia actual es, pues, la del obispo Modesto, modificada, y en ella, según el marqués de Vogüe, autor de la obra más erudita sobre los monumentos de Jerusalén, se mezclan el estilo romano y la ojiva sarracena.

Á su entrada, vigila constantemente, la guardia turca. Los superiores de los padres franciscanos, de los monjes griegos y de los armenios, tienen derecho á pedir su apertura, estando obligados á su vez á dar una retribución en plata, café, carbón y cirios.

Transpuesto el pórtico encontramos la Unción. Se supone que en aquella parte de la roca, José de Arimatea y Nicodemo, amortajaron y embalsamaron el cuerpo de Jesús. Santa Elena ordenó que un mosaico cubriese la desnudez de la piedra. Cuando los franciscanos tomaron posesión oficial del Santo Sepulcro, el mosaico no existía. Los georgios, en 1505, compraron el lugar á los musulmanes, y, según Lievin, el rescate costó á los cristianos 50.000 escudos. Éstos lo recubrieron de placas marmóreas negras, substituídas en 1808 por una gran piedra roja. Hoy pertenece á los latinos, griegos, coptos y armenios:

cirios colosales, con imágenes pintadas en su cera, arden noche y día entre lámparas de nieve. Sobre la pared vecina, donde numerosos mosaicos se confunden á rejas y tapices, se ve el embalsamamiento, en un cuadro mediocre.

Á doce metros, otra piedra, resguardada por hierros, rememora á las tres Marías, en la tarde trágica. He aquí el pasaje de San Lucas: «Todos aquellos que conocían á Jesús, y las mujeres que le siguieron desde la Galilea, estaban ahí mirando lo que pasaba.»

El Gólgota no se delinea: lo cubre la capilla; se suben veinte gradas, y en la plataforma se alzan altares griegos y católicos. Las aberturas de la escalera dejan vislumbrar la roca, partida desde la cumbre. Se recuerda el versículo de San Mateo: «Al mismo tiempo el velo del templo se desgarró, la tierra tembló, las piedras se hendieron». El Calvario no escapó al terremoto, señalado por Plinio.

Oigamos una antigua y curiosa tradición, añadiendo que San Jerónimo la ha destruído al certificar que Josué fija el sitio de la sepultura en Cariatz-Arbe. Melquisedech, según la explicación hebraica, es Sem, hijo de Noé, y cuando

dejó el Arca vino á fundar á Salén, ó sea la futura Jerusalén. Noé, salvaguardia de los restos de Adán, dió á su hijo mayor la cabeza, y distribuyó los otros huesos entre los menores. La cabeza fué sepultada en la base del Calvario: y la sangre del Redentor, á causa de la hendidura del viernes, pudo tocar el cráneo del hombre que creó el Pecado. Desde entonces, al pie de los Gólgotas se pone ese símbolo de la calavera, mientras en una concavidad del verdadero se fundó la capilla llamada de Adán.

Mucho se ha discutido la autenticidad del Calvario. Los evangelistas, en efecto, lo colocan fuera de los muros, y el monte está dentro de Jerusalén. Pero excavaciones últimas han descubierto murallas más interiores, correspondientes á las de la época. Débese, pues, respetar la opinión antigua: no hay, como dice Renán, objeciones capitales que obliguen á turbar al respecto los recuerdos cristianos.

Lo lamentable es el tallado del montículo para convertirlo en corazón de la capilla; como son lamentables todas estas construcciones que evitan recibir de las cosas la emoción de una forma, ya hecha carne viva en la imaginación de la Humani-

dad. El Calvario, por sí sólo, era columna, altar y templo, de modo tan absoluto, que si fuese posible verle, inútil sería intentar describirlo. ¿Qué podría añadirle la mano del hombre? El cincel de Miguel Ángel hubiera retrocedido temeroso.

Descendemos del Gólgota, y llegamos al centro de la enorme basílica, ó sea á la capilla del Santo Sepulcro.

El edificio que la cubre presenta un enorme círculo. Empieza por columnas pequeñas y pequeños arcos, puertas de oratorios y puertas de celdas. Más arriba, una línea de nichos luce cirios, lámparas, candelabros. Después, otro cuerpo, cortado y sostenido también por columnas, da acceso á los balcones. Á ras del fastigio de sus arcos nace la pesada bóveda gris, con los nichos de una galería interna, donde lámparas de oro, despiden llamas rojas. En la zona de su vuelo amplio, dibuja cálices, hostias, cruces, y sobre nervios dorados, cobra tinte azulejo hasta la claraboya de su cúspide, que proyecta un haz de rayos verticales.

El edículo del Santo Sepulcro, erige bajo esa luz, su cubo de mármol, inelegante y pobre, con un domo esferoide. El fondo, muestra, entre rejas,

un altar de los coptos. En las caras laterales los griegos han hecho sportillas, por donde pasan el fuego sagrado al pueblo, en ceremonia que provoca verdaderas batallas.

Al frente se abre una puerta pequeña, tendiendo en su cimera un cuadro: Jesús vuela en áurea nube, entre las rosas artificiales del marco. Una cruz yergue allí una corona de apoteosis. Más arriba, un bajo relieve, con la Resurrección también, evoca á las mujeres, al querube, y á los guardianes derribados por el relámpago.

En tanto, desde el friso, acompañando la puerta, surgen columnas de estrías salomónicas; sobre las columnas, doradas cornisas: y en su centro, cuadros cubiertos de flores, con Jesús, niño; Jesús, en la Pasión, y Jesús en el cielo. Dos de ellos tocan á otro Jesús saliendo del sepulcro, que á su vez descansa en el bajo relieve de mármol.

Una gran cúspide de círculos y cruces, guarnecida de velas, se yergue más alta entre nuevas series de pinturas. El frente entero del edículo, se reviste de lámparas, en donde arden, sin cesar, aceites ofrecidos por todos los países de la tierra. Así, la fachada, sin gracia, ni majestad, se anima, hermoseándose al contacto de una

idea. Y aun la custodian candelabros con grandes cirios, entre los cuales, dos, inmensos como mástiles, evocan la invisible nave, que traza en el mundo estelas de lo Infinito.

El interior se divide, en el Santo Sepulcro mismo, y en la capilla del Ángel. Ésta oculta su mármol en la profusión de lámparas y tiene apenas tres metros cuadrados. Sobre un pedestal, una caja blanca guarda veinte centímetros de la piedra en que se apoyó el celeste mensajero. Recordemos el texto de San Marcos: «Al entrar en el sepulcro, las mujeres advertieron un joven sentado á la derecha, vestido de un traje blanco, y se espantaron. Él les dijo: No temáis nada; buscáis á Jesús de Nazaret, el crucificado: no está aquí, resucitó, he aquí el lugar donde le habían puesto.»

Para penetrar en ese *lugar* se pasa por entre bajos relieves: las mujeres llegan con redomas de perfumes, y los ángeles brillan bajo el vuelo de dos palomas. Hay que encorvarse: la puerta es baja y estrecha.

En el recinto caben cuatro personas. El mármol cubre no solamente la antigua roca sino la especie de banco en que Jesús fuera tendido.

Santa Elena vistió el sepulcro de alabastro: las placas se desquiciaron en 1555, y el Custodio de entonces, el padre Bonifacio, las cambió por las actuales. Los griegos, en 1808, renovando el edículo, respetaron la vestidura interior: de modo, que el Sepulcro, no da la impresión de roca viva de que hablan los Evangelios.

La piedra del sarcófago está partida. La coronan un alto relieve en plata, donde Jesús se eleva ante los guardias, dormidos; un óleo de la Resurrección, y un bajo relieve en mármol, con el mismo misterio. En el silencio arden lámparas y cirios, pertenecientes á diversas congregaciones, y se apoya en tres muros una cornisa de piedra purpúrea: los franciscanos colocan en ella el altar portátil para decir su misa á la hora del alba.

De la capilla del Santo Sepulcro vamos á la de los ortodoxos, que se eleva al frente. En la Edad Media fué coro de los canónigos latinos. En realidad, su construcción forma la gran nave de la basílica. La aisa del templo una inmensa reja, y de todas sus bóvedas, penden arañas colosales con cirios encendidos. Sobre las sillerías de los popes, refulgen medallones con los patriarcas de la Iglesia Griega. Luego, en bajos relieves de plata,

aparecen escenas del Evangelio y pinturas ornamentales entre labores doradas: aquello produce la sensación de una flora tropical que tuviese por invernáculo una mina de oro. Los tronos de los patriarcas erigen ante las cúpulas del fondo la riqueza de sus mármoles. El altar termina el recinto, y la plaza de los oficios está oculta. Cubren su misterio pomposas columnas, bajos relieves coruscantes, y óleos con pedazos de cielo azul, entre rígidos bronces. Más alto que la complicación de los retablos, reina un sol, fuente de los cálidos rayos que impregnan las formas de la materia fría. Y sobre la gloria del astro, gozando de su esplendor, se esculpen santos, séquito de una enorme cruz, hacia la cual extáticos querubes inclinan sus cabezas y levantan sus alas.

Al salir del templo griego, visitamos la capilla de María Magdalena. Un altar evoca el sitio en que el Maestro pudo hablarla. Ningún comentario suple la hermosura de esa amistad que consagró Jesús resucitado. La pecadora anunció el gran milagro, convirtiéndose así, después de la Virgen, en la primera figura entre las mujeres del Evangelio.

Un ojo de lámpara, palpita más adelante, y se

hiela en la penumbra de un recinto cerrado por arcos ojivales. Hay allí una cueva; aureolas de oro iluminan vagamente rostros envejecidos: en un fondo, estrecho y húmedo, no se ve una sola imagen clara y completa: es la prisión del Calvario.

Á un paso erígese el altar de las Flagelaciones. La célebre columna fué trasladada del Pretorio al Cenáculo. Se hizo una iglesia y se la empleó en el pórtico. Los franciscanos la salvaron en el siglo XIII, ya rota por los musulmanes, y devolvieron un fragmento á la basílica.

Entramos en la capilla de Longino. Narra San Juan: « Á Jesús, muerto, no le rompieron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con su lanza, é inmediatamente salió agua y sangre. »

Ese centurión, no veía de un ojo, y San Agustín ha recogido el siguiente relato: « Tocóse con la mano ensangrentada, por un movimiento natural, el rostro. Entonces, su ojo enfermo se llenó de luz, y ya conmovido, pues le habían emocionado los acontecimientos del Gólgota, se convirtió, llorando amargamente. Hoy un templo recuerda sus lágrimas. »

Otras capillas evocan los improperios y el despojo de los vestidos. Las arcadas, ennegrecidas, muestran interiores, en que las lámparas no logran hacer visibles las pinturas; interiores que impresionan penosamente con su aire de frialdad, de desolación, de descuido y de miseria.

Después, una gradería se hunde en un subterráneo. Un triste farol lucha por brillar en la bóveda de un pequeño claustro. Extrañas penumbras exhalan el aliento de un alba friolenta, despertándose sobre sudarios. Cae el día desde la claraboya conventual de un patio abisinio superpuesto á la basílica. Se dibujan, apenas, en esa atmósfera de sueño, cuatro columnas bizantinas, pesados arcos románicos, y en el altar, borrosas imágenes. Allí, según la tradición, Santa Elena oraba, pidiendo al cielo el hallazgo de la Cruz. Descendemos otra gradería y llegamos á una cisterna. En la época de Tiberio, los judíos temían el contacto de los instrumentos suplicantes, como el de cosas impuras. Los ejecutores del Calvario echaron á ese pozo los de Jesús, que, cubiertos por desperdicios, estuvieron en su seno hasta que se ordenó la excavación. La capilla de la cisterna tiene su forma tallada en las rocas del Calvario.

Varias lámparas iluminan el bronce de la Emperatriz, abrazándose al madero santo. En lo alto de las sombras, hornacinas que se antojan de natural caverna, vierten lágrimas de oro, de sangre y de cielo. Y por entre ellas, un rayo azul, surgente, no se sabe de dónde, evapora la lumínea bruma de un incienso helado.

Es difícil salir sin pisar las gentes tendidas en oración sobre las gradas de la peña. Algún mendigo se incorpora y nos tira del gabán. Damos limosna, oyendo voces sin ver rostros. Fuera del subterráneo, nos dirigimos á una gruta, venerada cual sepulcro, de José de Arimatea. El piadoso varón quiso descansar con el resto de su familia junto á la tumba del Maestro. Sus huesos, sin embargo, no reposaron allí. Se presume que partió, en compañía de Lázaro y la Magdalena para Francia, y fué á morir en las costas inglesas.

Visitamos también el convento franciscano. En su sacristía nos muestran la espada de Godofredo. Las espuelas pertenecen á la época, pero se ignora, en realidad, si son las del paladín cristiano. El toisón es posterior. Así nos explica un amable monje. La hoja de la espada, en cambio, es completamente auténtica. Ella cavó

la fosa de gloria en que dormía el héroe, á la sombra de la basílica. Vecino al sepulcro del Señor se levantaba ese monumento. Los griegos, para borrar las legítimas pruebas de las aspiraciones latinas, arrasaron el mausoleo de los reyes. Sobre el pomo de la espada se cree sentir el estremecimiento de la ruda mano, rebosante de savia ígnea... Salimos de la sacristía; la tarde, moribunda, penetra por la cúpula de la basílica. El edículo del Santo Sepulcro mira con los ojos de sus lámparas. Las llamas empiezan á agonizar sobre los aceites exhaustos. Aun se divisa en las tinieblas del templo ortodoxo el parchazo de las colgaduras rojas. Pasa una procesión de armenios. El patriarca luce su mitra de oro entre hálitos de incienso, y oímos á lo lejos el canto de los monjes griegos; desde la capilla franciscana avanzan rumores de órgano. Todos los hombres elevan el alma al expirar el día, buscando en aquella sombra el secreto de la inextinguible Aurora. Seguimos hacia la puerta. En una obscura capilla saludamos los despojos de las tumbas latinas: fueron los héroes de la epopeya, los paladines de Cristo, fueron los Cruzados... Más acá, las lámparas de la Unción, desvaneciéndose sobre la piedra que las refleja,

buscan no ungir un tangible cuerpo, sino el recuerdo impalpable de un espíritu. Más allá, los arcos, los altares y el Calvario, entran en la noche, mientras seres, de rodillas, simulan esculturas de inmortal plegaria, confundidos á pedazos de la roca. He aquí la puerta; he aquí el atrio; he aquí el cielo. Echamos una última mirada á la tumba temible y consoladora: he ahí en lo Infinito, todas sus lámparas convertidas en estrellas!

IGLESIA DEL APÓSTOL SANTIAGO

Tras la fortaleza de David y la célebre torre de Phasael se tiende un barrio, sin las recovas que imprimen aspecto tan singular al resto de Jerusalén. Pero no atrae menos la serie de vestustas construcciones, cuyos muros circundan patios de piedra. La fachada del convento armenio cierra uno, lleno de hechizo, á la sombra de grandes árboles. El templo, dedicado á Santiago, está en manos de heréticos. He aquí su historia en breves palabras:

El apóstol volvía de predicar el Evangelio en España, cuando, según las Actas, Herodes Antipas decretó su muerte. En camino al suplicio, cuenta Clemente de Alejandría, curó á un parálítico. Luego, convirtió á su guardián, que le pidió le perdonara; él, abrazándole, lo bendijo, y el soldado compartió su martirio. Los discípulos recogieron el cuerpo y lo trasladaron á Compostela.

Á su vez, los españoles de Jerusalén levantaron un templo en el lugar de la ejecución. El concilio del Cenáculo lo acordó á los armenios, pues eran católicos. Más tarde vino su herejía, el poder latino carecía de influencia, y la iglesia siguió perteneciéndoles. Los padres franciscanos conservaron el derecho de celebrar misa en el aniversario del apóstol: á partir de 1870 los armenios se han opuesto, y el recuerdo de Jesús no alcanza á infundir la armonía en esta discusión, como en todas las que agitan á la ciudad santa.

Una vez en la puerta nos introducen en una capilla. Tres grandes piedras adornan un altar. Son casi iguales en tamaño, conservan su aspecto bruto, y las guarda una reja. En sus partes libres, los besos se estampan sin cesar, y aparecen labradas por labios como por aguas vivas.

La primera piedra es del Jordán. Se la desenterró del lecho del río, en el lugar del bautismo. Jesús, de pie sobre ella, pudo recibir las gotas sacramentales, y el resplandor de las alas del Santo Espíritu.

La segunda pertenece al Sinaí. Se la mira cual el corazón transportado de la montaña. Ese corazón latía con ritmo de la tierra, cuan-

do la nube del cielo envolvió la cumbre aislando al caudillo. Retumbaba el estruendo de las trompetas de plata; las laderas ardían cual hornos; Moisés subió: y los acentos de Jehová se oyeron en el seno de la nube. Prescribían el Decálogo; consagraban á Aarón Sumo Sacerdote; daban la forma del Tabernáculo, y el orden de los holocaustos; instituían el jubileo; alababan la caridad; anatematizaban los delitos; é invirtiendo los elementos, sus voces, que eran el trueno, precedían al relámpago... El corazón ha cesado de latir, lejos de su cuerpo de gigante, y los círculos de imágenes que levanta al caer en el espíritu, se pierden en lo infinito. Desde allí las visiones tejen ese sudario invisible de la piedra inmóvil.

La última fué traída del Tabor. En sus facetas lucientes, casi de espejo, nuestro rostro, dibujado, pugna por ser más que una sombra. Siéntese un extraño placer inquieto: el alma de la imagen borrosa se concentra y vive, para besar la memoria de Cristo transfigurado entre Moisés y Elías.

Antes de irnos nos volvemos: las tres piedras nos fascinan. Han sentido las corrientes de las aguas más gloriosas del mundo, y han coronado cumbres, cuyo silencio augusto es aun hoy el

vacío de la voz divina. Han visto caer ejércitos, derrumbarse ciudades, morir y renacer la historia humana. Todo pasa, ellas quedan, presentes, como el espíritu de Dios, invisible; y cuando el planeta desaparezca cobrarán su esplendor antiguo en la Eternidad. Maldecidas por los hombres, que no creyeron en sus prodigios, continuarán besadas por aquellos que ensalzaron sus recuerdos. Fragmentos de altitudes, fueron pedestales de los profetas, y son, entre la tierra y el cielo, puentes más estables que la ilusión del arco iris, que encendió las sonrisas de la Alianza, sobre la ruda obscuridad de sus cantos.

Pasamos al templo: deslumbra extraño. La atracción de sus primores perjudica el conjunto. El áureo altar mayor exhala chispas. Sobre la hoguera, de proyecciones ígnitas, una Virgen tiende un niño. Otras imágenes la rodean: frentes de oro y sienes de plata; labios de oro y dientes untados de nieve; vestiduras al óleo entre chapas de esmalte; dan la impresión de un arte bárbaro. El altar, arriba, prosigue en vegetación inextricable de copones, custodias y cálices de aureoladas patenas. El aire centellea, casi palpable, con los espíritus coloreantes desprendidos de las formas.

Caminamos sobre espesos tapices evitando mullidos cojines. Junto al presbiterio un quiosco, armonía de cedro, nácar y carey, cubre el trono del patriarca. Se pierde la sensación sagrada del templo: aquello es un palacio oriental, en que las odaliscas offician de sacerdotes, y mezclan el incienso de los ritos al perfume de los baños.

Oratorios ocultos en los muros, revestidos de reposteros españoles y de sedas de Brusa, con divanes turcos y almadraques árabes, añaden á las decoraciones su amable misterio.

Las capillas laterales, bajo doseles de terciopelo de Damasco, evocan las tiendas de Cedar, entre sus labores de marfil. En una de ellas reposa la cabeza del apóstol: el mártir nos vuelve al templo cristiano borrando la ilusión de cuento árabe.

Se empuja una puerta, realizada por patriarcas, figuras en metales, de rigidez hierática. La capilla tiene un altar, el altar un nicho, y el nicho encierra el santo despojo; las lámparas penden de columnas y de bóvedas marmóreas. Sigue un retiro, labrado en porcelana azul, por donde tornamos á la nave, acostumbrados á la sombra. Irradian nuevamente los altares; reverberan las

mayólicas; se animan los iconos. El sol se enciende sobre los tapices pintorescos y bajo los plafones coruscantes. Sólo hay de pálido el fulgor de las guirnaldas de huevos de avestruz y el de los cirios de marfil amarillento. Luego, en la fiesta de lámparas y de incensarios, y en las explosiones aladas de la lumbre riente, mezclan las arañas de cristal, cadenas de plata y cuerpos de oro.

Salimos. Un monje armenio responde á nuestro saludo y nos desea buena fortuna, hisopándonos con agua de rosas.

HIJAS ALADAS

Longino había abierto el flanco de Jesús, recibido la sangre y el agua, y presenciado el terremoto. Vuelto cristiano, corrió á casa de un pintor. Sobre el fresco obscuro del atrio araban la tierra bueyes purpúreos, y volaban sonrosados cupidos; así, desde Roma vibraban en Jerusalén, las églogas de Virgilio y los idilios de Mosco. Más allá, entre guirnaldas de pámpanos, cruzaba Fulvia, mujer ya muerta. Su desaparición acrecía la pena del pintor, que lloraba ante su hijo agonizante.

El niño, ciego de nacimiento, conocía el mundo á través de la imaginación de su padre; no ignoraba el color de las flores, la altitud de los montes, la hermosura de los astros.

Ante Longino, el demudado artista, murmuró: « Ya lo sabes: ¡El niño está perdido! »

— No — repuso el centurión — tu hijo se sal-

vará; traigo la túnica de Cristo. Arrodíllate y exclama: « El Rey de los Judíos, era el hijo de Dios; la sangre y el agua de su flanco, lavan los cuerpos impuros: sólo viven los que así renacen. »

El improvisado catecúmeno, repitió palabra por palabra. Luego, puso al enfermo la túnica, y el niño, mirando al pintor con ojos luminosos, dulcemente expiró. El centurión, dijo: « He aquí un milagro y un bien. El ciego vió antes de morir; y sólo vió al padre que le describiera hermosamente la tierra: se va contento, sin contemplar las maldades de la vida. »

El pintor, en tanto, sintió agitarse sobre la frente de su hijo, un espectro de colores. Tenía traje de fiesta con ligereza de alas, como la madre riente en el fresco.

El centurión, estupefacto, oyó á su vez, que su amigo preguntaba á una cosa invisible: « Dí, ¿quién eres? ». La visión replicó, desvaneciéndose: « Una hija del Calvario; soy la Fe. »

* * *

Al pie del Tabor vivía una viuda. Cultivaba arbustos, y en la fuente vecina llenaba su cántaro. Ella la llamaba el pozo de Jacob: su agua reflejaba la vida eterna. Con las plantas hacía telas, tan inmaculadas, que ningún batanero podía tejerlas tan blancas. Y la mujer había perdido sus cuatro hijos, que, renunciando al mundo, murieron por la Cruz. Y una vez, un su hermano, le preguntó: « ¿Cómo, tú, que tanto lloraste á tu esposo, no lloras hoy á tus hijos, y te lo pasas tejiendo? »

— Porque ya no me llamo Ester — repuso. Á tu derecha está la tienda que yo he construído, y en la cumbre de ese monte, Jesús se volvió un día más leve que un resplandor, con un rostro más vivo que el sol. Su manto, flotante, parecía de lirios transparentes y de rayos de luna. Luego, aparecieron Moisés y Elías, estremeciendo á los apóstoles Pedro, Juan y Santiago. Entonces una nube dióles sombra protectora, y Pedro, exclamó: « Bueno es que nos estemos aquí, Señor: ¿ quieres que hagamos tres tiendas, una para ti,

otra para Moisés y otra para Elías?» Aun hablaba, cuando desde el seno de la nube, el acento de Dios alabó á su Hijo. Los discípulos, con espanto, cayeron sobre sus rostros. El Maestro se acercó: « No temáis, levantaos ; pero nada de esto digáis hasta mi resurrección de entre los muertos »... Y yo espero ahora á Jesús, que vendrá un día entre mis hijos en blanca nube de gloria ; y tejo túnicas de nieve, con el reflejo de mi amor, para exclamar : « Señor, bueno es que nos estemos aquí ; he aquí vestidos, y he aquí la tienda. »

— ¿ Y cuál es tu nuevo nombre ? — preguntó el hermano.

La antigua Ester, repuso : « Soy hija del Tabor, y me llamo la Esperanza. »

* * *

Los amigos habían abandonado al leproso. Unos, huyeron con espanto ; otros, desgarrando sus vestidos, prorrumpían en lágrimas ; pero todos, en realidad, se fueron. La peste había arrebatado hijos y mujeres al enfermo. Los servidores habían sido los primeros en partir, robándole sus ganados. El nuevo Job, sobre su estercolero, en llaga viva,

apenas miraba, con ojos enceguecidos, la ciudad desde el monte del Olivar. Y como una hermosa mujer penetrara en su casa, dió grandes gritos: « Que no se mencione la noche de mi nacimiento entre los días del año; que obscurezcan sus tinieblas las sombras de la muerte; que la barra un hórrido torbellino de amargura. ¿Por qué no morí en las entrañas de mi madre? Ahora estaría durmiendo en el silencio, y en ese sueño lograría el reposo. »

La mujer, dulcemente, le dijo: «Hablas como hombre de la antigua ley, y te creía discípulo del Cristo.»

— ¡Cómo quieres que no maldiga — replicó el leproso — si la muerte misma de Jesús fué agradable al lado de mi tormento!

La mujer volvió á hablar: « En el monte que habitas, el Maestro sufrió hasta sudar sangre, y Dios, compadecido, le mandó un ángel. Yo vengo también á ti; las alas del mensajero celeste reviven en mi espíritu. Seco tu sudor y soy sana. Soy hermosa y beso tus llagas.»

Se inclinó sobre su frente. El enfermo sonrió consolado, y á poco un hombre que pasaba se puso á curarlo, seducido. El nuevo Job dormía. En

su sueño otra mujer, aérea, sutil, con alas, lo arrebató hacia las suspiradas esferas. Su dolor físico se iba, y el sufrimiento moral lo purificaba: su espíritu flúido, cual luz transparente, curtía la amargura de su miseria. Bendiciendo el dolor, con arrebató intenso que compendia su ser en exaltación divina, abrió los labios y cerró los ojos. Entonces, suaves olores embalsamaron los aires; parecieron entrar ráfagas de perfumes: las llagas del cadáver componían un jardín de rosas.

— ¿Quién eres tú, capaz de tal milagro? — preguntó el hombre á la mujer, abrazándola, y ella le contestó, desvaneciéndose: «La hija del Oliveto, soy la Caridad.»

* * *

¡Oh! hijas aladas de los montes de Palestina, mientras el mundo progresa, por sendas cada vez más ásperas, abandonad las cumbres y vivid en medio de nuestras luchas.

Si el espíritu donde quiere sopla, según la palabra de vuestro Maestro, soplad, salvando al hombre, de los engaños de la soberbia, de las congojas de la duda, y del imperio del instinto.

Dad á la túnica del centurión el brillo de la púrpura dentro del reino espiritual de Cristo: haced que los sufrientes tejan fortalecidos las tiendas del Tabor; y con el divino aceite de Getsemaní reanimad el fuego de nuestras lámparas!

MONTE MORIAH

En el monte Moriah, Abrahán hubo de sacrificar á Isaac: desde entonces el sitio fué sagrado. Más tarde, las faltas de David atrajeron la cólera de Dios: Israel, en una peste, perdió 70.000 hombres; el rey se arrepintió, y Gad, dijo: « Levanta un altar en la era de Ornán ». La era cubría el monte; y en signo de alianza, descendió sobre el holocausto el fuego del cielo.

David quiso construir un templo. El profeta le advirtió que esa gloria estaba reservada á Salomón. Nabucodonosor destruyó la obra del rey sabio, descrita en el libro de los Reyes. Ciro permitió á los judíos volver á su patria, y Zorababel edificó un monumento superior al primero. Los saqueos de Antíoco, las guerras de Pompeyo, las disidencias intestinas, mutilaron sus muros y disminuyeron sus riquezas, hasta que Herodes lo restauró con pompa y arte. Este fué el templo de

Jesús. En él, en brazos de la Virgen lo saludó el anciano Simeón; en él, á los doce años discutió con los doctores; en él, arrojó á los mercaderes de los sacrificios; en él, perdonó á la mujer adúltera, que iba á ser lapidada; en él, Él mismo escapó difícilmente á ese suplicio, acusado de blasfemar; y un día que sus discípulos admiraban las estructuras magníficas, exclamó: — «Mirad las construcciones. Yo os digo, que serán de tal modo destruídas, que no quedará piedra sobre piedra.»

La profecía se cumplió. Treinta y siete años después, Tito abatía el templo dejando solamente algunos despojos, donde hoy lloran los judíos en la tarde del viernes.

Adriano, á su vez, consagró las ruinas á Júpiter. Constantino sacó el ídolo. Juliano, el Apóstata, por desmentir la profecía de Jesús, decretó la elevación de los muros.

Al construirse los cimientos, cuenta la tradición de Ammiano Marcelino, las llamas provenientes de una tormenta enseñaron que un emperador no puede nada contra la voluntad divina. El célebre monte se convirtió en depósito de basuras. Omar, buscó en su seno la piedra en que Jacob, dormido, viera la escala de los ángeles. Creyó encontrarla y

edificó su mezquita. Cincuenta y cinco años más tarde Ibn-Merouan la rehizo. Luego, reemplazó á la Kaaba; cuando la invasión de los kármatas impidió el peregrinaje á la Meca.

El terremoto de 1027 la destruyó parcialmente, pero fué restaurada tal cual hoy la vemos. Según los musulmanes, Mahoma voló de allí al cielo: el peñón quiso seguirlo, y el ángel Gabriel, deteniéndolo, dejó estampadas sus manos en la piedra. Á grandes rasgos he ahí la historia del monte Moriah.

Hasta hace muy poco tiempo, cristiano ó judío que penetraba en el recinto, era lapidado. Ahora se permite la visita si un cónsul la demanda. El de los Estados Unidos ha tenido la gentileza de sacar nuestra autorización. Además, es de rigor, el llevar pantuflas nuevas y el ir en compañía del cawas del consulado. Nos toca una mañana de frío penetrante. La noche anterior ha nevado, y los guijarros negros, puntiagudos, del suelo, aparecen aquí y allá entre cuajarones blancos de espuma. Ascendemos á la planicie, y no encontramos ni restos de las antiguas construcciones. Antes de llegar al templo mismo, en la época de Salomón, dos recintos enormes, rodea-

dos de columnas, buscaban una cúpula en la azul del cielo. Allí, los mercaderes, vendían bueyes, corderos, palomas, en torno de fuentes de abluciones para los holocaustos, y de mesas de inmolación para las víctimas. Uno de los recintos era el atrio de Israel: el otro, el atrio de los sacerdotes, al cual no entraban los enfermos, los deformes, ni los fieles no purificados. Entre la última columnata y el templo de Jehová, se erigía el Tribunal de David y el altar de los holocaustos, que evocaba á Salomón. El rey, dedicando el edificio, apareció á los ojos de su pueblo, resplandeciente de gloria: una nube misteriosa lo envolvió, y tendiendo las manos, dijo: « ¡Oh, Señor!, no hay Dios semejante á Ti, ni arriba en el cielo, ni acá abajo, en la tierra; Tú guardas el pacto, y usas de misericordia con tus siervos, que con todo su corazón andan en tu presencia.»

En la explanada, en un ángulo, elévase la mezquita. Grandes cubos de piedra con cúpulas, y columnas con arcos, le dibujan entradas triunfales. Cipreses vestidos, sobre higueras desnudas, ponen abanicos obscuros entre blancuras marmóreas. Un velo de lluvia envuelve ramas, copas, cúpulas, arcos: el viento lo mueve, y á veces lo disipa

una ráfaga violenta. Aislado, tirita un árbol. Es un cipro, nos dice el cawas. El versículo del *Cantar de los Cantares* murmura en el ambiente: «Ramo de cipro entre las viñas de Engadi es para mí mi amado.»

Adelantemos. Los cubos de piedra se acercan. Al gran atrio lo rodean ligeras fuentes de abluciones y graciosos quioscos de plegaria. Si vais pensando en el templo célebre, es posible que la mezquita de Omar os parezca la materialización de vuestro sueño. Los Cruzados, engañáronse ante su magnificencia y lo saludaron como al Santo Sepulcro. El enorme octógono levanta su dombo gris, con brillantes mármoles, confundidos á no menos lucientes esmaltes y porcelanas.

En la puerta nos detiene un sacerdote malhumorado. Traduce el cawas, que la proximidad de una gran fiesta no permite el uso de las pantuflas. Las súplicas son vanas, y nuestros acompañantes se quedan, sabiamente, en torno del brasero. Nos quitamos las botinas y las medias. Nuestros pies se hielan cual si marchasen sobre las nieves del atrio. Las vidrieras de colores nos parecen de témpanos. ¡Duro suplicio el de admirar

en este infierno del polo! El templo evoca la mezquita de Córdoba: no por su forma, sino por las columnas y los arcos. Después, miramos con precisión. Lo componen tres recintos de círculos arquitectónicos. En los lienzos del fondo, varios versículos del *Corán* complican los mosaicos, al hacer de sus letras motivos de arabescos. A través de los capiteles bizantinos, de los fustes blancos y azules, de los ajimeces elegantes, las vidrieras forman penumbras de misterio. Sus cristales no tienen pinturas, muestran su natural color, y engastados en yesos, que cubren aros de hierro, refulgen como piedras preciosas, impregnándose de sus irradiaciones.

Sustentan la bóveda múltiples capiteles de otra columnata. En la cúpula, los más bellos mosaicos se incrustan en esculpidos cedros, que exhalan el olor de los cofres santos del Oriente. Según el marqués de Vogüe, las decoraciones no encierran ningún simbolismo. Son extrañas fantasías de los mosaiquistas bizantinos. En ellas, vasos preciosos de un laboratorio de fuego, piden para enlazar sus pies, espigas maduras á una vega de sol. Y de los vasos salen guirnaldas, enroscándose á tallos de aladas flores, que despliegan juegos capricho-

sos, recogiendo aquí una manzana de oro, y más allá un racimo de púrpura. Así, el jardín aéreo suspende el hechizo de su fecundidad, sobre el peñón estéril, que muestra abajo la rigidez obscura de su aspereza.

La piedra, en tiempo de los judíos, fué pedestal del Santo de los Santos, separada de la nave por el velo que se rasgó en la tarde del Gólgota. El Arca de la Alianza, cofre de maderas preciosas, con los aros de sus andas, contenía el vaso del maná, las Tablas de la Ley y la vara de Aarón. Más arriba estaba la mesa del Oráculo. Querubines enormes, de alas abiertas, esculpidos en olivo, custodiaban el Tabernáculo, cercado al fin por muros de cedro y oro. Hoy el peñón, completamente desnudo, tiene delante, una reja del tiempo de los Cruzados.

Descendemos una gradería para ver su base. Un intérprete nos cuenta varias leyendas. El ismán golpea un rincón del suelo. Responde el eco de una caverna. Allí se juntan, por las noches, espectros de sacerdotes, y el lugar se llama Pozo de las Almas. La cripta misma es maravillosa. Los musulmanes del pueblo la creen suspendida en el aire, sin más apoyo que el de invisibles palmeras,

cuidadas por las madres de los grandes profetas Mahoma y Cristo.

En una placa de jaspe, diez y nueve puntas de oro marcaban el tiempo de la duración del mundo. Cada una, al caer, consolidaba el trono de Alá, pues Mahoma mismo las había fijado. Una noche, el espíritu maligno, á fin de acelerar la ruina de los hombres, empezó á romper la placa. El ángel Gabriel se interpuso, y salvó tres clavos, que los actuales sacerdotes vigilan atentos. Cerca del lugar, un santón, acostado, martillea una piedra. Nos hace saber que si pone un clavo á nuestra intención nos prolongará la vida. Le respondemos que no aceptar es heroísmo, pues la amable acogida del templo va á proporcionarnos una pulmonía. Felizmente la visita ha concluído: santón é ismán, abandonando su mal francés, nos insultan y nos maldicen en una lengua que debe ser la propia.

La llovizna arrecia sobre la gran explanada; y reemplazando á los fieles, murmura en las albercas una oración el hilo de cristal. Las ráfagas sacuden los cipreses, cargados de lluvia, y las gotas, lucientes como diamantes, se deshacen como lágrimas. Llegamos á la mezquita de El-Aksa. He aquí un resumen de su historia, conservada en las

crónicas de Moudjir-ed-Dine. Se veneró siempre aquel sitio donde Anna y Simeón, después de un silencio casi secular, rebosante de un solo deseo, reconocieron al Niño. La Virgen, aunque no necesitaba de la purificación vulgar, vino á cumplir con la ley del Señor. Todo primogénito debía de presentarse al templo, para el sacrificio de dos tórtolas: los ricos sacrificaban un cordero. Apenas Simeón y Anna divisaron á Jesús, le tomaron en brazos, y el anciano bendijo á Dios, diciendo: «Ahora, Señor, despides á tu siervo según tu palabra, en paz: porque han visto mis ojos tu salud». Más tarde Justiniano levantó una basílica. Omar, después de purificar la iglesia de Santa María, la dedicó á Alá bajo el nombre de El-Aksa. El califa Melek cubrió sus puertas de plata y oro, tan prodigamente, que, como la derribase un terremoto y no tuviese dinero, El-Mousour, al reedificarla, acuñó moneda con sus metales. Otro califa, El-Mahadí, modificó sus proporciones. En tiempo de los Cruzados fué palacio real, y Baudouin I la dió á los Templarios. Por último, Salah-el-Dine, al tomar á Jerusalén, la purificó de nuevo y la consagró al Islam.

Tiene siete inmensas naves separadas por co-

luminas. Los capiteles corintios y bizantinos, y los fustes diversos, le imprimen variedad, rompiendo su estilo. En el fondo, al lado de los mosaicos del mihrab, que resplandece entre ligeras columnas, atrae un mimbar, de cedro, marfil y oro. Es de preguntarse si los duendes legendarios, habitantes del subterráneo, no lo han esculpido tomando por modelo sus alas. Ved ahora dos columnas. Una superstición, dice: «Cuerpo que pasa entre ellas, salva su alma». Hoy es imposible intentar la prueba: una verja las protege. En una tarde de 1880 los sacerdotes quisieron ayudar á un fanático corpulento y al parecer desvanecido; el pobre diablo estaba, en realidad, muerto.

Delante de la verja y de un brasero, escribe en una tableta un viejo astroso. Prepara oraciones curativas y nos ofrece una por cinco francos. El cawas, responde: «No sabemos la lengua». El santón, replica: «Basta colgarla del brazo». La experiencia de hace un momento en la mezquita de Omar, y el recuerdo de varios altercados del género en Constantinopla, nos decide á comprarla. Se la damos al guía, que exclama: «Soy copto cristiano, señor, y no creo». El santón se impa-

cienta y la guardamos, temiendo el antiguo *raca*, que ya conocemos como sensación literaria.

En el fondo varias columnas, trenzan fustes llameantes: son los despojos del templo de Salomón. Vese también un resto de vidriera de los Cruzados, único soplo místico en la desolación del ambiente: los colores purpúreos y oscuros, parecen carbones encendidos, apagándose tristes por falta de incienso.

Salimos rozando los muros; he aquí la Puerta Dorada. Se abrió al paso de Cristo, con viento de júbilo y rechinar de gloria; es la del Domingo de Ramos. La adornan dos columnas atribuidas á un don de la Reina de Saba, y por creerse que la cruzará un conquistador cristiano, está tapiada. Descendemos á un inmenso subterráneo donde se guarecían los carros de guerra de Salomón. Se supone que las aguas de sus ángulos vienen desde los Estanques y la Fuente Sellada: en cambio, se sabe con certeza que los Templarios ponían allí sus bestias de carga. Juan de Wirzbourg lo asegura, y de los muros blancos, penden aún las argollas de las cadenas. Las columnas forman interminables arquerías y acaban en macizos pilares. La imaginación popular olvida los trabajos de Salo-

món, Herodes y los Cruzados: el subterráneo, que en la media luz se antoja inmensa gruta esculpida, se presenta al hijo de Jerusalén como obra de duendes.

Volvemos á la explanada y visitamos la cisterna del Rey. Profunda, se talla en la roca, bajo bóvedas sostenidas por columnas. Su corriente nace en los estanques de Belén: y aunque abierta quizá en tiempos de Herodes, se la llama de Salomón. Muy cerca, un pozo encierra un manantial. Cuentan los poetas árabes, y el pueblo lo repite, que un compañero del califa Omar, dejó un día caer su cántaro. Descendió á buscarlo, y halló la puerta de un misterioso y espléndido jardín. No la pudo abrir y recogió una hoja, que vive desde entonces con inmortal verdor. El soldado había sorprendido la más próxima entrada del Paraíso; pero es inútil repetir la aventura, porque no es posible renovar sus virtudes.

Dejamos la terraza. Varias columnas se alinean. En el día del Juicio se tenderá un hilo desde sus fustes hasta el Monte Oliveto. Jesús y Mahoma guardarán sus puntas; los hombres pasarán, y los ángeles ayudarán á los justos y derribarán á los réprobos: así dice la leyenda musulmana, mur-

murada abajo entre las tumbas de Josafat. Quedan arriba las mezquitas, las cisternas, los quioscos, los cipreses; luego, calles sórdidas nos llevan al Muro de las Lágrimas. Las pocas piedras que se conservan del templo, reúnen á los judíos todos los viernes. Jamás trascienden los inmensos bloques, donde aristas lucientes muestran el roce de los besos; jamás pasan la barrera de la amargura, temiendo no poder ver, sin morir, en soledad y profanación, el Santo de los Santos. Resuenan nuestros pasos en el corredor, abierto entre los muros opresores. Y la llovizna se transforma en lluvia, cual si todo llorase y vistiese gasas de duelo, en la ciudad que busca á Dios, sobre el recuerdo de sus cosas.

EN LAS CAVERNAS REALES

Una voz dice: « He aquí las grutas de Salomón: las grutas de las piedras del templo, caídas bajo el azote de Tito. ¡Cuánto esfuerzo para arrancarlas de la tierra, y cuánto esfuerzo para reducir las á polvo! El hombre, vidente ó ciego, se precipita sobre la Naturaleza, ya creando por el amor y el orgullo, ya destrozando por la pasión y la cólera. »

Otra voz murmura: « En realidad, se ignora si las canteras fueron de Salomón ó de Herodes. Y quizá en vez de contribuir al templo de Jehová, sirvieron para que Adriano consagrara el de Júpiter. Puede también que los Cruzados las empleasen en el Santo Sepulcro; ó que Omar las utilizara en el cimiento de sus mezquitas. »

Una tercera voz prorrumpe: « Vana discusión: los bloques no están ya en los monumentos. Pero las grutas cavadas, minando la ciudad, dieron á

los reyes opulencia. Y se levantaron templos, si no al Dios verdadero, á la divinidad misteriosa, con igual fervor ardiente. »

Más allá de la puerta de Damasco, al ras de los baluartes, se abren las cavernas. La luz del día en sus bocas lucha con la obscuridad de sus entrañas. Se descende una pendiente: caliginoso vaho trae el aliento de un horno. Visiones del Macbeth asaltan con el coro de las brujas: « Lo bello es feo y lo feo es bello: flotemos á través de la niebla y del aire impuro ». Perdida la noción de las distancias, bajamos y subimos sendas vagarosas y grutas insólitas. Se tienden nuevos subterráneos. Algún brillo, afligente, se aplasta en la masa de sombra, bajo la presión de las montañas pétreas. El Sabat del Macbeth mézclase al del Fausto. Recorren los ojos los bajíos espeluznantes y los cantiles abruptos. En torno del Brocken silban y cantan las hechiceras. Las palabras fosforescentes, pintan en muros y en rocas, á la vieja Baubo y á los cangrejos, á las bestias y á las larvas, á los espíritus y á los fantasmas. La luz del fondo finge el fuego fatuo. Suena la voz de Mefistófeles: « Mira, Fausto, allá estoy viendo uno que fulge bastante mal. ¡Hola, amigo! ¿me atreveré á

llamarte? ¿A qué lucir inútilmente? Ten la bondad de alumbrarnos hasta arriba.»

En realidad, no alumbra sino hasta abajo; parpadea inmóvil y es el último. Encendemos nuestras antorchas. Las profundidades se antojan inaccesibles. Estamos en los cimientos de la Basílica, y en la hondura maciza, como dentro de un túnel hosco, que buscase el infierno. El paisaje macabro entre las salientes que monstruosas se cierran, y las curvas que sobre otros senderos ligeras huyen, alucina, se convierte en el de Dante, y se corona, sin querer, con el triunfo del Santo Sepulcro... Las abruptas graderías no devuelven el eco de nuestras pasos. Todo resulta mudo, sordo, rígido, en el reino de la Muerte. Las antorchas alumbran los bloques; y siluetas, movibles cual nuestro espíritu febril, palpitan vacilantes. Una enorme sombra retrocede, enceguecida, hacia un laberinto. Pasa un lamento, casi una queja: es un murmurio que en la tiniebla pierde su alegría. Pone frescura en el calor, y las antorchas sorprenden un hilo de agua, rayo de alba, desterrado en eterna noche. Como las almas del Ades, esa fuente produce vida en el rincón siniestro, y se atormenta:

¡ah! ¡el martirio de oír su propio canto y no mirarse en su cristal!

Se desearía que el sol penetrara en su transparencia. El Dante no imaginó el suplicio de las cosas: le bastaba vengarse de los hombres. Pensamos en el Aqueronte y en su viaje: el esquife imprime una estela honda al embarcar entre los espectros un ser vivo. Las piedras, ya pulidas, en insondables espeluncas, transformándose en los muros de Dite, resplandecen sangrientas al temblar con las llamas. El coro desventurado de los orgullosos habita la ciudad infernal, y sus hogueras lamen las torres. Oid el espanto del peregrino: los condenados maldicen al heraldo del mundo, y el dulce Maestro parlamenta. Virgilio no consigue las llaves, y gritan las Erinnias, siervas de la reina del llanto: «Acuda Medusa á petrificarle». Percibid la voz del Maestro: «cierra los ojos»; mientras le toca los párpados, temiendo que sus manos no sean bastante poderosas. El ángel llega; los demonios huyen; los viajeros entran, proyectando sus sombras en las purpúreas murallas. La respiración nos falta por más estrechas grutas. Retrocedemos, pues la salida atrae cual un venturoso abismo. La mole de las canteras y el peso de Jerusalén,

nos oprimen: el torturante subterráneo es una tumba con pensamiento. He aquí de nuevo el murmurio del agua, que habla del aire puro, del cielo, del sol. Ya vislumbramos el día; mas la gruta nos despide con un escalofrío. Vuelos frenéticos, corrientes, nos rozan las orejas, azotan las llamas, nos enceguecen, y hay alas que se queman y gargantas que se lamentan. El guía apaga violentamente las antorchas: una legión de murciélagos se precipita por la claridad nebulosa de la caverna.

LA TUMBA DE LOS REYES

Lo que se creyó por mucho tiempo Tumba de los Reyes, es, según opiniones no muy seguras, un antiguo monumento de gentes ricas, y según asertos bien fundados, el sepulcro de la familia de la reina Elena. En esto se siguen las indicaciones del historiador judío Josefo y de San Jerónimo; el edificio tenía tres pirámides, y ocupaba el sitio de ahora. Las pirámides se han derrumbado, la gran arquitectura exterior no existe, pero queda de interesante lo construído en la roca viva. La *Biblia* ofrece datos positivos sobre las sepulturas de los reyes. Todos fueron enterrados en la ciudad de David, con excepción de Joacaz que murió en Egipto, Joaquín que no tuvo sepultura, y Sedecías que sucumbió en el destierro de Babilonia. Se creyó alguna vez que obedeciendo á Ezequiel, esos restos se hubiesen sacado de Sión; pero las extracciones de Hircón y Herodes á

los sepulcros de Salomón y David, prueban su permanencia en el monte. Lievin de Hamme considera el sepulcro como el de la reina de Adiabenes, país del Kurdistán, al Este del Tigris. La mujer se hizo israelita y se trasladó á Jerusalén: muchos parientes suyos se instalaron después, y Tito los protegió: por eso quizá, cuando Saulcy exploró el panteón descubierto, halló entre los despojos, urnas de terracota con cenizas del Lacio.

Á tres estadios de la muralla se encuentra el extraño edificio. Desde la boca una amplia grade-ría desciende á las cisternas. En la primera cámara, bajo la concavidad de una gruta, el agua frígida brilla y bulle al parecer hirviente. La segunda cámara, enorme, profundo pozo, presenta la forma de un cubo hueco, cavado en la roca. En uno de sus lados, calcáreo y amarillento, crecen penachos grises y grandes matas de hinojos. Sobre el otro, cubierto de parches oscuros, se destacan naturales helechos de fresco verdor. Fuera de las cámaras se abre un gran patio ó vestíbulo. Algunos charcos enlodan el pavimento; y musgos salvajes, sobrenadan como nenúfares sin flores. Á la izquierda está el pórtico monumental. Restos de columnas de idéntica materia

que la roca, dan la sensación de que el peñasco se ablanda, se anima, y, espiritualizado, toma el contorno funéreo. Más que de un sepulcro expresa, la idea de un templo: su dios subterráneo idealiza á la Muerte. En un friso bastante completo, la lluvia, diluyendo partículas de hierros invisibles, ha pintado manchas purpúreas. En el centro se ven racimos admirables, emblema de las uvas prometidas de Canaán: luego, triples palmas. Más abajo se enlazan follajes y frutos, y los ornamentos hallan unidad en circulares escudos. Corona el todo una elegante cornisa. Los cipreses de la huerta vecina señalan el cielo con verdor sombrío, y los sicomoros pasando el muro, acarician las esculpidas labores con verduras claras. Es hermoso aquel vestíbulo al aire libre: patio lleno de mutismo, acentuado por el rumor de las cisternas. No acuden los espectros de Judá, cuya leyenda de tumba ha sido destruída, pero la reina, vaga, de un país misterioso, roza el pensar en las frentes como la brisa mueve el musgo de las rocas.

En el suelo, enormes capiteles invitan al reposo. El Tiempo los derribó de las columnas triunfales: hoy, en sus hojas y arabescos se sienta á meditar la Melancolía. La calma profunda del aire

transparente, casi azul, entre las obscuras piedras, y el silencio de siglos fundiéndose en un minuto, domina; luego diríase que el corazón estallante quiere turbar el acorde con el tumulto alegre y doloroso de sus recuerdos.

Al fin del patio un postigo conduce á las cámaras mortuorias. Cada una de las tres puertas de la primera, se abre á un recinto diferente. Hay bancos para la vigilia de los vivos, y lechos para el reposo de los muertos. En numerosas repisas se colocaban lámparas y se ponían objetos del difunto; en los nichos se guardaban las ánforas lacrimatorias. Disimuladas, dibújanse, además, las puertas de una sepultura interior, asilo de una familia. Allí se encontraron [varios sarcófagos, y el que encerraba un esqueleto de mujer, quizá el de la reina, fué mandado al Louvre. ¡Pobres reyes de Jerusalén! ¡pobres faraones de Egipto! ¡pobres reinas del Tigris! Hoy, sus cadáveres, expuestos á los ojos curiosos, yacen en los museos como en las salas de un eterno anfiteatro... Estas sepulturas, recordando á las pirámides, tuvieron secretos: sus constructores olvidaron que nada excita como el misterio la profanación de los hombres.

LA GRUTA DE JEREMÍAS

Los griegos consideraban sagrados á los poetas. La inspiración les venía de lo alto; su facultad era superior al espíritu del hombre. Hasta los oráculos se vieron obligados á redactar sus respuestas en verso. Desde los más antiguos tiempos flotaba en la conciencia del mundo esta idea: la poesía y la religión fluyen de la misma fuente. Y para que encontremos los modelos primitivos, la *Biblia* nos abre sus páginas. En el arte de los profetas, hay intenciones particulares que hoy nos escapan y que tuvieron decisiva eficacia. Mueve casi siempre á esos hombres una pasión iluminante que liga almas y cosas. Las elipsis más violentas se suceden con energías formidables. Las prosopopeyas más arriesgadas y pintorescas, colorean y dan nervios á las alegorías más extrañas. El apóstrofe es como el relámpago: lleva en su punta el rayo. El dolor tiene sudores de san-

gre. El júbilo acentos de trompeta. Todo vibra, se estremece, se magnifica. Las ciudades hablan como un ser, un ser contiene una ciudad. Los creadores de esa voz se identifican también con los elementos. Al borde de los ríos, en la cumbre de los montes, en el fondo de las grutas, aprenden el murmurio acariciante, la tormenta devastadora, el augusto silencio. Resumen las armonías como las discordancias de la Naturaleza ; y su instrumento, vida de la conciencia, bendice, ruge, maldice, ruega, y es órgano perfecto de toda la pasión humana.

No sin razón el maestro Lowth, sobre los modelos griegos y latinos, pone el canto de los israelitas en Isaías, pues, tocando lo sublime, no olvida la arquitectura de la oda. Las imágenes, variadas, exactas, enlazan la perfecta continuidad de su elegancia. El gozo del pueblo judío ante la muerte del tirano ; los vientos de alegría sacudiendo los cedros del Líbano ; la prosopopeya soberbia del infierno, y su visión de espanto ; el encuentro del cadáver del rey ; el grito elegiaco de su cohorte, y la maldición sobre su cuerpo ; la voz de las sombras espectrales y de la viviente humanidad ; el himno de las aguas y de los árboles ; todo se

mezcla y confunde en acción violenta, dominada por el acento de Dios mismo... Realmente, en el poema, la divinidad profiere la última palabra. ¡La divinidad! Ella obra en sus profetas. El Santo Espíritu aletea sobre las cabezas pálidas y febriles, vibra en los ojos abiertos y centellantes, sacude las almas elocuentes y arrebatadas. Pero el hombre se deja poseer y no ahogar: algo de su propio corazón lo emociona; algo de su espíritu lo eleva; y su voz guarda mucho de su voz: el viento del cielo, adquiere en la trompa, el timbre de su bronce.

Así, Isaías nos seduce como el mayor poeta de los varones proféticos, mientras Jeremías nos enamora por su piedad, que esparce luz en sus más amargos versículos. En éste encontramos á menudo la sublimidad de ideas, y siempre la sublimidad del sentir. Bossuet, en páginas admirables, de claridad elocuente, lo presenta como la típica figura de Jesucristo. Hay analogías asombrosas, entre el profeta antiguo delante de Phasaur y sus cómplices, y el Redentor delante de Caifás y sus verdugos. Jeremías agoniza también, cuando percibe la maldad moral de los hombres, y pide á Dios, con lágrimas, no lo proclame heraldo de

su cólera. Pero Jehová no le oye, y devorando él, su dolor, profetiza contra Joakim y contra Sedecías, contra Jerusalén y contra los habitantes de Anathoth. Ostenta en el cuello el símbolo de la cautividad que espera á Israel. Un falso profeta arrebatada la cadena y la rompe: reyes, sacerdotes, pueblo, aclaman á Ananías y maldicen al varón de virtud, bondad y plegaria. En el calabozo, lleno de resignada paciencia, sufre, y come pan amasado con cenizas. Sale de sus tinieblas, mezclando á su amargura íntima, su celeste compasión. Se opone á las alianzas de reyes impíos, y anuncia la tempestad que desearía solamente mensajera de lluvia fecunda. Trueno, rayo, lágrimas, trae la nube: he ahí la hueste caldea. Jerusalén arde, su muro es arrasado, su templo destruído; apenas se salva el Arca de la Alianza; los palacios y las casas caen; niños, ancianos y mujeres mueren; los jóvenes marchan hacia los sauces del Chobar, á gemir el *Super flumina Babylonis...*

Entonces el santo varón, respetado por Nabuzardan, general vasallo de Nabucodonosor, se retira á una caverna; conmuévense sus entrañas, su corazón estalla en los trenos, y sus lágrimas

— oid á Helló — poseerán, por lo profundas, el secreto de rejuvenecer como las alas de las águilas. El poeta, patéticamente, habla á Jerusalén, á la hija de su pueblo, á la virgen de Sión, ayer alegría del mundo, señora de las naciones, hoy viuda desamparada, sin un amante que la consuele. Á medida que su imagen se humaniza, se eleva del lamento actual el símbolo de Cristo, á quien perseguirá la Sinagoga, trayendo á Tito y con él la ruina. Por eso, en el Viernes Santo, resuena tan armoniosa voz; y hace bien en evocarla en su oficio la Iglesia. Tiene todas las cualidades sagradas de la antigua inspiración; el poder y la majestad de Dios se agitan sobre la miseria; la pasión centellea ante la caída de Israel; y el estro de un hombre, nacido para pintar los sentimientos tiernos, adquiere en la amargura la pujanza con una suerte de furor lírico.

Al penetrar en la gruta que lo abrigó, resuenan en nuestra mente los trenos, y el corazón se asocia á ese delirio maravilloso de un alma. No sólo llora por las solemnidades, no celebradas, de Sión, y ante la soledad de los caminos, y la destrucción de los muros: gime sobre todas las fiestas y afecciones, y todas las esperanzas y ven-

turas que aniquilara el Tiempo. Mas en la puerta de la gruta no se lee la inscripción del infierno dantesco: un rayo de sol esculpe el nombre de Aquel que, abriendo los brazos en la vecina ciudad, bautizó otra Jerusalén celeste.

La entrada impone. Las quebraduras del enorme bloque amarillento se antojan contemporáneas de la ruina cantada por el poeta. Á la derecha, un jardinillo sonríe con imágenes más apacibles á pesar de ser asilo de la muerte. Semejantes á incensarios silvestres, romeros y mastranzos perfuman las estelas funerarias. Una higuera escueta, aparece cubierta de palomas torcaces, y el tronco de un olivo alza una horcadura cual un candelabro de dos brazos.

Rozamos la construcción enjalbegada de una mezquita: la gruta, en su carácter de gruta, es un palacio natural labrado en la roca viva. El bloque gigantesco, sin juntas, curvilíneo, se ahonda y se esmalta de protuberancias; en los hipertróficos globos se abren agujeros sobre cuevas estrechas, antesalas de la enorme concavidad; y los muros de ciertas bóvedas que caen describiendo arcos, simulan lágrimas petrificadas por los siglos.

Los ojos luchan en la débil luz, y cuando se acostumbran, las formas dibujan en matices, abortos de colores. Las savias de talladuras en amatistas no alcanzan á romper en floraciones. Abajo, rastros sangrientos, con hálitos de paisaje infernal, se ahogan en ennegrecidas púrpuras. Á un lado, topacios vibrantes no pueden fulgurar, porque se les infiltran blancuras calcáreas. Desde el cimiento, cual imagen de aguas de fuentes, suben venas de añil, aspirando á cimas de zafiro. Otros colores se insinúan, se mezclan, no estallan, no enceguecen: se apagan sobre contornos vagarosos en atmósfera crepuscular de misterio; y con rayos de una memoria que pugna por iluminarse, son recuerdos desvanecidos, pero plasmados de la voz profética. Muévase una Sombra, y escapa de lo profundo de su ser de eternidad, la agitación de su lamento: «Perdida ha la hija de Sión toda su hermosura: ¡oh, vosotros los que pasáis por el camino, atended y considerad si hay dolor semejante á mi dolor!»

Mas, oprimidas de amargura, no responden las doncellas, entre el silencio de los ancianos, el cordel de los cautivos y la ruina de los baluartes. Y desde entonces ¡cuánta guerra, y cuánta

muchedumbre de maldades, y cuánto estallido de esperanzas al pie de la señora de las naciones!... Ningún signo de vida responde al tumulto de nuestra fiebre. El mutismo de las cosas; el crepúsculo de la caverna; la tranquilidad del sitio; acaban por serenar y volver á ideas apacibles como las medias tintas del muro. Luego, un rumor desciende de la portada. Las tórtolas de la higuera retornan á sus nidos después de bañarse en el sol. Se instalan felices, se arrullan tiernas y aletean contentas; no las hubiese desdeñado el profeta de Jehová, gigante rudo de corazón amoroso; por eso las aves consuelan la ruina, que recibió la desolación de los trenos, como ceniza humana de un incendio divino!

SEPULCROS

Salimos de Jerusalén por los grandes batientes de hierro de la puerta de David. Altos muros de piedra forman estrechos callejones hasta llegar á una plazuela. Las casas se amontonan allí. Estamos sobre el monte Sión. Un inmueble encierra, entre otras cosas, el Cenáculo. Lo ocupa una tribu de mahometanos, que se sucede de padres á hijos. Estas amables gentes, desde lo alto del edificio acaban de desgarrar, á balazos, la bandera alemana, puesta en un hospital, al pie del monte.

El bajá, sin embargo, los protege, siempre que respeten á las autoridades turcas; y para visitar el sitio, se echa mano de la policía. En los subterráneos de la construcción se encuentra, quizá, el verdadero sarcófago de David. El libro de los Reyes anota las últimas palabras del soberano y cuenta la agonía del poeta, que vive

en la inmortalidad de su verbo, en sus errores humanos, en sus acciones divinas, en sus arrepentimientos y transportes, en su adoración y sus lágrimas. En medio de la batalla perpetua de su existencia, pudo exclamar: He creído, y por eso he hablado. «El que cree, dice un hagiógrafo, siente la necesidad de hablar, como el hambre y la sed. Creer es la esencia, creer es la fuente, y hablar es el río». En el caso de David, el río fué al océano, con todos los rumores del dolor, del misterio, de la esperanza, con toda la vida, pues nunca el cantar del hombre como en los salmos, estuvo más cerca de lo Infinito... «Y durmió con sus padres y fué sepultado en la ciudad de David». Así narra el cronista y no comenta. El ígneo foco se extingue como estrella lejana sin hacer ruido, y del silencio brota una santificación temerosa: el poder apagar tal existencia da á la muerte un sello divino. No parece elogio fúnebre continuar: «Los días que reinó David sobre Israel fueron cuarenta años: siete reinó en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén». Pero ese es el lenguaje del triunfo. La *Biblia*, en las grandes ocasiones, se torna más sencilla: recordemos el «dijo Dios, hágase la luz, y la luz fué»; así como en el naci-

miento de la otra Luz, advierte simplemente que la Virgen no halló lugar en la hospedería... El texto de Nehemías coloca la tumba en el lugar que visitamos: «Después de él (él es Sallun) restauró el hijo de Aybac, la mitad de la región de Beth-Sur, hasta delante el sepulcro de David, y el estanque labrado». El estanque labrado, ó sea la fuente de Siloe, se halla al pie de la construcción: en lo alto se muestra, aun hoy, el sarcófago del rey. Un oficial nos acompaña y hace buscar al guardián. La turba del patio responde que está de compras, pero sale del interior de la casa. Todos pretenden haberlo llamado, y á pesar de la mentira, hay que hartarlos: entonces al rededor de las monedas se arma una batalla; las sílabas raucas en los gritos, se cruzan como puñales, y revolviéndose los unos contra los otros, se pegan hasta sacarse sangre. Tienen aún tiempo de robarle á un fraile franciscano unas naranjas, y el hombre de las llaves abre al fin, en medio del tumulto. Penetramos á una cámara de limpias paredes enjalbegadas; bajo sus bóvedas, se yergue el sarcófago. Apócrifo, sin duda, se envuelve en una burda manta, que los truhanes de la casa han debido encontrar en al-

guna caballeriza. Son las bellezas de una libertad curiosa en medio de tanta tiranía.

Salimos del sepulcro del abuelo de Cristo para ir al de la Virgen madre. Muchos autores sostienen con razones debidas á un Concilio, que está en Éfeso; pero Melissinda, mujer del cuarto rey de Jerusalén, lo reconstruyó en la basílica. La tradición de la muerte de María en Jerusalén la apoyan San Agustín y San Jerónimo. Una suave y larga gradería lleva al templo subterráneo. La llave, que maneja con dificultad el monje griego, pesa un kilo; la puerta, de hierro, se antoja la de un baluarte; y se abre una enorme catacumba. Allá, lejos, al fulgor de cirios apenas perceptibles, se eleva un altar; nuestras sombras avanzan, y descienden antes que nosotros. Al fin de la pendiente, flotan y brillan lámparas innumerables; despiden llamas y se hunden en crepúsculos, hasta perder las formas, en la intensa tiniebla.

Á un lado está la tumba de Santa Ana; la tradición designa enfrente las de Simeón y San José: blancuras esfumadas dibujan vagarosos nichos. Avanzamos, la obscuridad crece, y encendemos las antorchas. Como en el Santo Sepulcro, un edículo cubre la tumba de la Virgen. He aquí la

estrecha cámara: nuestros ojos se clavan en el sarcófago. Meditamos en el misterio de la vida más alta, más tierna, más hermosa y más original del Cristianismo. En ese mármol, quizá, se despertó de su muerte aparente, el cuerpo con el alma, cual una sola flor incorruptible, y el sol engendró en su nube, alas y nimbos.

Concebida en la eternidad, la nueva Eva, doliente y victoriosa, es ya toda santa y llena de gracia. La divinización del amor de madre por la amargura fué su testamento, y el fondo de su cáliz clarificó la fuente de las esperanzas humanas. El hombre canta: «Rosa de Jericó», «Torre de Marfil», «Estrella de los mares»; y los ángeles saben que todo jardinero, luchador y navegante, encuentra en la estrella, la torre y la rosa, la redención con perfume, fortaleza y brillo.

Cerca de la basílica nos recibe la Gruta de la Agonía. Inscripciones latinas, del tiempo de Santa Elena, nos cuentan su tradición. Se creía que Jesús, al alejarse de los apóstoles, había derramado allí su sangre. Pero los Evangelios especifican un tiro de honda sin mencionar la gruta. Los dejó, sin embargo, en tres ocasiones, y pudo penetrar alguna vez en el interior de la roca. El recinto,

grande, muestra en su centro, una columna que imita el muro rústico. Restos de pinturas forman varias capas: descúbrense las obras de períodos diversos; los frescos se sirven mutuamente de sudarios. El tiempo, descascarándolos, aumenta el caudal de los recuerdos: las imágenes, igualmente primitivas, y casi bárbaras, encomian el fervor que inspirara el sitio. Quizás en él descansaron los discípulos; y aunque no se tenga al peñasco por auténtico, lo consagra el vecino huerto. La sangre de Jesús sobre el suelo de Getsemaní concentraba la conciencia de la humanidad. El Maestro pudo decir, como la Jerusalén de los Trenos: «Ved si hay dolor semejante á mi dolor»; y los apóstoles responder: «El de acrecentar la divina amargura». Mas los apóstoles simbolizaban al hombre y dormían...

VALLE DE JOSAFAT

Jerusalén, ciudad de la desolación y la tristeza, vive en torno de un sepulcro de gloria que es su alma. Desde la roca de Jeremías al sarcófago de David se camina entre tumbas. Las grutas de las meditaciones son tenebrosas. Las calles parecen largas cavernas de claustros. Caído el día, Jerusalén se antoja un desierto. Las sombras, apenas alumbradas, pesan como los muros. No hay ni un solo café alegre. Un organillo de ciego produciría estupefacción. Un teatro sería más difícil de obtener que realizar un sueño de Aladino. Los que divierten á su público contando historias, trovadores sin cantares, avivan en vano la imaginación entre los ceñudos baluartes y los húmedos edificios. La ciudad está llena de odios: las sectas, reuniéndose, en nombre de Jesucristo, se hostilizan y se persiguen. Leed el Evangelio, y sentiréis dolorosa decepción, cuando con el relato de las

querellas se os saque de esos pensamientos de amor y de paz.

Los padres franciscanos, desde que la Francia no los protege, llevan la peor parte, aunque encarnen la tradición de los Cruzados, y el sacrificio constante del catolicismo latino. Si esto irrita, en cambio la tristeza de Jerusalén enamora. En ella el gozo de la Pascua pertenece al reino de Dios: en cambio, es del reino de los hombres el remordimiento deicida, que se adhiere á las cosas como un paño de luto.

Acabamos de asistir á la procesión de la Vía Crucis. El lamento antiguo, evocado como presente, exhala el grito de las generaciones muertas. Acabamos de ver á los judíos en el Muro de las Lágrimas, al pie del templo de Salomón, cantando entre verdaderos llantos. La voz de Jeremías, vibrante en su gruta, halla ecos en las ruinas, en los hombres, y en los paisajes, que murmuran: Jerusalén es la ciudad de la desolación y la tristeza. Pensamos lo que sería en poder del mundo latino, si éste, en la unidad moral y social del pensamiento evangélico, hubiese hecho de la tierra un principio de su reino. El Occidente olvida la divinidad del sepulcro, y sobre las

cúpulas cristianas y los alminares de Mahoma, fulge, en vez del alba de la Resurrección, la tarde de la Agonía.

Bien hacen en no sonar, músicas ni regocijos: mientras con relámpagos de furia, y con lágrimas de amor, se agita el ala del Verbo de los profetas... La Naturaleza, hemos dicho, también es triste. La melancolía desciende de los árboles, á plasmarse en los peñascos; acá inmóvil, allá inquieta, y siempre profunda. Á las puertas de Jerusalén ondula el valle de Josafat. Joel lo ha señalado como el del Juicio. Para ir á Betania, á Jericó y al monte de los Olivos, Jesús lo atravesaba á menudo. Donde se le vió atribulado, se le verá glorioso. El valle, al pie de las murallas, hacia Getsemaní, Scopus y la colina del Escándalo, semeja un vasto abismo y lo cubren sepulcros. Josafat, invisible, está amortajado por la sombra de todas las lápidas. Hay un monumento: la pirámide de Zacarías, quizá de la época de Adriano. El de Absalón ostenta capiteles jónicos, y aunque la parte interna parece más antigua, no evoca *La Mano*, ó sea el panteón de que habla el libro de los Reyes. Una gruta, con un pórtico dórico, forma el sepulcro de Santiago el Menor;

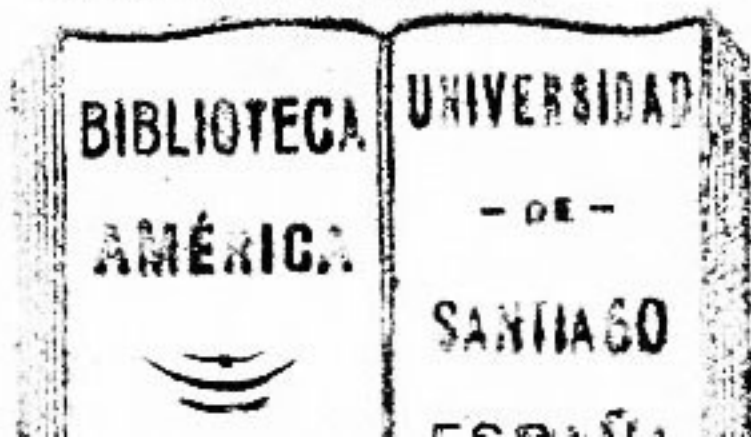
abajo, el Cedrón, torrente seco, abre su cauce hosco en un precipicio pétreo. Después, los cementerios se multiplican, y las fúnebres pendientes, hospitalarias, convierten su tristeza en cordial amiga del espíritu.

Del otro lado, las murallas amarillentas, bañadas en luz, mezclan á las brisas polvo de sol viejo. Cerca de Getsemaní los rusos han levantado una iglesia. Su arquitectura, de pabellón llamativo de feria, insulta la majestad del valle. Luego, sobre montículos pequeños se dibujan otra vez lápidas con inscripciones hebreas. Suben, bajan, y en legión compacta, visten las laderas y el abismo... Venid hasta en una mañana riente, de aires templados: el paisaje cambia de tono, pero no de expresión. No exulta ante el firmamento; sus olivares, á la distancia, se modifican. Son ligeros vapores griseos, cual nubes sin consistencia, casi transparentes, acercándose á formas de árboles. Todos los boscajes se antojan nutridos por los cadáveres, que esperan rever la vida con inmortales ojos; pero algo de su duelo presente sube á las ramas. El sol los inunda, los penetra, los domina; y el valle levanta su gasa luctuosa ofreciendo á la caricia triunfante, sus aspectos pensativos; así,

su real hermano es el crepúsculo: en él encuentra las armonías de su imperio.

Miremos á Jerusalén desde el lugar que Cristo santificó con sus lágrimas. Después de recibir una ovación, contemplando á la ciudad, olvidó los gritos de entusiasmo, diciendo: «¡Ah, si tú reconocieses siquiera, lo que puede traerte la paz! Pero ahora están encubiertos tus ojos. Porque vendrán días contra ti, en que tus enemigos te pondrán cerco y te estrecharán por todas partes. Y te derribarán en tierra, y á tus hijos, que están dentro de ti, y no dejarán piedra sobre piedra»... Resonaron, en efecto, las trompas de Tito, y la señora de las naciones cayó en ruinas, resucitando para recordar, que otra profecía sobre su fin trágico ha de cumplirse. ¡Sí! ¡Jerusalén, ciudad de las promesas inmortales en la muerte, es la ciudad de la triste desolación en la vida!

Hela á nuestras plantas desde el monte del Olivar, como lo llama San Lucas. Olvidamos un instante las lágrimas de Jesús. Los reflejos del sol, oculto tras Sión, nos infunden un estremecimiento de gloria. Huye el caballo pálido del *Apocalipsis*, seguido del infierno. Descienden los ángeles con las llaves del abismo. Las amarillentas



murallas, transfigurando sus piedras, refulgen llameantes. Los fuegos se calman; los humos se desvanecen; y la Esposa arde en amor, engalanada para su Esposo. La vivifica un río de cristal, surgente del solio supremo. Se aproximan á sus muros, los mártires, vestidos de sangre, con el matiz de las rúbricas devocionarias; las vírgenes, exornadas de perlas; los confesores, cubiertos de estolas níveas; los doctores, abroquelados en áureos lambrequines. Tiene cimientos de jaspe, de zafiro, de calcedonia y de amatista. No hay en ella templo; el suyo, es el Dios omnipotente. No pide al sol resplandores. El Cordero, su Esposo, se asila en Sión, cual interna maravillosa luna, que presta immaculado fulgor á los muros de oro transparente... Los celajes se amortiguan, la visión pasa, Jerusalén torna á mostrar sus presentes baluartes. Sión, que exhala la plenitud de la hermosura en la plenitud de los salmos, apágase en luz como un lejano acento de arpa. Las puertas de Hebrón, de Damasco, la Nueva, la de Rot, se ensombrecen. No llegan multitudes recogiendo de los campos. Cruzan algunos asnos cargados: dos camellos distraídos: varios frailes, melancólicos cual sus hábitos. Ni un solo caño de fábrica rompe su

mutismo de mortaja. El Agra blanquea bajo la cúpula de Omar, y adelantan sus centinelas, los cipreses. Encerrada en sus cuatro muros, la ciudad simula un oasis de casas, en medio del desierto; pero no con flores abiertas por savias desbordantes y aguas cristalinas. Los hombres amontonan en él, bullentes odios en un movimiento común de esperanzas: la imagen del Cristo no los puede unir, y una tristeza más enturbia la caricia de sus aires... Los olivos del Cedrón se ennegrecen, y sólo se aclaran al llegar á las tumbas. El monte de las lágrimas de Jesús, en la cima, y del sudor de sangre en la ladera, dibuja también un cementerio. Cada olivo echa sombra sobre cinco sepulcros, que, con austeridad, se visten de tinieblas. Allá, enfrente, junto á la puerta de San Esteban, aun se ven las lápidas: entre las siluetas de los cipreses forman verdaderas sendas de la Muerte. El silencio brota de calles, espeluncas y losas, llena el paisaje, sube al cielo, y principio de la eternidad es el aliento casi tangible del valle.

Jerusalén se convierte en informe masa. Por sobre la ondulación de los terrenos, y de las penumbras, se inclina; el Cedrón, no la mece. No

tiene más que un luminoso punto en la cresta del Agra, y se precipita en el abismo; desea anonadarse, flúida, en su obscuridad trágica: no quiere dormir, temiendo soñar, ya que sus bodas con Sión no las celebra un misticismo triunfante... ¡Camina, inquieto viajero! Devuelve al Occidente y á tu América, el enjambre de tus sueños, el bullir de tus transportes, tus cantos conocidos, y tus lágrimas ignoradas. Pero no olvides jamás este momento, ni la ciudad que te atrae, ni el olivar que te cubre... Arrullados por esa voz sentimos acudir, lejanas puestas de sol. Adelanta una, misteriosa, de la pampa argentina, y la pintoresca de un lago suizo. Otra, agoniza al pie de una estatua en Versalles; y otra, empenacha no se sabe dónde, la cresta de un laurel rosa. El Acrópolis saluda la olímpica de Grecia; el Coliseo ciñe la de Roma como un manto antiguo. Una, violenta, del estrecho de Mesina; una, purpúrea, que, cual enemiga, rechaza el castillo de Amboise; una, de apoteosis fantástica en los alminares de Constantinopla; una, torturante, durmiéndose sobre los cisnes de Brujas; las del Atlántico, las del Mediterráneo, las de los Alpes todas traen el pesar ó el regocijo, que

acariciaron; y sus imágenes dan á nuestros ojos, la luz suprema de un infinito crepúsculo.

La oquedad sombría surge á nuestras plantas. Centenares de cipreses, millares de olivos, millones de tumbas, forman un solo cementerio de la noche. Las lamparillas de Jerusalén, agitadas, se esfuerzan por volar alejándose de su aliento. El sol, que viéramos morir tantas veces, con la esperanza del amanecer, fundió en su conjuro el recuerdo de sus tardes para hundirse eternamente en el valle del Llanto... ¿Dónde buscar su aurora? La primera estrella desde el cenit, lo está diciendo: en el corazón y en Cristo!

LA RUTA DE BETHLEEM

Salimos de Jerusalén camino del valle de Henón, límite de las tribus de Judá y Benjamín. En él estuvo edificada Tophet, que significa «tambor». Los israelitas infieles habían erigido la estatua de Moloch, encubridora de un horno ardiente. En sus manos ígneas, se colocaba á los niños, y para que los padres no oyesen gritos y llantos, se tocaba el tambor, lo que dió el nombre á la ciudad. Entre otros señores, el rey Manases ofreció su hijo al ídolo insaciable. Pero una vez llegó el profeta Jeremías, entre los sacerdotes y los ancianos del pueblo, y como trajese una vasija de barro, la rompió, exclamando: «He aquí lo que dice el Señor de los Ejércitos: *Yo quebraré tu pueblo como se ha roto el vaso, sin que nadie pueda rehacerlo*». Después el rey Josías puso fin á los sacrificios destruyendo á la ciudad y á la proterva estatua.

Mientras miramos la garganta profunda, nos asalta la visión de una de las páginas más plásticas de Flaubert. Sacudimos, al pensar en este contemporáneo, el recuerdo de los documentos que nos lo animan en Croisset ó en París; y el cuadro de los holocaustos de Moloch, surge impersonal, como no escrito por nadie, real y palpitante, pintoresco y trágico, fragmento grandioso de una epopeya bárbara.

Un paso más y los pensamientos cambian ante el monte del «Mal Consejo». La tradición coloca en su pendiente la Casa de Campo de Caifás, donde se decidió la muerte de Jesús. En la cumbre de la colina crece un árbol hermoso: su cúpula verde señala el lugar del suicidio de Judas.

Transcendemos la planicie de Rephain, teatro de los combates narrados por Samuel en su Libro II, entre David y los filisteos.

El camino sube, hasta una cisterna, llamada de los Reyes Magos, como la que encontraremos en Bethleem. Dice San Mateo: «Habiendo oído á Herodes, se 'fueron, y la estrella de Oriente se levantó delante». La tradición agrega que la vieron desde este sitio.

Nos acercamos. Cubren el foso dos piedras huecas y redondas. Otra piedra, enorme bloque gris, forma un vaso, en que se abrevan varios camellos: los árabes que los montan no dan la sensación de ir á ofrecer á Mahoma oro, incienso y mirra. Después de beber se alejan. Los lomos de las bestias, ondulantes como olas, balancean un cargamento de leñas de quemar. En la extremidad de la planicie se erige el convento de Elías.

El profeta dormía cuando se le ordenó marchar hacia el Oreb. El monte de los Francos delineaba, al Oeste, un cono trunco. Se ha creído reconocer en él á Beth-Hakkerem. «Esforzaos hijos de Benjamín, en medio de Jerusalén, y tocad bocina en Tecoa y alzad por señal humo sobre Beth-Hakkerem: porque en el Septentrión se ve un azote y quebrantamiento grande» (Jeremías, VI, I.).

Al Este, se tiende, con piedras blanquizcas, la aldea de Beit-Djala. Es quizá la antigua Gilo, que se declaró en contra de David. Luego, atrae la planicie. La piedra calcárea se confunde á la tierra cenicienta. Las laderas se dilatan, cual cubiertas por los restos de un volcán, milenaria fuente de lavas endurecidas. Imaginad, después,

selvas truncas, cuyos árboles fuesen de madrèporas grises; y muros de guijarros que separan eras incultivables, simulando en el despliegue de las perspectivas, ciudades devastadas. Los aspectos, multiplican la misma impresión: asaltan por todas partes quiméricas Pompeyas, pero adivínase que entre los despojos no se encontraría ni un fragmento de estatua blanca, ni un resto de pintura amable.

Las cosas soñantes, concentrándose en sí mismas, adquieren mutismos ceñudos. Mas no son agresivas: el viajero siente el aliento de su infinita tristeza. Las ondulaciones van hasta el horizonte de las montañas combinando violentas aristas: evocan la destrucción de una ruda naturaleza, surgiendo penetradas de grandioso espíritu. Se cree que tras la cólera potente, en la calma de los fragmentos, se petrificaron las voces que en salmos y profecías inmutan el ánimo con el resplandor de sus imágenes. Y porque la mano azotadora era justa, hay en el silencio profunda resignación. El severo perfil de los Ezequieles, Elías, Habacucs, ¿forjóse al contacto de la áspera contrera, ó ella por el recuerdo de su acción y palabra, adquirió para la eternidad acti-

tudes misteriosas?... Ese mutismo, de muerte que medita, lo rompe el rumor de los oquedales, protegiendo ruinas de aldeas sin nombre. Luego, vuelve la primera sensación, y se piensa, que los árboles, al nacer, no tuvieron otro objeto que llamar al sol y aumentar las sombras de la tierra.

Llegamos al campo de Las Lentejas. La tradición judía dice que allí se cultivaron las del plato de Esaú. Una tradición más moderna, cuenta que Jesús preguntó á un sembrador de esa legumbre: «¿Qué cultivas?»; y el hombre, malhumorado, repuso: «Piedras». Cristo, agregó, simplemente: «Tienes razón». Y desde entonces cubren el sitio guijarros con formas de lentejas.

Se avanza, y el terreno, saxátil, se refuerza: nuevos espectros calcáreos hacen de la leyenda una verdad maciza. Por todas partes piedras ceñudas parecen parir guijarros sombríos. Nos encaminamos á la Fuente Sellada, á la cristalina fuente del *Cantar de los Cantares*, y palabra vana resulta la invitación armoniosa: «Hasta que apunte el día, y huyan las sombras, iremos al monte de la mirra y al collado del incienso.»

Pero la Naturaleza se dulcifica un instante: halla un reposo en su tensión. Entre varios árbo-

les, sobre un cuadrado amarillento, destácase la cúpula blanca de la tumba de Raquel. Se sabe que por allí cerca murió, al alumbrar á Benjamín: un texto de Samuel, sin embargo, engendra una contradicción difícil de vencer, y no se puede considerar el sepulcro como auténtico. La creencia general judía es que, efectivamente, guarda á la madre de José, y en torno se erigen numerosas lápidas. Á menudo, desde los antípodas, llegan viejos israelitas, buscando morir al amparo del modesto monumento. La ruta tuerce hacia los estanques de Salomón. Una planicie se tiende, y en medio del colosal embudo de tres montes, surgen las antiguas construcciones. El paisaje readquiere sus caracteres sombríos, más intenso y más calcáreo. La piedra cenicienta exhala un reflejo azul, ahogado en densa obscuridad. El brillo sucumbe casi antes de nacer. Brotan en el camino, pobres vegetaciones: armonizándose con las grietas de su cuna, suben savias calcáreas para pintar las hojas. Junto á los estanques, ni una brizna de hierba florece: todo es duro, áspero, meditativo.

Un depósito superior rebalsa en el segundo, y éste en un tercero, hundido al pie de la montaña.

Los tres están en ruinas. La poca agua de la última lluvia, acentúa la miseria de una destrucción que no puede cubrir armoniosamente con su manto. Desde allí el mutismo crece en el formidable misterio que aumenta. Las nubes arrojan sobre las ondulaciones de los montes, sombras que, al parecer, salen de sus cavernosas entrañas. No hay mieses indicando la presencia del hombre: su único vestigio lo dan los estanques, sin otro manantial que su desolada tristeza.

Ya no alimentan « El Huerto Cerrado », ni los acueductos de Jerusalén. El recuerdo de la pompa antigua, es un fantasma, que imprime á la piedra muda pesadilla. El palacio de Mello, á donde la hija del Faraón, fué rodeada de fuentes, flores y hermosas doncellas; los muros de Gazer, de Balsat, de Palmira; las casas y fortalezas del Líbano; los carros de guerra; las maravillas del Templo; los homenajes de los Amorreos, Heteos, Fereceos, Jebuseos; las flotas de Asiongaber y de Hiram, volviendo de la fantástica Ofir con un sol pulverizado de oro, de Golconda con una luna pulverizada de diamantes, del Pegú con una estrella pulverizada de rubíes, de Siam con un bosque pul-

verizado de aromas; toda la visión del antiguo reino ilumina siniestramente los estanques, que, con las aguas parleras del cielo interrogan á los mudos montes de la tierra: «¿Por qué ha tratado el Señor así á este país y á esta casa?»

Las evocaciones de esplendor y de fuerza se unen á imágenes de amor y de gracia. El manantial que animó las flores del «Huerto Cerrado» linda hoy mismo con «La Fuente Sellada». Muy cerca, á un paso, la fuente dice: «Vivo en Judea, pero mi acento se dilata en la voz de la *Biblia*»; y de la roca de dos grutas miserables fluye el agua, que ríe y canta en la imaginación del mundo. «Jardín cerrado eres, hermana mía; fuente sellada, esposa mía. Selva donde los granados se mezclan al cipro, el cipro al nardo, el nardo al azafrán, y la canela y el cinamomo á la mirra y al áloe. Fuente eres en el jardín, manantial de agua viva, arroyo impetuoso del monte Líbano. Retírate, Aquilón, y ven tú, ¡oh! Austro, á soplar en mi huerto, y espárzanse sus aromas por toda la tierra.»

En toda la tierra, ¡sí! han perfumado las brisas de los versículos. Ningún poema se sometió nunca, ni á más interpretaciones ni á más estudios. Solamente en el período comprendido del siglo xiv

á 1830, Rosenmüller contó 116 comentadores. El abate Clairveaux escribió 86 sermones sobre los tres primeros capítulos y no pudo acabar su obra. Para Israel el Esposo es Jehová, y la Esposa la Sinagoga. Para los árabes, su Sulamita es el intelecto activo buscando el alma individual. Teodoro de Mopueste, encontró en el canto, el simple epitafio de las bodas con la hija del Faraón. El segundo Concilio de Constantinopla condenó su aserto. Lowth lo compara á trozos equivalentes de los profetas, y halla en las nupcias reales un sentimiento místico. Bossuet, lo dividió, para mayor claridad, en siete jornadas. Después de la Creación, los siete días, que concluyen en el del descanso, tienen un sentido misterioso; y están en relación con las siete edades de la Iglesia militante en el *Apocalipsis*. Siete fueron los días de las bodas de Jacob, y siete resultan los de Salomón. Denys le Chartreux entró en más sutilidades. La unión de Cristo, que con la Iglesia es total, sin sostenerse en todo el cántico, se realiza también con el alma de la Virgen; y en un sentido con toda alma santa y penitente. De la idea fundamental, nacen las otras, semejantes á ramas de un único tronco. La escuela alemana y Renán lo consideran como un simple

poema bucólico, resucitando la idea de Mopueste y de Grocio. Pero para ellos no se trata de una boda, sino de la acechanza de un príncipe á una labriega, en que al fin triunfa la virtud campesina. San Agustín proclama un goce espiritual: el Rey y la Reina de la Ciudad de Dios, se unen, y son el Cristo y la Iglesia; el goce se oculta bajo los velos de la alegoría, á fin de que se halle mayor placer en descubrirle. Anselmo de Laón lo estudió, en un sentido profético; las disposiciones de la Iglesia, respecto de Dios, muestran los diversos estados por los cuales debe pasar hasta el fin del mundo. La *Biblia*, de Vence, acentúa ese carácter, y hace notar las relaciones con el *Apocalipsis*. Pero en Salomón la Esposa del cordero queda lejos del Monte de los Aromas; mientras en las visiones de Juan penetra en la gloria resplandeciente; porque el *Apocalipsis*, revelación de la nueva ley perfecta, sobrepasa al Cántico, ley imperfecta, es decir, aun figurativa. El abate Duprat, de la iglesia de Diou, ha llevado tal estudio hasta sus últimas deducciones. La interpretación de San Agustín, y la de todos los Santos Padres, concuerda con la de Orígenes.

Ésta es la real, proclamando las ideales nup-

cias de Cristo y de su Iglesia, como Israel proclamara las de Jehová y la Sinagoga. El doctor judío, Aben-Ezra, observa juiciosamente: « Lejos, bien lejos de nosotros, el pensamiento de ver en el Cántico de los Cánticos, el amor carnal. Si no brillase de una manera figurada, y su dignidad no fuese grande, jamás se le hubiera recibido en el cuerpo de los libros sagrados ». El poema, en tanto, *Cantar de los Cantares*, siguiendo su hebraísmo, como se dice, Dios de los dioses, Rey de los reyes, Cielo de los cielos, vive con su hermosura terrena, y con su sello divino, inmortal sobre las controversias humanas. Y no es todo. Se le quita á Salomón la paternidad porque resulta de un año y no de otro, debido á la introducción de tal palabra. Esto nos hace recordar, que alguna vez, en París, se discutía la cuna del vocablo *escalabreux*, usado por Chateaubriand. Corrieron ríos de tinta, intervino eficazmente nuestro amigo el maestro Groussac, que tenía la llave del problema, y Sarcey no se dió por convencido. Si eso sucede hoy, quisiéramos saber cómo sobre tiempos casi inmemoriales, se puede llegar á sentencias de última instancia.

Renán, que estaba en guardia contra los exce-

sos de su ciencia, cae en ellos á veces, y maestro de la ironía acaba por provocar la ironía... En 1828, Garay de Monglave escribió en francés la Canción de Altabiscar, pues no sabía el idioma. Sus compañeros de pensión, hijos de los Pirineos, le aconsejaron en la obra, y Luis Duhalde la tradujo al vasco. El poema debía pasar por el auténtico del siglo XII. Víctor Hugo lo aprovechó, sin decir nada, en su *Aymerrillot*. Fauriel lo aceptó en su *Historia del Mediodía y de la Galia*. Toda una crítica falsa sobre la literatura de los Escualdunacs nació del documento: y los filólogos, nacionales y extranjeros, se equivocaron con la gravedad prolija del oficio. Wilhelm Grimm lo aprobó, notando para gloria de su ciencia, que la estrofa séptima parecía interpolada. Renán, frenético, exclamó: «Comparad el canto de los Escualdunacs sobre la victoria de Roncesvalles, es absolutamente el cántico de Débora, por su dramático entusiasmo»... Si tal acontece en cosas en que el contralor es posible á propósito de poemas de siete siglos, supóngase la intrépida audacia de una infalibilidad, que señala modificaciones en poemas de miles de años. Se dice que indirectas sobre un impuesto lo clasifican de posterior al rey. Recordemos las afirmaciones

sobre el censo, para colocar el nacimiento de Jesús en Nazaret y no en Bethleem, como tipo de estos frutos de confusión, cuando hay realmente elementos de controversia... Se dice que Genesius opina que se le compuso en el Norte, mientras Koester sostiene que vino del Sur; todo en nombre de la certidumbre científica, mientras los filólogos, dudando entre oscuros vocablos, se libran á juegos malabares y viven ellos mismos en continua guerra. ¡Cuánta inútil fatiga! Aun si no fuere de Salomón resulta digno de él ó de Isaías; y su Esposa, mística y humana, como el incienso ardiente, es nube palpable y olor invisible. Y será lo que ha sido, porque el Amor es fuerte como la Muerte: lo que prueban hoy los misioneros de Asia y África cual lo proclamaron ayer los mártires del circo.

Más allá de la Fuente Sellada y de los Estanques, la fortaleza de Kalaoum, con aspecto feudal, alza sus muros. Ante los recuerdos bíblicos simula visión plástica de los Cruzados. Edificada quizá á principios del siglo XIV, imagen viva de una tristeza estéril, no surge amenazadora, armonizándose con el tono del paisaje. En vez de observar sus almenas consideramos su sombra,

que, profunda, parece exhalar frío y ser un sudario de la muerte.

Miramos entonces las otras sombras. Sombras de las nubes, reflejadas por los montes; sombras pequeñas de los guijarros; sombras enormes de los peñascos, combinan y despliegan ejércitos espectrales. Con el peso abrumador de sus memorias, no quieren posarse en la tierra, sino meterse, clavarse, y desaparecer en su entraña. El sol no las crea: los montes, el castillo, los peñascos, piensan, y las producen. La expresión del contorno espiritualizado de las cosas sobrecoge. En estos lugares, olvidados del mundo, algo de grande y sobrenatural se prepara, y los montes lo saben, y los montes lo esperan... Entre las sombras inmóviles y pensativas hay algunas movibles y animadas: las siluetas de los camellos. Caminantes eternos de las tribus fronterizas, van con indiferente majestad. Portadores en otros tiempos de las riquezas de Salomón: viniendo con los Reyes Magos al encuentro del nieto de David: llevando las esencias de rosas con que Saladino perfumara la mezquita de Omar: testigos, cual los profetas, de las pompas y duelos de todos los reinos y de todas las religiones: siempre fueron nobles y hoy se sobreviven misteriosos. Más due-

ños de la región muda que el hombre, la cruzan, montados por el judío ó el pastor árabe. Sus guías no evocan el esplendor de los tronos ni las maravillas del antiguo verbo; pero ellos tienen una como realeza dormida. Son bestias sonámbulas, y sus ojos se *acuerdan*. Miran los horizontes eternos, con chispas de lumbre avizora, y á los seres fugitivos, con indiferencia brumosa. Abstraídos al marchar, revisten la grandeza del espíritu solitario, que, fuera de la multitud, siente el concierto de las armonías interiores; y en su silencio abismante pasan enigmáticos, alejándose, sagrados, cual si supieran el secreto de los montes.

En tanto, descendemos la senda para volver á subir. Las hortalizas empiezan á animar la ruta, entre muros siempre roqueños y entre plantas siempre grises. Después, esqueletos de árboles semejan sombras endurecidas con apariencias de horcas, y ostentan en su amoratado fulgor, como el matiz de su propio frío. Alguna exigua fuente refleja estos esqueletos sin añadirles gracia: y las viñas, secas, surgen como arañas gigantes de un cenicero. En la proximidad de la aldea los campos se suavizan obedientes á la mano del hombre, que, al pedirles sustento los viste tam-

bién de flores. He aquí las primeras construcciones, y más allá el núcleo pintoresco de la población. Estamos en lo alto de la cuesta. El erial se aleja, la vegetación se entreteje, los trigos verdean, y las viñas se multiplican: diríase que los nietos de los pastores de la Navidad, poseen el arte de hacer sonreír á la tierra. Desde el tiempo antiguo Bethlehem significa « casa del pan »: y viendo á la ciudad así rodeada, su nombre en la estéril Judea suena como un simbólico canto.

BETHLEEM

Á la entrada del pueblo nos muestran, dentro de un jardín, las tres cisternas de David. Dejemos hablar á Samuel en su Libro II:

« David entonces residía en la fortaleza, y la guarnición de los filisteos en Bethleem. Y tuvo deseo, y exclamó: *¡ Quien me diese á beber agua de la cisterna de Bethleem que está en la puerta!*

Entonces tres de sus valientes rompieron por el campo enemigo, y sacaron agua de la cisterna, y trajéronla á David: mas él no la quiso beber, sino devolverla á Jehová, diciendo: *Lejos sea de mí ¡ oh Jehová! que yo haga esto. ¿ Había de beber yo sangre de los varones, que fueron, con peligro de su vida? Y no sació su sed* »... Las cisternas perduran, pero los brocales son modernos, como la construcción y el plantío. Las muestra un guardián, que mastica algo en italiano, y que acaba peleando en turco con nuestro guía.

La aldea de Bethlehem puede llamarse cristiana. De sus 5.000 habitantes solamente cuatro son judíos y cien musulmanes. Las casas, de piedra calcárea, yerguen sobre sus cubos ligeras cúpulas. Y se alínean en calles estrechísimas y clivosas, con rincones de graderías, donde la población se junta á charlar en grupos pintorescos. Los chicuelos juegan alegrando el ambiente. Los hombres trabajan en las heredades vecinas, y las mujeres labran objetos piadosos, recuerdos de viaje, rosarios de perfumadas maderas, ánforas de calcáreo, adornos de corales. Vestidas de blanco y azul, elevan su manto hasta la cabeza, y un armazón oculto, les forma una amplia toca. Todo resulta simpático en esta aldea hospitalaria, que tiene mucho de hogar para el viajero. Se puede ir y venir sin guía y sin gendarme: no se ven rostros hostiles, ni manos ocultando una piedra, ni bocas anhelantes por insultar. La plaza es el sitio más animado. En uno de sus ángulos, abierto al horizonte, en que se destaca el monte de los Francos, el cementerio brilla sobre la pendiente. Los niños corretean mientras las madres trabajan, sentadas en las tumbas: un soplo patriarcal, de primitiva simplicidad, de dulzura, de honradez, en-

vuelve el trajín de los vivos y el sueño de los muertos.

En el fondo de la plaza, el inmenso paralelogramo de la basílica, impone con su mole, sin otro adorno que una obscura cruz de hierro. La empezó Santa Elena, la acabó Constantino, la restauró Justiniano. Así se purificó la cuna de Jesús, que Adriano dedicara á Adonis, haciendo preceder el culto del amante de Venus por un bosque de cipreses. Hoy la basílica es un modelo de las más antiguas construcciones cristianas.

La nave, simple y grandiosa, tiende cuatro líneas azuladas y amarillentas de columnas corintias. El techo, de cedro, es un gran caballete. Entre él y los capiteles, surgían en otro tiempo, gloriosos en la luz, mosaicos de oro y vidrios de colores. Algunos restos lucen aún fragmentos de sombras matizadas, y el rostro de los ascendientes de Cristo habla del pasado esplendor. En los fustes también luchan figuras por hacerse visibles, y un penitente se destaca, claro, con los brazos abiertos, sobre fondo purpúreo. Áureas lámparas en racimos, penden de largos hilos, sin animar en el aire, su aliento de abandono.

Una construcción griega rompe la perspectiva,

y entramos. En el centro un altar de oro: en el altar santos bizantinos de oro: luego, estalactitas iridiscentes en arañas de cristal, envueltas en tembloroso rocío de luz; y en lo alto, lámparas de plata, vibrantes caireles, caprichosos arabescos, mazos de flores. Así, de la base á la cumbre, reina la vida; pero la nave anterior atrae más, con la simple vetustez de su austeridad religiosa.

Dos turcos, fusil en mano y turbante en la cabeza, custodian las puertas de la gruta. Ésta, en realidad, no se ve. Las columnas añadidas le quitan su aspecto natural: la devoción acaba en irrespetuosa. Una enorme tapicería purpúrea oculta la roca y forma nichos á las ardientes lámparas colgantes. Hay tres altares. Uno, donde la Virgen alumbró. Otro, en el pesebre donde Jesús fué expuesto. Otro, donde los Magos ofrecieron sus dones. Por mejor decir, cubiertos de rejillas, bajo resplandor de velas, evocan los misterios del venerable sitio. Recordemos á San Lucas: « Y aconteció en aquellos días que salió un edicto de César Augusto, para que fuese empadronado todo el mundo.

» Este primer empadronamiento fué hecho por Cyrino, gobernador de la Siria.

» É iban todos á empadronarse, cada uno á su ciudad.

» Y subió también José de Galilea, de la ciudad de Nazaret á Judea, á la ciudad de David que se llama Bethleem: porque era de la casa y familia de David.

» Para empadronarse con su esposa María, que estaba preñada.

» Y estando allí, aconteció, que se cumplieron los días en que había de parir.

» Y parió á su Hijo primogénito y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre: porque no había lugar para ellos en el mesón.»

Completemos á San Lucas con el relato, según San Mateo: « Cuando hubo nacido Jesús en Bethleem de Judá, unos Magos vinieron del Oriente á Jerusalén, diciendo: « ¿Dónde está el Rey de los Judíos, que ha nacido?»

» Porque vimos su estrella en el Oriente y venimos á adorarle.»

» Y el rey Herodes cuando lo oyó se turbó y toda Jerusalén con él.

» Y convocando á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas del pueblo, les preguntaba dónde había de nacer el Cristo.

» Y ellos le dijeron: « En Bethleem de Judá, porque así está escrito por el profeta:

» Y tú, Bethleem, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá, porque de ti saldrá el Caudillo que gobernará á mi pueblo de Israel. »

» Entonces, Herodes, llamando en secreto á los Magos, se informó cuidadosamente del tiempo en que les apareció la estrella.

» Y encaminándolos á Bethleem, les dijo: « Id, informaos del Niño, y cuando lo hubiéreis hallado, hacédmelo saber, para que yo también vaya á adorarle. »

» Ellos, luego que esto oyeron del rey, se fueron. Y he aquí que la estrella que habían visto en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró sobre donde estaba el Niño.

» Y cuando vieron la estrella se regocijaron en gran manera.

» Y, entrando, hallaron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron, y abiertos sus tesoros, le ofrecieron oro, incienso y mirra.

» Y habida respuesta en sueños, que no volvieran á Herodes, se volvieron á su tierra por otro camino. »

Al salir de la gruta, en una galería subterránea, saludamos la tumba de San Jerónimo. El traductor de la *Biblia*, después de abandonar su existencia de pagano noble y lujoso, quiso vivir y morir cerca de la humilde cuna. Pero, más tarde, sus restos y el pesebre se transportaron á Roma, donde están en la basílica de Santa María.

Nos detenemos en otra gruta. Cuenta una antigua leyenda que la Virgen dejó caer allí una gota de leche. Desde entonces, la piedra, sensibilizada, puede fecundar á las mujeres estériles; y hoy mismo las hijas de Bethleem disuelven el polvo calcáreo en agua, y beben con la esperanza de pronta primogenitura.

Una calleja nos conduce á la cima de una meseta. Abajo, ondula una pendiente, y á su pie aparece la aldea de Beit-Sahour. Coloca allí la tradición el sitio preciso de que partieron los pastores para adorar al Niño. Oigamos los versículos de San Lucas: «Había unos pastores que estaban guardando las velas de la noche sobre su ganado. Y he aquí que se puso junto á ellos un Ángel del Señor, y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron grande temor.

» Y les dijo el ángel: No temáis; os anuncio un grande gozo que será á todo el pueblo:

» Hoy os es nacido el Salvador, el Cristo Señor, en la ciudad de David.

» Y esta os será la señal: Hallaréis al Niño envuelto en pañales y echado en un pesebre.

» Y súbitamente apareció con el ángel una tropa numerosa de la milicia celestial, que alababan á Dios, y decían:

« Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra Paz á los hombres de buena voluntad. »

Contemplamos el cerco de viñedos entre plantíos de cebada; sus cultivadores, los humildes de espíritu, iban á juntarse á los ricos de poder y sabiduría. Esas adoraciones, que hallaron el eco más espontáneo en la explosión de los villancicos españoles, perfuman la infancia con intenso aroma, sobreviviente al tiempo. En el corazón más desmantelado, como casa de la amargura, se abre un postigo una vez al año, y la brisa antigua pasa, con rumores de canto, en alas de su pureza. Desde aquí la brisa de la Navidad esparce en el mundo la luz de la estrella milagrosa. ¡La estrella milagrosa! Conjunción, según Képler, de dos planetas, Júpiter y Saturno; los magos, escrutadores del cielo, la des-

cubrieron insomnes. Mas iba contra la revolución de los astros, al indicar el camino: así, la explicación astronómica de un fenómeno que sucede cada ochocientos años, no coincide con el prodigio. Deteniéndose á cierta altura, piensa Le Camus, evoca la columna de fuego guiadora de los israelitas en el desierto: quizá la veían solamente los tres viajeros con los ojos de la Gracia y la virtud de la Fe.

Éstos, de la gran familia científica de Caldea, hijos de las creencias de Zoroastro, esperaban la muerte del Mal y el triunfo del Bien por la redención de Sosiosh. El cautiverio de los judíos en Babilonia les sugirió, además, la esperanza del Mesías de Israel. No ignoraban ninguna religión, estudiaban los libros santos, y ante la estrella, se acordaron de la profecía de Balaam. Se pusieron en marcha; y en la Judea no preguntaron si Jesús había nacido, sino dónde le habían puesto: su fe era absoluta. Nada en la *Biblia* vive más que los Magos. Abraham es venerable, Moisés impone con su genio, David cautiva con su arpa, Salomón deslumbra con sus pompas y saber, Job atemoriza con su realidad; no importa. Ellos personifican las tres razas: Gaspar, la de Cam; Balta-

sar, la de Jafet; Melchor, la de Sem, y entre el misterio perenne que los envuelve tienen el astro fugitivo que los alumbra. Y el astro, por contraste, inmortal como la ilusión, sólo desaparece con la muerte; pues el dolor humano, ó el gozo místico, descubren en su oro el fulgor azul de las apoteosis.

Á un paso de Beit-Sahour se extiende la pradera de Booz. Allí, el anciano hizo concebir á Ruth; allí se estremeció de júbilo el corazón de Noemí; y entre el hechizo de la siega, nació Obeb, abuelo de David, fundador de la casa de Jesús. «Bendito sea el Señor, que no ha permitido que faltase heredero á la casta de Mahalón». Así cantaban los ancianos del pueblo de Israel, y las mujeres, y los hombres: mientras Ruth de Moab, brillaba cual el oro seductor de su espiga.

En el fondo, los altos montes enriquecen su tono cerúleo con sombrías vegetaciones. Las corta á cierta altura la ondulación calcárea de las colinas de Judea. Muy lejos, se adivina el Mar Muerto. Entre árboles cercanos, vese tierra arada, con fulgor purpúreo, y luego, la ola de trigos verdes. Tras la aridez anterior, esa esmeralda de reposo es bendición y caricia. Hasta el cielo parece más

azul sobre el campo de Ruth, sin temer que una piedra hostil emsombrezca su sonrisa.

Á medida que la tarde cae y la noche avanza, la imaginación percibe en las tinieblas agitaciones de lumbre. Muchas imágenes se esfuman y se desvanecen, pero otras se precisan animadas y vivientes.

Los Magos llegan á la gruta. Vibran en los espacios claridades insólitas. Como en la noche del Nacimiento, los ángeles cantan: sus voces, dicen con el espíritu: «Gloria á Dios en las alturas»; Gaspar, Baltasar, Melchor, responden con el corazón: «Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Algunos querubines arrancan de la cuna haces de paja, que, al rozar el aire, se encienden, creando en torno de la Estrella de los Reyes, extraña aurora. La aurora artificial, con gozo, penetra en los hombres, en los ángeles y hasta en los animales, para infundirles un alma: la gruta de Bethleem, custodiada por la adoración, conviértese en fuente del júbilo, y en sol moral de los seres.

El rey negro habla: «Traigo en mi camello, oro. El oro es el modo que tiene el suelo obscuro de acordarse de los astros. Pero también lo arras-

tran los ríos, y enseña que lo mueve la vida, siendo, cual la ola, poderoso y fecundo. Que él te ayude á gobernar, divino infante, y empiece por darte un manto digno de Salomón. Y cuando seas hombre, ¡oh, Dios de Israel! no olvides á Gaspar: haz que en su cara sombría resplandezca el alma, con el fulgor de su don de ahora.»

Melchor, dice: «Deseo que unjan tu cuerpo con la mirra de mis cofres; traje superior en pureza al mismo lirio, como que es la gasa de un aroma. Á los hombres se les impregna el sudario con mi tributo; cúbrete con él, Señor, y así el perfume de la muerte, será, para tu siervo, el perfume de la vida.»

El mago Baltasar, murmura: «De los troncos más bellos, de las palmeras más graciosas, saqué, Señor, el incienso que te ofrezco. Envolverá, glorioso, tu casta desnudez, en la espiral de su albura. Toma, ¡oh, Rey de los Judíos! el diáfano velo; y que mi corazón, como incienso, pierda su dureza, para trocarse ante tu majestad en nube.»

Los pastores adelantan; echan blancas margaritas de los campos. Las flores tocan al Niño y se ponen á hablar, con las milagrosas voces de sus

hálitos: «Está desnudo. Sufre de frío. Arrópate, Señor, en nuestros pétalos.»

El Asno y el Buey se incomodan: «¿No véis que lo viste el tierno calor de nuestro aliento?»

San José interviene: «Con la venta de los báculos, obra de mis manos, le mercaré un hatillo.»

Un ángel, imponiéndose, dice: «Lo que sería inútil, si no tuviera, cual tiene, el abrigo de mis alas.»

La Virgen ha oído en silencio; carece de ofrenda y se le nublan los ojos. Los homenajes, aumentan el prodigio, y, humildemente, se cree indigna de su gloria. Inquieta, piensa en el porvenir; y presiente, en la sublimidad, el dolor. Las lágrimas, acrecidas, corren desbordantes. El Niño, no se turba, recibíéndolas; medita, y parece un hombre. Á poco, su faz, como heno de aurora, halla juventud radiante en el triste rocío. Entonces, la Estrella de los Magos vierte sobre la cuna intensa lumbrerada. Hombres, ángeles, reyes, caen de hinojos: hasta las flores y las bestias dan al olvido los pétalos, las alas, el oro, la mirra y el incienso. ¡ Todos comprenden que aquellas lágrimas reales de la tierra, y aquella luz ideal del cielo, forman el verdadero manto del Cristo!

LA FUENTE DE LOS MAGOS

Cae el sol más allá del Monte Nebo, y del Mar Muerto. Al pie de Bethleem sonríe el oasis de Booz, y la mente escucha el inefable vibrar del arpa de David. Los labriegos sacuden la pereza; los rebaños tornan á los apriscos; los segadores levantan las espigas de Ruth; la ventura inconsciente de la fecundidad, presta á los ojos lumbre, y á las palabras vida.

El crepúsculo acaricia piedras, árboles, cabañas; las cosas lo visten con amor, y así, cada una resplandece pensativa como una tarde. La melancolía es tan dulce, el aire tan ligero, el perfumar de las cebadas tan penetrante, la meditación de las siluetas tan serena, que el cristal azul de la alucinación se dispone á convertir los guijarros en rosas. He aquí la fuente de los Magos. Parece concentrar las luces moribundas, los celajes encendidos, las voces de los pastores, el rumor de

las esquilas. Todo el fulgor de lo que va á extinguirse con alas rumorosas, se mira en la juvenil ilusión de esos reflejos.

Gaspar ofreció al Cristo el oro; Melchor la mirra; Baltasar el incienso; y Herodes, colérico, los persiguió: el lucero bajó á sepultarse en la fuente misma. Jamás cuerpo immaculado de estrella, encontró en aguas más transparentes, mortaja más armoniosa. Y la leyenda reveló que sólo la sorprenderían en su seno, vírgenes de conciencia cristalina. ¿Pero, en dónde no ha brillado la maravillosa linfa? ¿Qué hombre no tuvo en un instante su Oriente? ¿Cuál, no ha visto pasar alguna vez, á los magos, con sus dones de adoración y penitencia, hacia un dios, una mujer, un ensueño?... La tarde sigue expirante. Llegan, cantando, grupos de segadores. Una joven copta, que les ofrece de su odre, halla gracia en los ojos de los hombres. Después se junta al coro y con él se aleja. Tañen las campanas en las torres de Bethlehem. Los cantos se interrumpen y las oraciones se elevan. Vibra el Ángelus, humano al nacer, sagrado al volar, divino al morir. El espíritu siente á sus alas irse en pos de la primer estrella y torna á la fuente como una rosa abandonada.

Y si un último rayo de sol dijese á la rosa: «Mira el cielo, desde él vengo á besarte»; respondería: «Me inclino hacia la tierra; el rocío, me pesa con sus lágrimas.»

Y por la tierra avanza Jesús. La imaginación se alucina. El Hijo del Hombre busca el astro de la fuente, no lo encuentra y se cree contaminado. Después medita y sonríe; no puede brillar en el agua, porque Dios trae la aurora.

Observa su rostro. Falta muy poco para la Pascua. La crucifixión se aproxima. Percibe en su frente el dejo del pensar de los ángeles. Se contempla por la última vez y se considera con doloroso placer. Mira, enternecido, su carnal vestidura. Los hombres, que llevaban en el corazón el sepulcro de la esperanza humana, descubrieron, á su paso, la cuna de la esperanza divina. Sus días están contados; y aquel dulce y bello rostro, se expondrá al insulto de la plebe. Habla despidiéndose de la imagen y la estremece el verbo de su espíritu. Una lágrima de sus ojos, que toca la idealidad de los reflejos, cae sobre el corazón de la figura. La gran sombra, agitándose, se convierte en ángel, y surge de la transparencia besando la frente del Maestro. Jesús comprende; toma la

ruta de Betania, que es la del Calvario, y el ángel fraternal vuela á las estrellas camino del cielo.

Helo ahí en la luz inmortal. Vive con los dolores y las glorias, de quien le diera su rostro con su reflejo, su espíritu con la palabra, y el corazón con una lágrima. No ha perdido la virtud de la fuente, y parece que Jesús se mirase sin cesar en ella. Y cuando Él sonríe, el ángel se ilumina, y se torna crepuscular cuando Él sufre. Así, recibe la bofetada de Caifás, oye la negación de Pedro, se baña en la sangre del Pretorio, y padece la agonía del Calvario.

El sábado, tras la noche de sombra que arroja ya una eternidad de lumbre, el Padre le llama y le dice: « En nombre de tu sufrir te haré guardián del rincón más agradable de tu esfera. Serás el espíritu solar en el cielo de las flores. ¿Quién mejor que tú puede custodiarlas, ¡oh! hijo de una fuente? »

El ángel oye y parte. Vive desde entonces entre lirios de Idumea, narcisos del Sarón, nardos de Moab, margaritas de Nazaret, violetas de Efrata, rosas de Jericó; entre los mil aromas de los oasis y de las islas, de los collados y las llanuras, de las capitales destruídas y de las ciudades potentes.

El aliento embalsamado colorea las lumbres, pues cada alma es un perfume, que evoca y produce el matiz de sus antiguos pétalos. La memoria sutil goza así de su propia apoteosis. Y las almas lo son de flores marchitas en ataúdes y cubiertas de llanto; de flores consoladoras de las ruinas; de flores ofrendadas á las madres piadosas y á las prometidas castas; de flores que coronaron poetas, mártires, soldados, héroes; de flores que palidieron de congoja ante el sudor de las agonías.

De pronto el ángel se turba. Cree sentir murmurios de la fuente nativa. Inmensa compasión lo penetra, y los murmurios, concertándose, cantan: «Existe también un infierno de las flores.»

El guardián vuela al temido Triángulo. La paloma, inspiradora de la sabia dulzura, fascina entre el Padre y el Hijo. Cristo ostenta la espada de varias hojas; tiene en su rostro el sol, en los ojos llamas, y sus pies deslumbran cual el cobre derretido en un horno.

El ángel adelanta con el reflejo de su gracia humana. La Faz terrible olvida la espada de fuego, y sonrío á la imagen. ¡Ah! la frescura de la fuente de los Magos. ¡Ah! el placer de sembrar gozo

con los prodigios. ¡Ah! la serenidad de los crepúsculos, de Nazaret, y en Tiberiades la belleza de los claros de luna. ¡Ah! la amistad de Lázaro, y la voz de Marta, y las lágrimas y los unguentos de María... Las dos imágenes, la dulce y la formidable, se armonizan, y por entre la gloria de los cielos cruza un tenue soplo melancólico. El Padre, á quien no se le habla, porque adivina el pensamiento antes de nacer, dice: « Llégate al infierno, ya que lo deseas, y rescata esas almas, las únicas que por inocentes pueden salir de los suplicios. »

El guardián, gozoso, penetra en la región sombría. Perfumes de rosas, de jazmines, de violetas, y de todas las flores, se debaten en desesperante esfuerzo: quieren colorear las tinieblas con el recuerdo de sus pétalos. Los perfumes son almas de flores muertas en las bacanales, de flores que encubrieron el puñal y el veneno, de flores que festejaron los triunfos malignos en los cultos impíos, de flores que hicieron desfallecer el corazón de las vírgenes.

El ángel transforma el infierno: siembra explosiones de matices; la tiniebla á su paso se vuelve luz, y la luz sueña con las flores. Cada color es

nota del cántico silente; y ráfaga aromática, compuesta de millones de almas, semeja el carro inmaterial de un triunfador alado. Los perfumes siguen al guardián y se confunden á los del cielo. Vibran tan penetrantes, y se desvanecen tan sutiles, que la luz, coloreándose, se exalta y se desmaya, dócil á sus estremecimientos, cual si fuese el verbo hechizado de sus pensares.

Un día el libertador se agita. Oye conversar á varias almas de rosas y de violetas. Murmuran las celestes á las diabólicas: « Lejos de las sombras, podéis hoy, como nosotras, crear los viejos iris, de modo tal, que si os tocara el antiguo rocío, creeríase hijo de mil auroras. ¡ Ah! si hubiésemos presentido el perdón, no exclamaríamos en este instante: felices de vosotras; exprimísteis una existencia que nos fué desconocida. »

El ángel tiembla ante el diálogo de las almas más inocentes del mundo. Los murmurios de su nativo cristal modulan elegías de inenarrable pena.

Conturbado, se dirige al Triángulo. El Hijo, con extrañeza, le ve llegar pensativo. El Padre prorrumpe: « Vas á demandar un crimen. Si un milagro de Dios lo cometiera, los mundos se desquiciarían. »

Jesús, cobrando el hablar de Galilea : « Hombre de Bethleem — murmura — dime, ¿ qué quieres ? »

El ángel responde : « Con la imagen que paseastes por la tierra, apesadumbra vivir hasta en el cielo. Señor, mátame el alma. »

El Santo Espíritu se interpone : « Silencio. Sólo en algo serás oído. »

Del escabel del Padre, brotan, cruzándose, dos relámpagos. Temerosos, se arrodillan los querubines, las dominaciones, y los serafines. El ángel vuela hacia el deslumbramiento, entorna los ojos, bate las alas, penetra en el resplandor, y se consume en el fuego de la cruz. Su alma salta á los espacios : es un errante meteoro, que á los espíritus sufrientes, por su propia delicadeza, les inspirará la certidumbre de una vida más luminosa.

.....

En tanto, la noche ha caído sobre heredades y collados. Las imágenes de la linfa de los Reyes Magos se esfuman en la sombra. Tiende el silencio absoluto su manto reposante, y el próximo oasis de David entona un salmo : « Alabad á Dios, fuentes y criaturas que os alimentáis de sus aguas. »

AÏN CARIN

Á dos horas de marcha, saliendo por la puerta de Damasco, está el convento de la Cruz. Existe, desde los tiempos de Santa Elena. Atacado á menudo por los árabes, fué convertido en fortaleza. Así le vemos hoy, sin ventanas y con ferradas puertas. Sus tres naves, de bóvedas ojivales, de muros pesados y gruesos pilares, cubiertos de burdas pinturas, cobijan un altar, precedido por una placa. Es de mármol, y señala sobre antiquísimos mosaicos, la cuna de un pino legendario.

Allí nació el árbol, que, según Antonino el Mártir, sirvió para la cruz de Cristo. He aquí lo que la vieja tradición cuenta: « Lot había abandonado á Sodoma. Su mujer y sus futuros yernos quedaron en el camino, como el *Génesis* narra. El padre, en Segor, fué emborrachado dos noches consecutivas: sus hijas se acostaron con él, y

concibieron á Moab y á Anmon. Al comprender su falta, Lot, arrepentido, lloró y huyó del sitio de su crimen. Después se detuvo, y un ángel del Señor, le dijo: «Toma estos tres botones, plántalos y riégalos con aguas del Jordán: si crecen, Dios te habrá perdonado». Lo hizo, y todas las tardes iba al río con su odre. Una vez, un mendigo le pidió de beber; él lo abrevó, y más adelante, otro que avanzaba por la ruta, agotó su agua. Gimió entonces; los pobres eran disfraces de Satán. El ángel volvió á resplandecer: «No llores, no se secarán los botones, crecerán sin riego. Tu caridad halló gracia á los ojos de Dios.»

Y nacieron tres árboles, y, uno de ellos, ofreció en sus hojas, un manantial de frescura.

Cual si fuese de un bosque fecundo, alegró las lindes del desierto, y complacíase en murmurar al viento. «Nací del perdón: mi sombra ha hecho olvidar las llamas de la ciudad maldita. Mi tronco es duro cual de roca; pero mis savias me enverdecen con misterioso amor. El viajero, en la áspera senda, sueña bajo mi fronda, y palpa la realización de sus esperanzas». Israel intervino: «Necesitamos de tus vigores y no de tu sombra. De ti saldrá la cruz del profeta». Tal es la leyenda, y

el árbol seco no ha muerto. Vibra el esqueleto inmortal con la gracia dolorosa de almas invisibles. Fecunda, como la tierra de Canaán, es la estéril placa de mármol, que cubre la ausente raíz. Así lo proclaman en su oración, los peregrinos enfermos de absoluto, que no encuentran reposo sobre sus pies inquietos y llagados.

Avanzamos hacia Aïn Carin, por un paisaje de inmensas hoyas calcáreas. Á veces arremolinan sus cilindros, y á veces tienen movimientos de olas, que, antes de petrificarse, arrojan á las laderas guijarros y olivos, desde los erizamientos de sus crestas.

Á un paso de la aldea, está la fuente de la Virgen. Inmemorial tradición le da ese nombre. Créese que cuando María visitó á Elisabeth, bebía á menudo de sus aguas. Un alminar mahometano la protege, y riega los próximos cultivos. Dentro de una gruta gorgorita su linfa: El sol estampa en la boca parchazos de luz, y resbalando por los muros, baña las guijas del sendero. La peña irradia abrasada y su oblicua oquedad permanece en la sombra. Algunas mujeres, de bombachas azules, lavan ropa, y afuera, sus maridos, echados, duermen. Otras, colman sus odres, que, con na-

turalidad, sostienen en la cabeza, un tanto inclinados, mientras tiemblan, en la marcha, los senos, cubiertos por un simple velo talar. La línea de cacharros movidos, va rozando los muros de piedra; allí asoman higueras, y sobre las viviendas, al soplar de la brisa, palpitan leves sus sombras inmateriales. Las chozas empiezan á escalonarse. Techos y pisos alternantes se tocan; y al fin de la pendiente surge el convento franciscano. Camellos y burros obstruyen el callejón, y los hombres juegan al ajedrez, en tablas de sicomoro. Algunas viejas pican tabaco; y en el atrio retoza un grupo de chicuelos. Pertenecen á la escuela y aprovechan el recreo. En el coro del templo los frailes rezan vísperas. Ambos murmurios, uno lleno de inconsciente alegría, otro lleno de serenidad, envuelven dolores antiguos y actuales, expirando en la santa gruta del profeta. He ahí la iglesia de los primeros cristianos, reedificada tras la destrucción de Cosroes. No puede ser más sencilla; bóvedas y cúpula, se tienden sobre pilares cuadrados. El marmóreo pavimento multicolor, casi á la rústica, forma un original mosaico, en armonía con las mayólicas murales.

La gruta, tallada en la roca, sólo recibe luz de

sus lámparas. Una copia de Murillo muestra á Juan en el desierto. Un bajo relieve en mármol plasma un tríptico: el Precursor, nace, bautiza á Jesús, y muere en el martirio. El templo cubre el sitio de la casa de Zacarías. La gruta indica el del alumbramiento de su hijo.

Leemos el Evangelio, según San Lucas:

«Hubo en los días de Herodes, rey de la Judea un sacerdote nombrado Zacarías, de la suerte de Abías: y su mujer de las hijas de Aarón, y el nombre de ella Elisabeth.

»Y eran ambos, justos delante de Dios, caminando en todos los mandamientos, y estatutos del Señor,

»Y no tenían hijos, porque Elisabeth era estéril, y ambos eran avanzados en sus días.

»Y aconteció, que ejerciendo Zacarías su ministerio de sacerdote delante de Dios en el orden de su vez,

»Según la costumbre del sacerdocio, salió por su suerte á poner el incienso, entrando en el templo del Señor:

»Y toda la muchedumbre del pueblo estaba fuera, orando á la hora del incienso.

» Y se le apareció el Ángel del Señor, puesto en pie á la derecha del altar del incienso.

» Y Zacarías, al verle, se turbó, y cayó temor sobre él.

» Mas el ángel, le dijo: No temas Zacarías, porque tu oración ha sido oída: y tu mujer Elisabeth te parirá un hijo y llamarás su nombre, Juan.

» Y tendrás gozo y alegría, y se gozarán muchos en su nacimiento:

» Porque será grande delante del Señor; y no beberá vino, ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre;

» Y á muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor, el Dios de ellos.

» Porque él irá delante de él con el espíritu, y virtud de Elías, para convertir los corazones de los padres á los hijos, y los incrédulos á la prudencia de los justos, para aparejar al Señor un pueblo perfecto.

» Y dijo Zacarías al ángel: ¿En qué conoceré esto? porque yo soy viejo, y mi mujer está avanzada en días.

» Y respondiendo el ángel, le dijo: Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios; y soy enviado á hablarte y traerte esta feliz nueva.

» Y tú quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto sea hecho, porque no creíste á mis palabras, las cuales se cumplirán á su tiempo.

» Y el pueblo estaba esperando á Zacarías: y se maravillaban de que se tardase él en el templo.

» Y cuando salió, no les podía hablar, y entendieron que había visto visión en el templo, y él se lo significaba por señas, y quedó mudo.

.....

» Mas á Elisabeth se le cumplió el tiempo de parir y parió un hijo.

» Y oyeron sus vecinos y parientes, que el Señor había señalado con ella su misericordia, y se congratulaban con ella.

» Y aconteció que al octavo día vinieron á circundar al niño, y le llamaban del nombre de su padre, Zacarías.

» Y respondiendo su madre, dijo: De ningún modo, sino Juan será llamado.

» Y le dijeron: Nadie hay en tu linaje que se llame con este nombre.

» Y preguntaban por señas al padre del niño, como quería que se llamase.

» Y pidiendo una tableta, escribió: Juan es su nombre. Y se maravillaron todos.

» Y luego fué abierta su boca, y su lengua, y hablaba bendiciendo á Dios. »

Más allá de la aldea, Zacarías tenía una casa de campo. Una antigua capilla, descubierta bajo su suelo, fué restaurada; un campanario nuevo se erige sobre un pequeño convento.

Es el sitio del *Magnificat*, en que María visitó á Elisabeth. Nos trasladamos á él, evocando otro fragmento de San Lucas.

« Y en aquellos días, levantándose María, fué con priesa á la montaña, á una ciudad de Judá.

» Y entró en casa de Zacarías y saludó á Elisabeth.

» Y cuando Elisabeth oyó la salutación de María, la criatura dió saltos en su vientre: y fué llena del Espíritu Santo.

» Y exclamó en alta voz, y dijo: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.

» ¿Y de dónde esto á mí, que la madre de mi Señor venga á mí?

» Porque he aquí luego que llegó la voz de tu salutación á mis oídos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre.

» Y bienaventurada la que creíste, porque cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor.

» Y dijo María: Mi alma engrandece al Señor:

» Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

» Porque miró la bajeza de su esclava: pues ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

» Porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo el nombre de él.

» Y su misericordia de generación en generación sobre los que temen,

» Hizo valentía con su brazo: esparció á los soberbios del pensamiento de su corazón.

» Destronó á los poderosos y ensalzó á los humildes.

» Hinchó de bienes á los hambrientos: y á los ricos dejó vacíos.

» Recibió á Israel, su siervo, acordándose de su misericordia.

» Así como habló á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia por los siglos.»

La capilla se llama de la Visitación. Armonizan absolutamente su aspecto y lo que recuerda; entonces las hieles de la lucha y los garfios del dolor, estaban lejos del Evangelio. No existe en el mundo rincón más lleno de serena alegría; el rit-

mo de su paz se extiende sobre las cosas, como un silencio de seda. Los pétreos muros exhalan de su vetustez, religiosos alientos que impregnan la transparencia del aire. El campanario vuela al cielo, con las alas místicas de su propio esquilón, tanto como con los perfiles de su propia arquitectura. Las notas, desgranándose en el valle, llevan á las almas, esperanzas, y á las mieses secreto hervor. Las imágenes físicas y morales se funden: el hombre se vuelve centro de un mundo venturoso. En el jardín del convento los rosales ignoran si sus flores son ilusión ó realidad, pero las sienten inclinándose por su belleza y volando por sus aromas. En el mismo recinto una cisterna, antigua como la Fe, riega con aguas siempre juveniles, la púrpura de las malvas. Los muros, también vetustos, se oponen al verdor de los olivos, cuyo gris platíneo, tiene cual diamantes que se mojasen al recibir la lumbre. Mientras caen sus hojas, se yerguen los cipreses. Siguiendo la recta flecha de sus cúspides, la hiedra invade la fachada, y cuelga de la cruz un jirón de su hermosura misteriosa. Otras lianas cubren otras cruces, y entre ellas surgen algunas viñas. El invierno las ha despojado de sus pámpanos. Sonríe la idea de verlos

nacer, florecer y esmaltarse de frutos, dando con el licor real de sus racimos, á los leños de la muerte la sangre de la vida. Sobre el rincón de fecunda tierra, en que los sarmientos abrazan místicamente á las cruces, el cielo busca los muros de la vid, cual techo de una bíblica tienda. El sol, sobre un cuadrante, mueve su sombra alerta, dedo augusto que marca en el jardín, de oración, la paz de esas nupcias, y la divinidad de esa calma. Dentro de la capilla fluye una fuente: el canto del manantial cristianizante suena en la casa del Precursor, y las plegarias brotan entre el murmurio del agua que las mece.

Dibújase también una piedra enrejada. Una antigua tradición enseña que ocultó á San Juan, cuando las persecuciones de Herodes. Un mueble muy curioso, luce, incrustado, un Nacimiento, con la sencillez y el encanto de una costumbre, que hace soñar á los niños de toda la tierra.

Desde lo alto del convento se domina el suelo en que David luchó con Goliat. Las guijas de la erizada región, esperan en vano las cuerdas que, por las manos del héroe, fueron potencia en la honda y armonía en el arpa.

El valle forma un embudo de tres pendien-

tes. Parapetos hoscos circundan la de abajo; las otras simulan naturales terrazas. El sol pone platíneo chispear en las hojas de los olivos, á que se juntan los esqueletos de las higueras: los cipreses, más altos, cuidan el bosque como gigantes pastores. En el fondo, una montaña, con sus tierras rojas y amarillentas, preludia la entrada del Desierto. Detrás de su mole, habló, en efecto, aquel que decía: «Haced penitencia; el reino de los cielos está próximo». Á él, lo había prefigurado Elías, enderezando los senderos del hijo de David. Y la «voz de Aquél que clamaba en el desierto» nos llega del Desierto, en un murmurio de los aires. Á un lado los fecundos cultivos, que dulcifican el valle cantan las alegrías de los años cuando aun vibraba sobre las cosas el fulgor del ángel mensajero. Á otro lado estallan las asperezas de las espe-luncas, cual si nada tuviesen de común con esos tiernos prodigios. Allí el niño se hizo hombre y el hombre anacoreta. Su tono adquirió las rudezas del viento; el agrio monte le dió sus perfiles de incorruptible roca: y alimentándose de miel silvestre y langostas, pudo prepararse á las luchas de Herodías y el Tetrarca. Al bajar de nuestra altura, le vemos surgir y desaparecer, con sus ri-

ñones ceñidos por la estera : su verbo de lumbré es su ropaje de fuego ; y alabando su gloria resuenan las palabras de Cristo : « Yo os digo que entre los nacidos de mujeres no hay mayor profeta que Juan el Bautista. »

JERICÓ Y EL JORDÁN

Nos acompaña en el viaje una escolta de beduínos. El territorio, sino en realidad, les pertenece en ficción: pagando á guías de la tribu se paga indirectamente un tributo, cosa necesaria para no exponerse á molestas aventuras. Desfilamos entre montañas, y ellos nos traen el recuerdo de nuestras pampas. Nada más parecido á nuestros gauchos que estos lejanos abuelos suyos: la misma vivacidad pintoresca de espíritu, igual malicia, parecida esbeltez. Adoran su caballo, y jinetes inquietos, en cuanto tienen un claro, se lanzan al galope con natural arrogancia. Á veces les perdemos de vista. De pronto, apareciéndose violentos, son Santos Vegas que buscan al diablo en las regiones donde fué vencido.

La silla de sus cabalgaduras se asemeja á nuestro recado; pero la alfombra sobre que se sientan cubre toda la grupa. Desde su toca, pren-

dida á la doble rosca negra de sus cabellos, cae un pañuelo hasta los hombros. La túnica les flota al viento. Por las perneras, abombachadas, se escapan flecos blancos de calzoncillos. Llevan ocultas las pistolas en el cinto, al hombro, terciado, el fusil, y en vainas de huesos, corvas, resaltan las empuñaduras negras de aceradas cimitarras. Cuando nos piden en un caravanserrallo unas pias-tras, nos extraña su balbuciente francés; habíamos creído que, al inclinarse y llevarse la mano á la toca, iban á decir: « mi patrón. »

La venta está vecina á la Fuente de los Apóstoles. En el Antiguo Testamento se la llama Fuente del Sol. El libro de Josué la cita cual límite de las tribus de Benjamín y Judá. En sus aguas se lavaban los rebaños. Los discípulos del Señor, que tantas veces fueron de Jerusalén á Jericó, se detenían á su borde como los actuales peregrinos. Por eso se le da su nombre, aunque ningún hecho principal la distinga. La vaguedad de sus memorias la rodea de mayor encanto: la imaginación se complace en oír al grupo fiel, comentando con el Maestro los percances de la ruta, y murmurándose sus desfallecimientos y esperanzas.

Nos detenemos un instante para dar descanso

á los caballos. Camellos, burros, corderos, cabras; pastores, beduínos y mercaderes, reposan en torno. Nadie habla, ningún animal se mueve. Una pereza que es casi velo de sueño se tiende por rostros y por miembros. Penetramos á la fuente, propiamente dicha, especie de gran cámara cuadrada. En un muro hay un nicho de que se ha sacado la imagen: quizá un Jesús pensativo, fatigado de las rutas y de los hombres. Muchos peregrinos han escrito al pie, y un árabe se ha encargado de cubrir los autógrafos con excrementos.

En el fondo de la cámara nos recibe una gran pileta donde, entre el limo, verdean sanguijuelas: el ventero las pesca con un trapo rojo. Á un costado, en un arco, brillan piedras negras y pulidas: un solo chorro, cantante, salta y describe parábolas. La curva transparente nos evoca sus hermanas morales del Evangelio. ¡Ah, las eternas relaciones del agua! ¡Ah, el elemento gentil, fecundo, seductor! El viajero se siente menos solitario si un hilo alegra sus ojos y mece sus recuerdos. Este cristal, río en las cumbres, torrente en las laderas, humilde y armonioso aquí, hace olvidar la charca. En la montaña que asiló á los profetas, reflejó la sombra de Elías, y al descender, ofreció

á los apóstoles, con un eco de eternidad, algo más que fugitiva frescura.

* * *

Una vez un doctor preguntó á Cristo : « ¿Maestro, qué haré para poseer la vida eterna? ». Jesús comprendió que quería tentarle, y le aconsejó indirectamente. El otro repuso : « Debo amar á mi prójimo como á mí mismo ; ¿pero quién es mi prójimo ? ». El Maestro, refiriéndose á la ruta de Jerusalén y Jericó, dijo más ó menos : « Un hombre descendía por ella y los ladrones lo despojaron. Luego le hirieron, dejándole medio muerto. Y aconteció que un sacerdote le vió y no se detuvo y también un levita pasó de largo. Mas un samaritano que iba su camino se llegó cerca de él, se movió á compasión, lavó sus heridas, y poniéndole sobre su bestia, lo llevó á la venta. Sacó al otro día dos denarios y advirtió al mesonero : *cuídale, y cuanto gastare de más yo te lo daré cuando vuelva...* Este que usó de misericordia con el robado y herido, fué su prójimo : pues ve, y haz tú lo mismo. »

El doctor no había comprendido todo : el sa-

maritano simbolizaba á Jesús. Ni el sacerdote con conocer su religión, ni el levita con saber su ley, sentían el amor de la caridad, planta nueva de frutos de lumbre. El samaritano, en el mundo, había lavado las heridas de la víctima, con el óleo de la misericordia y el vino de la justicia. Lo había llevado sobre sus hombros á la venta, es decir, á su Iglesia, y allí una vez á salvo dejaba la recomendación: si algo más se gasta te lo daré cuando vuelva. El doctor no había comprendido tampoco, que no tornaría en su caballo, entre las montañas y las planicies de la ruta, sino sobre la nube ígnea, bajo las alas de la divina paloma...

Hemos llegado á un mesón. Un árabe, mugriento, de melosa voz, nos aleja el recuerdo de las páginas elocuentes en que Veuillot comenta el pasaje. Nos ofrece café. Camellos y caballos remueven el agua de la próxima acequia. Entre ruinas de purpúreos guijarros se levanta un chato y pétreo edificio. Un sirviente negro, casi desnudo, duerme tendido sobre unas gradas. El árabe de la voz melosa lo despierta, iracundo, de un feroz puntapié: he aquí todo lo que vemos, no con un eco del Evangelio, sin duda, en esta venta, la venta del Buen Samaritano.

* * *

Jesús volvía á Jerusalén; un enorme concurso le acompañaba. Un ciego, según San Marcos, pedía limosna cerca de Kakoun. Oyó que pasaba el profeta de Nazaret y se puso á dar grandes voces: « Tened piedad de mí ». Jesús le llamó, y él, arrojando su manto, no oyó á las personas que le decían: « ten confianza »; como un momento antes no escuchara á las que le amenazaban, murmurando: « calla ». — « ¿Qué quieres que haga? » — preguntó el Maestro. — « Hijo de David — repuso el ciego — deseo ver ». — « Marcha — prorrumpió Jesús — ya estás curado ». El ciego, viendo, le siguió por el camino. Y miró, porque los montes, no cambian, el mismo extraño paisaje de ahora. Al encontrar en tal punto, la vida de los colores, se le dibujaron cumbres ásperas que el hombre no huella. Bandadas de cuervos, inmensos como águilas, se cernían sobre los abismos. No halló en las pendientes el encanto de una flor graciosa, ni en los aires el vuelo de un pájaro radiante. El monte Adomnin dominaba el límite de

la tribu de Benjamín y Judá. No era un símbolo de alianza: separaba á los hombres con una visión de guerra. Recogía chispas de sol, para volverlas purpúreas: en las rocas brillaban carmines ennegrecidos; las crestas cenicientas, aun rojas, conservaban fuego devorador; y entre las quebraduras de las laderas corrían arroyos escarlatas, buscando la profundidad tenebrosa. Así, la sangre, petrificada ó con evaporación de gloria, esculpía y animaba el monte, trágico altar del odio, venerado por la muerte. Y entonces, como hoy, la ruta torcía. Vedla, se bifurca ante un enorme anfiteatro, cuyos abismos de la base se unen á las monstruosas talladuras de las cimas: talladuras que se antojan de apagados volcanes, mientras hoyas de lagos secos parecen tener vestigios de aguas nacaradas. Espeluncas cenicientas, cauces de lechosos torrentes, arabescos de alba tiza, todo sugiere una existencia que dejó á su sepulcro el recuerdo de mil blancuras. Como no vuela un pájaro, ni crece una planta, ni cruza un hombre, el insólito paisaje da una sensación lunar. Se piensa en una fantasía del satélite á través de un sueño palpable. Mas el rincón del astro, no aparece envuelto en su propia claridad nocturna; el sol lo sorprende y con

potentes latigazos de oro dispersa su melancólico encanto. Palpita entonces la realidad de su miseria; y esta blancura inerte, este estrago silencioso, esta petrificación de sudarios, corona tristemente la visión del monte sangriento... La Naturaleza reflejaba así la vida de los hombres, ofreciéndola al ciego del Evangelio, que acababa de encontrar los ojos. Pero él, que en la sombra, había esperado la verdadera luz de Dios, no veía sino la figura del Maestro: era sobre el sendero humano la imagen de la Fe, entre cumbres estériles y abismos fatales.

* * *

El camino desciende para subir á otro valle. Aspecto salvaje. Desfiladeros espantosos. Cortaduras tajantes con impulso que quiere hendir la entraña de la tierra. Del fondo del abismo llega el murmullo de un torrente. Es el Carith. Nos habla de Elías. Allí se refugió el profeta después de anunciar á Achab una sequía absoluta, hasta de rocío. Los cuervos le trajeron alimentos. Luego se secaron las aguas y marchó á Sarepta. Mirando el paisaje, se comprende la soberbia rudeza del

hombre, modelado como aquellas rocas. Desafía á los profetas de Baal, preside la edificación del holocausto, y grita: demandad á vuestro Dios el fuego. Responde el silencio y él da la orden. El rayo del cielo enciende la pirámide: el rey y el pueblo, prosternándose, oran. Los idólatras son pasados á cuchillo. La sequía cesa. La lluvia cae. Jezabel, irritada, ante la hecatombe de sus sacerdotes, pretende matar al gigante, que marcha cuarenta noches camino del desierto. Oye una voz: « Unge á Hazael por rey de Siria, á Jehú por rey de Israel, y á Eliseo por sucesor tuyo ». Desanda la ruta, cumple las órdenes, y se trae al nuevo profeta. Su manto toca el Jordán, y el río se abre: un carro ígneo, con corceles de fuego, arrebatada á Elías en un torbellino de oro... De la visión de esas imágenes grandiosas, no queda hoy sino el torrente en el abismo. Sobre una inmensa roca amarilla se eleva un convento. El edificio, de igual color, confunde sus formas á la irrupción de los peñascos. Los muros, rudos y titánicos, nos evocan ángeles, y los cantiles esculpidos, demonios, pues sólo genios con alas, pudieron labrarlos en la región de los cuervos.

El camino conventual que lleva á Jericó tiene

apenas un pie de ancho. Al pan lo suben en cables. Los rayos del sol matinal parecen peinar las cimas, y caen sus sombras como cabelleras. Por sobre el templo mismo, se suspenden grutas de ermitaños, como nidos de águilas: los monjes, aislados, se nutren de raíces nacidas en tierras saxátiles. Hombres de todas partes del mundo se retiran á vivir y morir, donde las plegarias no piensan ya en descender con bienes, sino en estar más cerca de su destino.

Después, el aspecto se dulcifica. Las protuberancias roqueñas surgen menos rojizas y no tan amarillentas. La rala vegetación se anuncia fuerte: en varias hondonadas las gramillas atraen á las ovejas. Allá, á lo lejos, entre cimas que vuelven á evocar cráteres apagados, y tres perfiles sombríos y purpúreos del cerco de Moab, rebosa una inmensa copa azul. Galopamos, y más vibrante, se vislumbra, cual de aceite platíneo, el antiguo lago Asfaltites. Sus aguas vencen la amargura del océano, y el viento no riza la pesadez de su onda aplastada. La vegetación no alegra sus proximidades, y como árbol único, tiene al decir de la leyenda, el manzano, de frutos de ceniza. Mata los peces. Sus entrañas, en vez de bancos de corales, albergan

los despojos de Sodoma, Gomorra y Seboin. Por sus aires no cruzan las aves. Es el Mar Muerto. Pero en este momento el sol choca en su superficie como en un mármol duro; intensa vida lo anima; y á tanta distancia casi enceguece el estallar parpadeante de sus espejos.

Avanzamos. La senda se empina, rápida, hacia un llano. En él se reunían las caravanas de otro tiempo, para ordenarse y marchar en peregrinación, á Jerusalén. Los muros de la vecina ciudad, recordaban los ilustres caídos entre el estruendo de las trompas de Josué; y, embriagada por las rosas, en la época de Jesús, se enorgullecía también con su hipódromo y su anfiteatro. Ahora nos cuesta creer que es ella: un grupo de chozas y algunas casas, rodean un hostel: estamos en la nueva Jericó.

* * *

Jericó significa ciudad de los olores suaves, y ocupa el centro de un verdadero oasis. Si hemos de oír á los habitantes, el tronco de una viña de cuarenta años puede llegar en este clima á una circunferencia de dos metros treinta centíme-

tros. En tiempos de Josué se la llamaba villa de las palmeras: en el collado que hoy forman los pseudos despojos de las murallas cananeas no crece ni una sola.

Cuando las predicaciones de Jesús se cultivaba el azafrán, el arroz, el índigo, el lino y la caña de azúcar. El oasis simulaba una isla tropical en medio de montañas agrias y de llanos arenosos. Semejante á emblema de la ciudad, crecía en todas partes la flor saludada en el Eclesiastes: « Me elevé como la palma de Cades, y como el rosal de Jericó ». El entusiasmo de Josefo por su bálsamo, no era sino el eco escrito de su celebridad en el mundo.

El Maestro, en sus últimos meses, olvidaba aquí, sus horas de tribulación. Los altos baluartes perdían su rigidez agresiva ante la gracia de tantas flores. Á un paso el río, donde recibiera como caballero de su propia cruz, el espaldarazo del gran combate, le recordaba á Juan. Sentía en sus murmullos alegrías pasadas. La corriente se echaba en el lago de la amargura, y, según el historiador judío, transparentaba el espectro de las ciudades malditas. He ahí el símbolo de su dolor: agua divina en su cuna, encenagada después con

los crímenes del hombre... Pero el Jordán, perdiendo en la enorme copa, su dulzura, traía también rumores de Galilea. Jesús, remontando su curso, veía, en un efecto de ilusión, el otro lago. Sus mañanas de sol y sus noches de luna, le hablaban de fecundas meditaciones y de amables pláticas. La Naturaleza sonreía como su mente. El agua infundía más encanto al paisaje, en vez de añadir, como en el Asfaltites, más fuerza á la sombría montaña. Él le había dejado parte de su espíritu. Su suave voz, había preparado allí, la borrasca, purificadora del mundo. Aquel lago tenía la forma del Kinnor, y por eso al principio se le llamó de Kinnereth, es decir, lago de la lira: nombre que pudo ser profético, pues el cielo, en su cristal, resultó para siempre un cielo armonioso. El nieto de David había convertido en cuerdas las ondas de sus aguas, y las cuerdas cantaban la plenitud del amor. Así, el Kinnor de los himnos nacionales, con el eco de sus ideas, se dilataba como universal instrumento. Morirían sus poblaciones; no quedaría una sola piedra monumental: las casas de campo de los pudientes señores, pasarían semejantes á las rosas de sus jardines; pero los nombres de las pobres aldeas de las orillas ad-

quirirían un eterno ritmo de hermosura. Las galeras de purpúreas tiendas, y remos de marfil, no imprimirían rastro sobre el espejo luminoso: en cambio renacerían las humildes barcas de sus pescadores, y con sus velas de rudas lonas, los hombres de todos los tiempos se tejerían inmortales sudarios... Eso quizá pensaba Jesús. Olvidaba que la corriente, bajando del lago vivo al Mar Muerto, era símbolo de su destino, y feliz en el oasis de Jericó, sentíase más joven, creyéndose en el otro clima fraternal!

Hoy vemos sobre las chozas y sus techos de ramas, algunas pocas palmeras y algunos pocos naranjos. La antigua población está reducida á cuatrocientos beduínos de mal aspecto y peor vivir. Las mujeres, en los labios tatuados, tienen estrellas azules, y en las frentes un círculo. Los chucuelos llevan las cabezas rapadas con un gran mechón en el centro, de punta, como un plumero. Los hombres, mejor vestidos, sin aproximarse á los de nuestra escolta, ofrecen baratijas, más, como quien manda que como quien pide. Nos encaminamos á la casa de Tadeo.

San Lucas refiere el episodio. Ese hombre era jefe de los publicanos y receptor de aduanas. Se

había enriquecido, cobrando en ventaja propia, muchos de los fondos ajenos. Jesús llegaba á Jericó en un momento de triunfo. La esperanza mesiánica agitaba la ciudad, ante el hijo de David. Sabiéndolo rodeado de gran concurso, como fuese muy pequeño, el publicano se subió á un sicomoro. Imitaba al pueblo, que en Oriente, desde el Cairo á Jerusalén, acostumbra á convertir los árboles en tribuna. El Maestro, en llegando á él, levantó los ojos y vislumbró el nimbo que la gracia misteriosa encendía en su cabeza. — « Zaqueo — dijo — descende, porque me hospedaré en tu casa. » El pueblo se puso á murmurar. El receptor, previendo las incriminaciones, aseguró, con gozo : — « Señor, he aquí que doy la mitad de mis bienes á los pobres, y si hice mal á alguien le rendiré el cuádruple ». Jesús, repuso : — « Hoy ha venido la salud á esta casa, porque él también es hijo de Abraham. Pues el Hijo del Hombre busca y salva lo que había perecido. »

En el siglo vi, Antonino el Mártir, visitó un oratorio construído sobre el árbol. Ahora no se le conoce ; pero se muestran las ruinas del hogar del publicano. Es un edificio pétreo, cuadrado, sin más forma que la geométrica de su cubo.

Copiándolo, encontramos á un pintor inglés. Nos dice que el clima de Jericó, sienta á los enfermos del pecho. Él está tísico, no tanto por los microbios, como por el trato de los hombres. Ha seis meses que tiene la felicidad de no ver un viajero, y su cura es doble. Vuelve á mirar la casa, para seguir pintando, pero antes nos pregunta: — « ¿ Hay alguna noticia importante ? » — « La reina Victoria ha muerto » — respondemos. Nos hace repetir la información; se pone de pie, y, sacándose la toca, grita: « Viva el rey ». Los beduínos lo miran con extrañeza. Esta vez, ya sentado, pinta firme; comprendemos que la entrevista ha concluído, saludamos, y no responde: absorbido, añade ocre rojo al gris de una piedra.

Un instante de galope nos lleva á la fuente de Eliseo. Elías, arrebatado en el carro flamígero, dejó caer su manto. El discípulo lo recogió, y al volverse, encontró á los habitantes de la ciudad quejándose del amargor de una fuente. El profeta, según el libro de los Reyes, aconsejó: « Traedme un vaso nuevo con sal ». Luego vertió el contenido, exclamando: « He aquí lo que Jehová dice: Purifiqué esta agua, y jamás saldrán de ella la esterilidad y la muerte. »

Hoy, todavía, la fuente existe: cuatro chorros cristalinos llenan su estanque del tiempo de Herodes. Una tradición habla de sus peces; no vemos sino sus sanguijuelas. Después, la corriente resbala sobre lisos guijarros encauzándose en un arroyo. Más lejos, en cañaverales, forma espumas: las flores, enhiestas en los troncos, parecen reflejar esa blanca alegría.

Un beduino nos cuenta que en Jericó un funcionario del sultán, vigila los cultivos; pero los robos no permiten casi las siembras, y las cosechas producen batallas.

Volvemos al caserío por entre plantaciones: las hojas de algunos álamos son tan finas, que se antojan, al tocar los naranjos, telarañas verdes cazando frutas de oro. Viñedos recientemente nacidos se elevan entre muros de arbustos, y forman calles. Agudos garfios prenden á sus troncos túnicas de espinas que muestran como granos de café. Los árabes los llaman *Sidr*, y los europeos *Zijyphus spina Christi*. Una tradición cree ver en ellos el *Rhamnus* de la corona de Jesús. Es inútil buscar la bíblica rosa de Jericó. En cambio, abunda en los cercos, el *Zakkoun*, con que se fabrica un bálsamo semejante al antiguo de Zaqueo.

Pero la gran celebridad pertenece al manzano de Sodoma. Su fruta, atrayente, multicolora y perfumada, contenía cenizas de gusto amargo. Desde la mención de Tácito y Josefo, pasando por Foulcher de Chartres, que en 1100 lo comparó á los placeres del mundo, hasta Chateaubriand, que creyó descubrir el exacto de la Escritura, ese árbol interesó á los peregrinos y hombres de ciencia. El hoy asimilado al de la historia, se denomina *Solanum Sanctum*; llega á dos metros de altura y se le trae de las proximidades del Mar Muerto. Hojas aterciopeladas, verdes y grises, visten sus tallos espinosos. Las pseudo manzanas, especies de huevos de paloma, de un amarillo encantador, se vuelven, al madurar, purpúreas. Cuando se marchitan, sus pepas, oscuras, dan un fino polvo que simula ceniza. En realidad, no se ha podido encontrar el verdadero arbusto. Y más vale así. El recuerdo de las ciudades malditas, viviente en la carne del fruto, le comunicaba un carácter moral casi sagrado: perdido para siempre en este país emocionante, añade á la flora, como los profetas al hombre, el color de lo maravilloso y el espíritu del misterio.

* * *

Costeamos bancos de arena y rocas talladas por crecientes que en otro tiempo llegaron á evocar las inundaciones del Nilo. Una enorme ondulación semeja un gran cauce desecado. Nos parece oír la voz de Moisés en el Mar Rojo. Sentimos el rumor de Israel aproximándose á la Tierra de Promisión. El Jordán dió paso á Josué y á sus doce tribus. El caudillo extrajo del fondo doce piedras conmemorativas. Vislumbramos la silueta de David huyendo de la cólera de Absalón; pero todo desaparece cual barrido por un golpe de viento, cuando suena el leve murmullo del río.

El sol reverbera en las aguas, con los reflejos de nuestra sensibilidad, que reemplaza los impasibles peñascos. En la capilla de su centro, los griegos bautizan á sus niños, después de la Pascua. Los peregrinos, vestidos de blanco, se bañan también; los popes entran presidiendo una procesión de antorchas. Es menester que el agua toque la garganta, y la costumbre viene desde remotos tiempos. En el siglo vi, según Antonino, erigíase

en la corriente una enorme cruz, y las riberas ostentaban graderías de mármol.

Nos alejamos internándonos en un bosque de sauces y de álamos: el río forma allí un violento remanso. Los sauces no mojan en el cristal sus verduras elegiacas; les basta sentir en las raíces el zumo de la vida. El profeta de la voz que clamaba en el desierto, bautizando á los hijos de la Judea, lanzó su terrible apóstrofe á los fariseos: «Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira venidera?»... Después, dijo: «Haced penitencia. Yo, en verdad, os bautizo en agua, mas el que ha de venir en pos de mí, cuyo calzado no soy digno de llevar, os bautizará en Espíritu Santo y en fuego»... Y helo ahí al Hijo del Hombre. El Precursor trueca su cólera en dulzura: «Yo debo de ser bautizado por ti, ¿y tú vienes á mí?» «Cúmplase toda justicia», responde Jesús, y desciende al Jordán. El agua cae sobre su cabeza: los cielos se rasgan: el Espíritu fulge en la Paloma: y una voz de lo alto grita: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido»...

Así, por la primera vez, preséntase con formas sensibles, el temible misterio de la Trinidad... Luego, la vida pública del Cristo empieza. En las ri-

beras del río, da el último adiós, á sus apacibles años oscuros. Ya no es más hijo de José, ni volverá á tomar el escoplo trabajando para su familia: se abre su reino espiritual; es el nieto de David y el Mesías del mundo. Su Padre celeste, lo encamina al vecino monte de la Penitencia. Cuarenta días después, comenzará su ministerio.

Pensamos en otros ríos famosos: el Danubio, el Tíber, el Sena. ¡Cuánta vida y cuántos reflejos impalpables de ciudades grandiosas en sus corrientes! El Jordán, toca apenas algún molino, y en su desolación, al moverlo con la fuerza que tritura la epiga, siente la nostalgia del maná caído de las eras celestes. En lejanas épocas, multitudes de ermitaños lo habitaban. Santa María la Egipcíaca, tras de extraordinarias aventuras, vino á morir sobre sus orillas. El viejo poema español puede agitar entre sus rumores el martilleo de sus rudos pareados. Entonces, los monjes, ya establecidos en las riberas, contaban la tradición de San Cristóbal. Conocedor del cauce, ejercitaba el gigante su caridad trasladando en sus hombros á los viajeros. Una noche, un niño le abrumó en medio de la corriente. — ¿Quién puede pesar así? — exclamó el santo varón. — « Aquel que lleva el

mundo» — repuso la criatura, y era, en efecto, Cristo.

Hoy, en la soledad completa, hay peligro en pasearse sin armas, á causa de los salteadores. Un viento suave sacude los álamos, y los reman-
sos bullen hirvientes. Los árboles los dividen,
y los círculos de los troncos se deshacen
cual turbulentas espirales. El espejo, que no re-
trata las copas, refleja nuestras sensaciones. No
se oye más voz que la del Jordán en el viento, y
la del viento en las cañas. El caudal corre hacia
un mar eterno, dejando en cada murmurio una es-
peranza, y en cada esperanza una fuerza: mitiga
la sed de los labios, y apacigua las ansias de
inmortalidad del espíritu. La vegetación nos cir-
cunda: no se ven las montañas; sólo el cristal
á nuestras plantas y arriba el cielo. Quisiéramos
contemplar el nacer del alba y el morir del día;
asistiendo á su júbilo de cuna y á su tristeza de
sepulcro, sobre esta onda cierta de la suprema
resurrección. Una vez las alas níveas de la Palo-
ma, juntaron, en su vuelo, la corriente y el firma-
mento. Se oyó el grito ya evocado: «He aquí
mi Hijo»... El Jordán respondió con la agitación
de ahora: ese murmullo es el desdoblamiento de

la voz tonante á través de los siglos... Lo dejamos melancólico al no poder interpretarlo. El anhelo no basta, y el don en el caso debiera mostrarse casi divino. Decimos adiós á las aguas. Quedan corriendo, eternamente solitarias, y eternamente armoniosas, tras de haber cantado en nuestro corazón, con la fe heredada de los mayores!

* * *

Á la caída de la tarde, desde la azotea del hostal miramos el conjunto de chozas que, con muros de piedra, techos de paja y cercos de espinillos componen á Jericó. Varios chicuelos bailan al son de una música, sin carácter, irritante en su monotonía; los palmoteos y las exclamaciones nos hacen pensar en un lejano germen de la danza española.

En un jardín vecino, una mujer turca, que recoge azahares, alza los ojos, nos ve, se echa el velo, y, despavorida, se refugia en su casa. Así, hasta en el menor detalle, lo mismo en la compacta Constantinopla y en el rico Cairo, que en la despoblada y miserable Jericó, persigue como

una obsesión la vida oriental impenetrable y misteriosa. Dejamos á la fugitiva y á las mujeres, que van á la cisterna, pues nos atrae el lejano panorama.

La cadena de Moab, envuelta en nubes rojas, yergue su azul sombrío en masas roqueñas, y retrocede al arroparse en los celajes. El Mar Muerto tiende su franja bajo las cúspides, y estrujado por las bases, asalta las laderas. Las moles macizas de zafiros que se evaporan en las púrpuras del espacio, no acaban; forman un círculo de perspectivas espectrales y rodean el llano de Jericó. Luego, al tocar el lago que las separa de las de Moab, concentran obscuridades, y, violentamente, con un hachazo de sombra, cortan las solares reverberaciones del Nebo fantástico.

Al frente de la azotea se dibujan los tres picos de la Cuarentena, donde, después del Bautismo, se refugió el Señor, oponiendo á las delicias del Paraíso de Adán, las asperezas de la soledad y del hambre. Allí pasó el número de días rituales (los cuarenta del Diluvio) realizando la purificación en la Penitencia. La montaña recuesta un cono trunco en otro más alto, vecino á su vez, de una suerte de poliedro chato. Un con-

vento griego se alza en las pendientes. Las grutas y cavernas abundan, los árboles escasean, y al pie, montones de escombros señalan los últimos restos de Jericó la primitiva. Con el reflejo del sol, los tres picos surgen bañados en luminosa sangre. La imagen de Jesús puede aparecer un instante en resplandores de apoteosis.

El espíritu infernal, vencido á su hora en el Calvario, empezó el combate en esa cumbre. Ensayó la soberbia, y Cristo vió, á sus plantas, el oasis de Jericó cual corazón de la fecundidad del mundo, y ciudades maravillosas, reinos opulentos, emperadores y pueblos, aclamándole, por sobre la gloria de su Padre. Entregado á la debilidad de su carne de hombre, que con inferiores sentidos ofuscaba su esencia celeste, debió inclinarse al orgullo. Pero triunfó el amor, ó sea el anhelo del sufrir, y nunca el espíritu sensual recibió golpe más fuerte en la seducción de sus garras. ¿En realidad, los dos cuerpos, el puro y el infame, se cernieron sobre Jerusalén mismo? Le Camus, entre otros, explica netamente el desdoblamiento en el reino de la Conciencia, sin admitir la dualidad de parajes. Y Cristo bajó del monte dueño de la certeza de su destino mesiánico, como bajara

Moisés del Sinaí, poseedor de su genio conquistado, dispuesto á trazar en la tierra redimida, los invisibles caminos del cielo...

La luz empieza á escaparse de las cimas: la atmósfera templada del oasis, acariciante, sutil, la llama con un esfuerzo de sus palmeras y naranjos, á morir entre sus rumores y perfumes. Los tres picos de la Penitencia se despurpuran; la sensibilidad del monte al sol mostró su sangre, y ahora la rezume en invisibles venas, familiarizadas con los prodigios. Después, todos los montes transforman sus colores en lumbre, la lumbre se esfuma, y los perfiles muestran agónicos gestos. Las laderas de Moab, tenebrosas, se duermen bajo las nubes moribundas. Sólo allá, en el fondo, el Nebo conserva un viso de carmín, en que la sombra infiltra augustamente el silencio.

Así, el sepulcro titánico de Moisés, envía á la Cuarentena su última vislumbre, antes de caer en la noche inexorable. Desde su altura el caudillo contempló la tierra de Canaán, y un ángel le cerró los ojos que habían visto la eternidad de Dios. El paisaje sobrecoge: sus cumbres son páginas vivientes. En los templos antiguos, los preceptos supremos, los misterios irrevelables, se esculpían

en tablas de piedra: más sagradas que éstas, las cúspides del Oriente, relatan sus maravillas al sol, á las estrellas y al viajero. El Moria y Abraham; el Hor y Aarón; el Sinaí y Moisés; el Carmelo y Elías; el Tabor y Cristo; todos los montes y todos los collados, las grutas de sus selvas y los torrentes de sus cantiles, reflejan hombres y evocan palabras. Como divino emblema, el cimiento angular del Evangelio, que está en el Sermón de la Montaña, encuentra su apoteosis en la muerte del Gólgota. ¡Ah! no es extraño que impongan las moles, llenas de un soplo dulce ó formidable, al corazón doloroso y al espíritu inquieto, que busca lo Infinito!

Los profetas, en sus altitudes, se acercaban á Dios. Luego, al contacto de sus aires y de sus hogueras, parecían volver de la fuente cósmica, con potencias desmesuradas. Moisés, que significa «salvado de las aguas», tenía ya en su nombre, algo de elemento. Los cuatro signos de su Arca: las cabezas de hombre, de león, de buey y de águila, refundían la Naturaleza, con su genio y su vigor, su mansedumbre y sus alas. Moisés realizó el esfuerzo de forjar un pueblo para una religión. Israel fué su obra. Cuando lo tuvo esculpido, por medio de guerras, milagros, preceptos, privaciones, ayunos, te-

rrores y gratitud, lo creyó digno de Jehová. Mas no habiendo pensado en los humanos sentidos, previó, al morir, que su constitución sería violada, y extrajo del racimo de su fe, vino de amargura.

En los bíblicos tiempos, en una tarde como ésta, el sol, desde la cima de Fasga, encendía la región de Galaad. Moisés dominaba la comarca de Efraín y el oasis de Jericó, llamado de las palmas. El Señor, le dijo: « He ahí la tierra de la cual juré á Abraham, á Isaac y á Jacob, exclamando: Á tu descendencia se la daré. Tú la has visto con tus ojos; mas no entrarás en ella ». Otra era también la Canaán Prometida y no realizada: el triunfo de su ideal, confiado á Josué y á los sacerdotes. ¿ Sintió el agonizante un estremecimiento al vislumbrar el monte de Jericó? Desde esa cumbre de penitencia, Cristo iba á descender, para perseguir en el mundo, con dulzura, caridad, perdón, amor, la obra que él no pudo terminar en su raza con el rayo y la violencia. Shure, sin esfuerzo, en un rapto de su espíritu esotérico, ha podido imaginar á Moisés, saludando á su paso por las esferas superiores, la imagen ya angélica del futuro Nazareno... Echamos una última mirada á las cimas que los profetas apostrofaron, como

á hombres, creciendo en estatura como montes. Todas las cadenas están envueltas en la sombra. Jericó empieza á dormir: se sienten las campanillas de los hatos en la prisión de los apriscos. La noche sigue templada. En la serenidad se respira una caricia del aire. El día, semejante á un varón justo, gloria de los patriarcas, ha muerto bendiciendo á su posteridad, sus tierras y sus ganados. La luna transparente se eleva como plegaria de los horizontes; y el cielo es infinita tienda, que las estrellas con broches de luz, suspenden sobre el invisible cadáver y el reposo de las montañas.

LAS EXHALACIONES

Es en la época de la dominación romana. Como princesa de las plantas y señora de las aguas, Jericó, capital, entre las cinco de Palestina, delínease en medio de las vegetaciones. La noche consagra la hermosura del día muerto; y fantásticos genios, tras de Moab y Judea, esparcen estrellas fijas y luceros palpitantes. Así, desde la raíz de los horizontes, forman fecundas miriadas, en oposición á los paisajes estériles. Mientras el Mar Muerto, con sus leyendas y ruinas, vive cual corazón de las regiones mustias, el cielo copia el oasis de Jericó, y á sus flores y á sus frutos responde con una apoteosis de astros.

Sobre un palacio, la noche evoca el esplendor de los cuentos árabes, entre las piedras preciosas de sus fosforescencias coloreadas. En la terraza, cuatro juvenes dibujan sus níveas ropas, y miran el firmamento. Á sus pálidos rostros

llegan sonrisas del interno ser. Las flores en los jardines exhalan penetrantes aromas: se cree aspirar sus almas, que, al ascender, dejan las corolas muertas. La sombra celebra nupcias de sensaciones y de recuerdos; flota un anhelo de gozo, lejos de la realidad; y ese anhelo dilata el corazón, baja de las estrellas, se expande en el perfume, vuela en la brisa, canta en la fuente.

La fuente no es una: los canales comunican sus legiones, y, fecundos, tejen red de murmurios, dicen querellas informes, cuentan los minutos, acarician las ideas, y prestan alas á los sueños.

Más allá del jardín, un mar inmóvil de casas, con algunos velarios no recogidos, y muchas palmeras enhiestas en los atrios, se tiende hasta el Hipódromo y el Circo reforzando las sombras de las murallas. El hermano de las jóvenes convierte los ojos á la ciudad, mientras ellas escrutan las bellezas siderales.

— ¡Ah! la atmósfera de Jerusalén — exclama — oprime con su bullente templo, y sus sacrificios cruentos, y su olor á sangre, y la discusión perpetua de sus doctores.

— ¿Cómo? — replica Rebeca — ¿Has perdido la fe de tus padres?

—Solamente quería explicar lo amable de Jericó. Los gentiles le han dado luces humanas, y se respira mejor la gracia de su existencia: en el aire, en las mujeres, hasta en las flores de sus festines, fulge una sonrisa que falta en Jerusalén. ¡Ah! deseo vivir en Jericó y morir en el valle de Josafat.

Las hermanas se sonríen. Raquel, agrega: «Hace días que estás inquieto.»

— Mi inquietud — responde — la comparten muchos mancebos. Vivimos en una tierra de prodigios dormida. En nuestra displicencia esperamos algo que no se produce. Hay un profeta de Nazaret á quien dicen capaz de milagros. Si yo le viese hacer uno, reforzaría mi fe, puesto que nuestros padres creían en Moisés, sobre todo, porque miraban las maravillas de su obra.

Un cuádruple grito le interrumpe. Una enorme exhalación estalla en el cielo. Con el ardor de un rubí, cruza como un topacio, y expira cual un zafiro. Las doncellas advierten los tres reflejos, y hacen un rápido voto: simulando puntos de interrogación, quedan después mudas ante el espacio.

Raquel rompe el silencio: « Es flor celeste que baja, desprendida sobre el alma de una virgen muerta, que sube. »

Zoar, prorrumpe: « Es piedra preciosa con que juegan los ángeles invisibles. »

Rebeca, suspira: « ¿Por qué no saludan músicas del cielo á la viajera alada? »

Noemí, murmura: « ¿Por qué no lloran los astros á la estrella perdida? »

Y todas á un tiempo exclaman: « ¿En dónde habrá caído? »

El hermano, que deja de mirar la ciudad, mezcla su voz á los murmurios sonantes en las palmeras y dispersos en las aguas: « ¡Sí! el Oriente es cuna de prodigios. Cuando una exhalación toca su tierra, se transforma en planta, piedra ó fuente. Y en remotos tiempos una fué tan hermosa, que al chocar con el Sinaí se volvió criatura. ¡Ah! la fascinante Eva. Careció de infancia, y como la otra naciera del flanco de Adán, ella, condensación de un astro, bajó del Empíreo. Pero no reinaban ya las horas angélicas: las almas transparentes no paseaban por montes y llanos el único vestido de su lumbré. Y llevaba chitón azul y túnica blanca, bajo el esplendor de su cabellera de oro: así empezaba en cielo, con la gracia de una nube, rematando en sol con la potencia de un triunfo. Y semejante á las frutas del jardín que conservan el aroma de

su flor, la mujer, en pleno día, ostentaba en el mirar los cambiantes de la estrella originaria.

El misterio y la inquietud de ese reflejo, engendraban el anhelo de lo infinito. Los hombres la adoraron de un modo absoluto. Los envolvía en el soplo de un amante vergel del firmamento. Las aguas terrenas modulaban acentos de ignota felicidad, y el corazón en ese ritmo encontraba alas divinas. Después nacía la angustia desesperante, pues ella, ajena al mal sembrado, sonreía á todos con la misma lumbre, siempre intangible, sin cesar vagabunda, y cada vez más real y maravillosa.

La tierra sintió su influencia. Los collados le decían: « nuestro incienso es tuyo »; los valles: « bebe de nuestras aguas »; los bosques: « he aquí nuestras mejores sombras »; los montes: « haz altares con nuestros riscos. »

Y no era para menos: trastornaba las estaciones. Los árboles florecían al paso de sus ojos, y las pomas reventaban antes del estío al sentir sus calores. Las aguas invernales, trozando sus hielos, querían ofrecerla espejos, y viéndola alejarse gemían armoniosas.

La mujer, indiferente en medio de los homena-

jes, acabó por sentir profundas nostalgias. Y en una noche semejante á ésta, en que las estrellas esmaltaban la Vía Láctea, subió á una cumbre y se puso á mirar el espacio.

La hora nupcial estremecía el universo, y las exhalaciones cruzaban como amorosos mensajes de los más lejanos astros. Sólo ella sabía el verdadero secreto de las viajeras. Su espíritu conocía el momento de elevar al Hacedor los anhelos de un alma. De un alto punto escapó un meteoro. Penetró en la zona perceptible desde el monte. La mujer hizo el voto, y murmuró la palabra mágica. Tembló echando chispas: despidió rubíes, diamantes, topacios. Adquirió invisibles alas, flotó, voló, y cual si llevase en sí un viento luminoso, giró errabunda. Mas, pudo sentir antes un lejano himno desgarrador: mil labios abiertos como heridas se confundían en igual amargura. Y al concento hablado mezclábase sin palabras la voz de las linfas y el frote de las hojas: mientras los hombres agonizaban, los árboles se marchitaban y se extinguían las fuentes.

La exhalación en pleno espacio sentía ya la embriaguez del vértigo. Su viaje fantástico multiplicaba sorpresas de colores. Encendíase fos-

forescente en las colas blancas de los cometas. Rozaba nuevos mundos, inspirándoles nuevos pensamientos y divinas leyendas. Á cada constelación prestaba un rápido signo. Se complacía un instante en ser satélite de un planeta; luego, nuevamente desprendida, vibraba entre el movimiento de los astros. Pero en el silencio augusto no olvidaba el adiós humano. La queja la obsedía, y sin querer continuar, llena de ese grito desgarrador, se deshizo en el espacio, y toda su antigua gloria fué una inmensa lágrima de oro...»

El hermano enmudece. Las cuatro figuras tornan á interrogar el cielo. Otro meteoro cruza. Esta vez las hermanas no gritan: calladas, piensan absortas: ¿vendrá en él el misterioso prometido? El joven se dice: «Al rabí de Nararet, esperado en Jericó, le llaman Hijo de Dios: ¿no será una exhalación vuelta profeta?»... Entre las flores que vierten aromas, cantan las aguas, y los murmurios de la noche siguen acariciando los sueños!

BETANIA

Betania es un nombre armonioso, santificado por el Evangelio. Jesús manifiesta allí, como en ningún sitio, su fuerza omnipotente, al par que su carácter humano. Se hermana con nuestros sentimientos, se acerca á nuestro corazón y dice á Marta su más alta palabra: « Yo soy la Resurrección y la Vida; quien cree en mí aunque esté muerto vivirá, y quien vive y cree en mí, no morirá nunca ». Lo prueba resucitando á Lázaro, encarnación material de su idea y de su gloria; pero realiza también el milagro, por amor á sus amigos. ¡Betania! Al murmurar este nombre, una frase insignificante de San Juan, adquiere la sugestión de una nota musical: « Betania estaba de Jerusalén como quince estadios »; y repetida va y viene, cual si tuviese un color y un ritmo, que anima nuestros ojos y mueve nuestros pasos.

Terrenos saxátiles, y á veces piedras enormes,

forman cavernas naturales. Son blancas y amarillentas. El sol vibra en sus profundidades, despeja sus sombras, se mete en sus intersticios y descubre las hierbas perdidas en sus senos. Después, las higueras alternan con los almendros, y los almendros se mezclan á los olivos. Un cuarto de hora de marcha y llegamos á la aldea. Las casas, en escaso grupo, muestran cubos pétreos que se clavan en rocallosos cimientos, y dominadas por un derruido campanario, despliegan techos, de tierras endurecidas. En una plazoleta central, mujeres musulmanas, lavan la cabeza de muchachos astrosos; y otras, cubiertas de harapos multicolores, ciernen trigo. Á la puerta del sepulcro de Lázaro, nos recibe una suerte de derviche, que nos brinda una antorcha.

Descendemos los escalones de una caverna. Cavada bajo el peñón se dibuja, sin claraboyas, húmeda y sombría. Un hombre del pueblo, vestido con traje talar, se echa al suelo, se estira como un gato, y penetra en otra cámara. Enciende allí una nueva antorcha. Por una hornacina advertimos la gruta al resplandor tambaleante. El derviche grita: «sal afuera»; y su acento turco parece misterioso: apaga la luz: su cueva queda en la tiniebla, y

la nuestra, alumbrada. Repentinamente surge del fondo una sombra blanca. No falta sino la voz de Jesús: « desatad sus vendas y dejadle ir »... La fuerte ilusión se disipa rápida, pues criado y amo, injuriándose, discuten el reparto de la propina. De allí nos dirigimos á casa de Simón el Leproso.

La constituyen dos trozos de amarillenta piedra, expuestos al azar de la destrucción; el uno alzándose ligero, y el otro aplastándose pesado. Varios pájaros pían alegremente en un nido de la cúspide. El azul de la atmósfera límpida, envuelve la ruina, y la mañana apacible, pone un bienestar de gloria en la vejez de los muros.

Resucitando á Lázaro, Jesús decretaba su muerte. Lo sabía, y por eso quizá, « gimió en su ánimo y se turbó á sí mismo ». Muchas interpretaciones se han dado á la frase de San Juan. La recordada nos parece la más natural. La vuelta de Lázaro á la vida, congregó en torno del Maestro fervientes discípulos. Algunos traidores hablaron en Jerusalén, y los príncipes de los sacerdotes, dijeron: « ¿Qué hacemos, pues que este hombre hace tales milagros? Todos creerán en él, y arruinará á la nación ». Se oyó entonces el consejo de Caifás: « que un hombre perezca y que el pueblo se salve »...

Jesús no lo ignoraba, pero tenía que seguir su ruta y en este caso sacrificarse por una familia. El padre Didón lo ha definido admirablemente: «El milagro de Lázaro es el milagro de la amistad.»

¡La amistad! Si el Señor no la había creado, la había enaltecido, prestándole de hombre á mujer, su más pura amplitud, y sus más hondas raíces. En Betania vivía María Magdalena. Tres años antes, en la comida de un fariseo, se presentó ocultando una redoma de alabastro. Mujer pecadora, traía quizá, el resto de sus acicalamientos, y precipitándose á los pies de Jesús, se olvidó de las costumbres orientales.

Desde lejos había escuchado las luminosas pláticas de aquel hombre, hecho de bondad y de divino verbo. Ahora, ante él, lloraba en silencio, y como no fuera rechazada, se atrevió á ungir sus pies con el perfume y á secarlos con sus cabellos. Los convidados no pensaban en la moralidad del acto: ni veían el cristal de luna bajo el pelo de sol, cual si reflejos de astros se fundiesen al aliento de los aromas. Meditaban, por el contrario: ¿cómo éste que se llama profeta, no adivina que vil mujer le toca y le mancha? Jesús, se decía:

la vileza no está ya en la mujer arrepentida, sino en el pensamiento malévolo; y sorprendió á las conciencias con una alusiva parábola. Después se refirió al huésped: «¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para los pies, mas ella me los regó con sus lágrimas». En seguida cambió de tono: «Sus pecados le son perdonados porque amó mucho. Al que menos se perdona menos ama... Mujer, tu fe te ha hecho salva: Vete en paz.»

¡Salva, sí, pero no en paz! Sin responder, en silencios de abismo, se fué con el alma transformada en carbón ardiente. ¡Salva, sí, pero no en paz!

Á los pies del Maestro, en la humilde actitud que los Evangelios le prestan siempre, enervorizará su amistad hasta el éxtasis. Luego, en región inaccesible á los sentidos, adquirirá singular penetración. Ante los discípulos ciegos, ella vislumbrará la corona de espinas; preveerá que las lágrimas de sus ojos no lavarán la sangre de aquel cuerpo; y su estremecimiento constante, dará á su veneración infinita angustia.

Pasó un tiempo, y Cristo leyó en el alma de la mujer. Sintió su ternura, comprendió sus congojas, y agradeció el humano fuego purificante que

le ofrecía ideal nube de incienso. Desde entonces fué su preferida. Y Magdalena abandonó el trabajo por oírle; no vivió sino para él; y, tomando «la mejor parte», hizo de su *parte* una gloria, antes de concluir en la penitencia. Hay en el Evangelio, sobre tal predilección, una página significativa.

Al disponerse á llamar á Lázaro, Jesús pregunta á Marta: «¿Crees esto?» Pero á María no le indica la duda. Y ella, que no ha dicho nada, cae como siempre á sus pies, exclamando: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto». El Maestro, agregó, simplemente: «¿Dónde le pusísteis?» Á la vista del sepulcro se humedecen sus ojos. Sólo al profetizar la ruina de Jerusalén, llora Dios, una vez en el Evangelio. Esas lágrimas forman así el nimbo inmortal de la familia de Betania; y la redoma digna de encerrarlas fué el corazón de María Magdalena.

Vagamos por las calles. El sol enciende las higueras en raudales de júbilo. La última visita de Jesús se nos antoja real como presente. Acaba de dejar á Jericó. Ha dado el adiós á su investidura de hombre, pues la Pascua, que se acerca, trae la muerte. Se detiene en Betania. Quiere

pasar entre amigos su última semana de libertad: encuentra aquí calor y fuerza. Pronuncia dulces palabras de amor, y su verbo parece crear los sentimientos cuando los despierta, donde están dormidos. Los llama como á Lázaro á la existencia, siéndole, en realidad, extranjeros. No puede poseer ni madre: en el momento angustioso, señalando á Juan deberá decir: «Mujer, he ahí á tu hijo». En su carácter de Dios la había aceptado, un instante, y la entregaba por los siglos al mundo cristiano.

En Betania, á pesar de todo, la naturaleza de Cristo se enriquece al contacto de los afectos, y vibra enterneciéndose, hasta tener que readquirir con un esfuerzo su impassibilidad. No es la tentación de Satán en la Cuarentena ó en otro monte: es un asalto, de lo que de nosotros había en su corazón, hacia las regiones inaccesibles de su ser. Nuestras alegrías y nuestros dolores, anhelaban su conquista para enaltecer sus raíces. Y Jesús, antes de marchar como Dios, á la muerte, parece decir á esos sentimientos: «Os falta una unción, pero esta vez no llamaré al Precursor»; y entonces los bautizó con sus lágrimas... Por eso, peregrino que se acerca á los muros de Betania, los

evoca, no los cree frutos indignos de su debilidad, y saluda con gratitud la aldea.

Llegamos á la mansión de Lázaro. Se compone de un cerco de piedra. Un enorme cacto cubre el muro derruido. Volvemos á pasar ante los restos de la casa de Simón. Éste, quizá pariente de la familia, dió á Jesús un festín en aquel sitio. Marta servía, siguiendo la antigua costumbre oriental, de prestar sus servicios á los anfitriones amigos. Lázaro, el resucitado, asistía, y los comensales estaban ya en sus triclinios, cuando apareció Magdalena. Traía la antigua redoma del perdón, que hoy no ocultaba vergonzante; dirigióse al Maestro, ungió su cabeza, derramó el resto sobre sus plantas, y sus cabellos le sirvieron nuevamente de esponja de oro. Luego, rompió el vaso: nadie volvería á usarlo. La mujer lo quebraba también como un símbolo de su corazón. Era llegada la hora de la suprema angustia, y, cual siempre, sólo ella la presentía. Un suave olor de nardo aromó la casa: encarnaba el triunfo del arrepentimiento ensayando sus alas para llenar el mundo.

Lacordaire, en páginas hermosas, ha fijado un paralelo entre David y la Magdalena. Ambos se

arrepienten, el uno en el Antiguo, y la otra en el Nuevo Testamento. El rey canta su pesar en inmortales acordes. La pecadora tiene sus lágrimas armoniosas, como los gemidos del arpa. « La inocencia, dice el ferviente Padre, es una gota de agua en el mundo: el arrepentimiento el océano que la circunda y la salva ». Y Dios prodigó á las dos figuras ternura y profundidad, enalteciendo hasta lo sublime, en su vieja y nueva ley, la rehabilitación por la penitencia.

Pero Magdalena no se dirigía á Jehová invisible: su unguento cubría la cabeza y los pies de Jesús. Los discípulos murmuraron sobre el precio del bálsamo, y Judas, se lamentó en una reflexión hipócrita: « ¿ Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos denarios y se ha dado á los pobres? »... Observemos, al paso, que Renán estampa una reflexión impropia de su talento, buena para un periodista de pacotilla: « El sentimiento poco afectuoso descontentó á Jesús: parecían poner alguna cosa más alto que él. Y él amaba los honores, pues los honores servían á su fin, estableciendo su título de hijo de David ». Lo cierto es que Jesús, no vivamente, como añade el exégeta, sino con la profunda tristeza, que

aun se desprende del texto, exclamó: «¿Por qué molestáis á esta mujer? Á los pobres los tendréis siempre con vosotros; pero á mí no siempre me tendréis. Porque derramando unguento sobre mi cuerpo, para sepultarme lo hizo. En verdad os digo que en todo lugar donde fuere predicado el Evangelio, se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.»

La Magdalena estaba en lo cierto. Las horas del martirio se aproximaban con el viernes siguiente. Y muchas otras mujeres se añadirán entonces á la fúnebre caravana. ¿Presentían que la enseñanza del Cristo iba á cambiar su condición en el mundo antiguo, ó sólo se dejaban arrastrar por el encanto de su voz y la luz de su doctrina?

No lo sabemos, mas representantes infalibles de la misericordia, hélas ahí las primeras desde temprano ante el sepulcro. Los ángeles les avisan la resurrección; y corren buscando á los discípulos... María Magdalena, vuelve, y observa el interior de la roca. Un resplandor con pensamiento, se desliza detrás, y le pregunta: «¿Mujer, por qué lloras?» Ella cree que le habla el jardinero del huerto. «Si tú lo has sacado de aquí, dime dónde está, y

yo lo llevaré». Jesús se decide á cambiar su acento de más allá del mundo, y con su voz de Betania dice una sola palabra: María. Ella, volviéndose, murmura: Maestro. El Señor, añade: «No me toques, porque aun no he subido: mas ve á mis hermanos y diles: «Subo á mi Padre que es vuestro Padre, y á mi Dios que es vuestro Dios»... Todo comentario debiera callar, y cerrarse todo capítulo sobre esta escena; mas la inmortalidad había sido anunciada con otros hechos á la mujer amante. Huyendo en compañía de su familia llegó á Francia. Hoy un eclesiástico eminente ha puesto en duda parte de ese viaje; pero si en tal historia hay leyenda, la leyenda, más hermosa que la historia, dió sus frutos. Magdalena, penitente durante treinta años, santificó la montaña del Santo Bálsamo. En la gruta húmeda, un sitio siempre seco, proclama que sus plegarias y sus diálogos con Jesús, irradiaron el calor de una eterna vida. Trofonio encerró su cuerpo en un sarcófago de alabastro. Su cadáver inspiró el verbo de las cruzadas de San Bernardo, Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León: penitentes y caballeros, bajo el ondear de las banderas, juraron por su nombre triunfar ó morir cumpliendo la predicción del Evangelio. Y

así la cumplen también los peregrinos visitantes de Betania. Supremo es el resplandor que arroja la resurrección de Lázaro, y se le olvida, al recordar á la Magdalena. Los ojos buscan, en los humildes cármenes del sitio, los nardos de su unguento: la flor que en su redoma fué rayo de luna, escogió para brillar en el Tiempo el oro de sus cabellos, y expande con divino perfume el hálito de la melancolía humana!

LA PASION

Desde el camino de Betania, al tocar el Oliveto, dominamos el monte del Escándalo. Se le da ese nombre porque Salomón veneró en él á los dioses de sus mujeres predilectas. También vemos el Haceldama. Judas, arrepentido, devolvió el precio de su traición, y los sacerdotes compraron una tierra para cementerio. Cumplían así la palabra de Jeremías: « Recibieron las treinta piezas de plata, precio de quien fué tasado según la apreciación de los hijos de Israel; y las ofrecieron por el campo del alfarero.»

En tiempo de la orden de San Juan, lo cubrió parte de un hospital: hoy pertenece á los monjes armenios. Muy cerca se eleva el monte del Mal Concejo, donde estaba la casa de estío de Caifás. El sumo pontífice convocó á los sacerdotes, y el milagro de Betania, ya lo hemos dicho, decidió de la suerte de Jesús. Para que la

nación no rodease á profeta tan poderoso, era menester matarle y hasta se habló de sacrificar á Lázaro. Ahora, sobre el monte que limita el valle de Hennom, se delinean tres casas. Más abajo, la aldea de Siloe, escalona construcciones de amarillenta piedra, confundidas á las rocas. En un prado, corderos oscuros se confunden también á verduras sombrías. Y la célebre fuente, tapiada por sus propios escombros, aparece sin el menor vestigio de su antigua animación: Jesús, removiendo sus aguas, volvió la vista á un ciego de nacimiento... Carlyle, generalizando á propósito de cierta ciencia « que charla miserablemente del mundo » entre clasificaciones, nomenclaturas y experiencias, ha proferido: « La Naturaleza es sobrenatural: tu pan, tu traje, todo es milagro ». No se refiere al problema que se discutiría en el caso del ciego; pero es el grito de un gran espíritu. Y otra frase de Renán nos viene á los labios: *Il n'y a pas de miracles*. También Strauss los había negado, porque lo sobrenatural está fuera del prejuicio de la crítica sistemática. Y Littré, en el prólogo de su traducción del libro alemán, divide el mundo en dos épocas, antes y después de esa creencia supersticiosa. Añadamos la frase de

Berthelot: *Il n'y a plus de mysteres.* Mas un día, refutando precisamente á Littré, el sabio que, según Renán, ha llegado á los confines de la vida, Pasteur, se preguntaba en nombre de qué descubrimiento científico ó filosófico podía quitársele al alma las altas preocupaciones religiosas. *Elles me paraissent d'essence éternelle, parce que le mystere qui enveloppe l'univers et dont elles sont une émanation est lui même éternel de sa nature.* Así, se oscilará siempre entre diversos vientos; y en cierto sentido, aun en la paz de los laboratorios, repetirá el Cristo, que fué puesto sobre la tierra como un punto de contradicción. ¡Sí! los misterios existen, en la ciencia como en el dogma, y un portero del Instituto, á quien pueden acompañar los académicos, sabe ya más en su ataúd que todo su viviente ilustre séquito.

¡Sí! los misterios existen, sobre todo si no practicamos el versículo de Santo Tomás: *Præstet fides supplementum sensuum defectui.* De suplemento nuestra fe, al defecto de los sentidos.

¡Sí! los misterios existen, y los unos se ayudan á los otros; ya en la sombra absoluta, ya con un principio de luz. Cuando Pascal, perdido

en el abismo de la caída, lo llamaba misterio incomprendible, y no podía explicarse sin él al hombre; Voltaire, replicaba, riendo: *Quelle étrange explication, l'homme es inconcevable sans un mystere inconcevable*. En realidad, ese heredero de Arquimedes, de la línea de Newton, Galileo ó Pasteur, seguía en el caso un procedimiento científico. Brunetière, argumenta en pro: *Nous expliquons ainsi des choses que nous n'entendons guère par des choses que nous n'entendons point du tout: la gravitation par « l'attraction »; les combinaisons des corps par les « affinités chimiques »; les phenomènes de la vie par les « propriétés de la matière organisée »*. El mismo, en su curioso análisis de la doctrina evolutiva, siguiendo la impulsión de Santo Tomás y San Agustín y los estudios de Harper en Inglaterra, de Güttler en Alemania, de Asa Gray en los Estados Unidos, del jesuíta Belinck en Bélgica, del cardenal González en España, y de Mivart y de otros; estudiando á Darwin en sus fuentes, en sus contradictores y en sus panegiristas; yendo á las verdades probadas sin creer en los errores de la prestidigitación; ha dilucidado una moral surgente del transformismo. Ya de Broglie, en

Francia, había dicho : *Ni l'apparition successive des types, ni leur enchainement ne sont en opposition avec l'enseignement de l'Eglise. Bien plus, le transformisme lui même, sous la forme qui lui à donnè Darwin à droit de citè dans les ecoles catholiques.* Monsabré, monseñor d'Hulst, Lapparent, Valroger, lo habían asegurado con energía ; y, sobre todo, el padre Leroy en *L'Evolution des especes organiques*. Quizá pensando en estos estudios el gran León XIII, escribió : « Toda ciencia, fruto de una razón sana, y que responde á la realidad de las cosas, no es de mediocre utilidad para esclarecer aún hasta las verdades reveladas ». Y lo más viviente del razonamiento de Brune-tière, resulta la explicación del Pecado Original, que halla en la teoría de la descendencia, una suerte de base fisiológica. Y así, por otra parte, sino se rehuye esa concepción, un tanto grosera, la gran dificultad para los incrédulos, Darwin la ha levantado.

Pascal, que aplicaba á su fe el método de Descartes, hubiera meditado en ello con asombro, cual en todo lo referente á las fases del Génesis, que ya también Laplace y Cuvier, queriéndolo ó no queriéndolo, han iluminado por sus relaciones. Mas

los misterios existen á pesar de los descubrimientos; y precisamente los adelantos aumentan su inquietante manantial de hermosura.

Lucien Gaffre recuerda su perenne obsesión. Ayer, la electricidad, en medio de sus aplicaciones maravillosas, se divertía, como se divierte, en guardar el secreto de su esencia. Hoy, en la época de Berthelot, los rayos Röntgen descubiertos por un creyente en la divinidad de Cristo, se llaman X, por ser una incógnita. Y el radio, milagro de la materia, revoluciona el mundo, sin revelar su misterio. ¿Por qué si este cuerpo, condensación extraordinaria de energías (hasta el punto de que un miligramo proviene de millones de quilogramos de minerales, reducidos y quintaesenciados), produce efectos inexplicables, no los pudo producir el Cristo, resumen de fuerzas corporales y espirituales, que fué, según la hermosa palabra de Orígenes, la flor de todas las naturalezas? En páginas penetrantes y elocuentes, el abate explica y desenvuelve su pensamiento. Con ese mismo fin, ha dicho ya sobre el origen de Jesús: « Trayendo á la humanidad el secreto y el poder de renacer en el Espíritu, nació de la mujer y del Espíritu de Dios.

El Espíritu de Dios es la fuerza soberana. Manda la evolución general y preside al movimiento ordenado, progresivo del universo. Así como intervino en el caos y la materia para producir el ser que siente, en la animalidad para producir el ser que piensa, intervendrá en el ser que piensa, para que *la tierra dé su fruto* y que la humanidad vea *germinar el Salvador, el Santo, el Hijo de Dios*. Dios se unió personalmente á su obra, y como había encarnado la vida en la materia, la sensación en la vida, el pensamiento en la sensación, se encarnó él mismo en la humanidad. Los reinos se sobreponen y se envuelven; el reino de la vida se añade al reino de la materia; el reino animal al reino de la vida; el reino humano al reino de la animalidad; ahora es el reino de Dios, y de los hijos de Dios en la humanidad.

Todos estos génesis sucesivos constituyen en su conjunto el drama grandioso de la tierra, y son misteriosos; á medida que el ser creado es más perfecto, el misterio resulta más profundo.

La vida es más oculta que la materia, el animal más enigmático que la vida orgánica, el hombre más insondable que el animal, Jesús más impene-trable que todo. El que escudriña los orígenes,

puede sorprender las condiciones materiales en las cuales los seres se producen: la causa primera escapa á sus experiencias.

¿De dónde viene la materia? ¿De dónde la vida? ¿De dónde el ser que siente? ¿De dónde el ser que piensa? ¿De dónde el genio? ¿De dónde el Cristo?

La ciencia, que se detiene en los fenómenos, responde: *No lo sé*. La razón, que percibe las causas, dice: *Del Espíritu de Dios*.

Y un día, como en la aurora del Edén, en la aurora de los tiempos regenerados, el Espíritu de Dios, despertó al segundo Adán.

El Espíritu Santo sobrevendrá en ti, dijo el mensajero celeste á María, el poder del Muy Alto te cubrirá con su sombra; y por eso el engendro santo se llamará Hijo de Dios.»

Ese primer misterio, es el gran milagro fundamental, y de él nacerán los otros. El Evangelio es formal; y Renán también en su negación. El crítico no sólo no cree, porque su razón se rehusa; combate en el terreno de los hechos. Su gran argumento son los hermanos de Jesús. Y lo sostiene, siguiendo su sistema de *solliciter doucement les textes*, y de aplicar sus teorías sobre *l'interpré-*

tation du goût. Interpretación y sollicitación que en este caso consiste, como en casi todos, en hacer decir á los textos lo que nunca han dicho.

En el Evángelio se lee á veces: «Estaban reunidos, con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos»... Jamás se habla de los otros hijos de María. Los hermanos eran los primos hermanos, que, en las costumbres de Oriente, tomaban el título; así como tío y sobrino, desde los tiempos de Abraham.

Abraham y Jacob, por ejemplo, llamaban simultáneamente hermano á Labán. El gran escritor no lo ignoraba; pero nada le detenía en la negación de lo sobrenatural, que es una de las bases de su libro.

¿El ser divino, una vez en contacto con los hombres y con las cosas, pudo realizar milagros? Quien no quiera dedicarse á estudios, largos, difíciles y pacientes, añada á *La Contrefaçon du Christ*, de Gaffre, la lectura de *La Divinidad de Jesucristo*, por Fremont.

Refutado el panteísmo y el racionalismo — y demostrada la posibilidad de lo sobrenatural — la cuestión se vuelve histórica. ¿Reunen ó no los Evangelios, al hablar de la Resurrección, por ejem-

plo, los caracteres que dan certidumbre á un hecho?

La contestación del analista en el sentido de la verdad, es luminosa.

Estas dos obras se completan: no son, entre las que siguen los métodos de la crítica moderna, minuciosas historias como las de Didón y Le Camus; son síntesis en que se refuta lo esencial y aun lo accesorio del libro de Renán: se palpan las falsedades de su interpretación, se reciben consejos sobre el modo de leer los Evangelios, y se encuentra á veces el refuerzo de los exégetas alemanes. La armonía encantadora de los períodos de *La Vida de Jesús*, acaba por flotar sobre una orquesta de instrumentos rotos. Y la palabra de Pressensé á propósito de Strauss se aplica, naturalmente, á la novela francesa: «Semejante sistema encierra más contradicciones que las que él cuenta en los recitados evangélicos; y nos parece que este gran enemigo de lo sobrenatural exige de nuestra parte, para aceptar sus teorías, una fe más robusta que la reclamada para admitir los más asombrosos prodigios.»

Es el caso de exclamar que de la culpa brotó la penitencia. Nadie, entre sus contemporáneos, tuvo como Renán, ese *esprit de finesse* de que

hablaba Pascal, y que él ha definido admirablemente para aplicárselo á otros. Sin embargo, siendo modelo de alto gusto, llegó al mal gusto de estampar hasta torpezas en pasajes extraordinarios. El mismo respeto que puede inspirar Spinoza, debió, por ejemplo, detenerlo, en su paralelo con el Hijo del Hombre.

Hay algo que la crítica no ahoga en los Evangelios, ni con la prosa pesante de Strauss, ni con la alada de Renán, y es el espíritu inmaterial, el son divino de la palabra. Á pesar del tiempo en que fueron escritos, persiste en sus versículos el acento de Jesús: remontando la corriente, un resplandor transfigurado de la Resurrección, se mece sobre la realidad de los hechos, cada vez que el Cristo habla. El análisis toca los colores del fruto, pero no su aroma viviente como un milagro. Renán, en su niñez, oyó esa voz en las abiertas campiñas de la Bretaña; la oyó en su juventud en las cerradas aulas de San Sulpicio; y sus páginas más hermosas son aquellas, en que un eco de sus claridades, olvidando la defección, se insinúa por el movimiento ondulante de su gracia. ¡Cuán maravilloso libro pudo escribir si dentro de su fe primera, como un Bossuet ó un Chateaubriand, se

hubiese repetido el humilde salmo: «¡Alabaré al Señor, que me ha dado la inteligencia!»

* * *

Cristo, celebrando la Pascua, antes del día judío, instituyó la suya. El Cenáculo se encuentra sobre el monte Sión, en el mismo inmueble del sepulcro de David. Los discípulos preguntaron al Maestro: «¿En dónde quieres que dispongamos para que comas la Pascua?» Él eligió á Pedro y á Juan: «En llegando á la ciudad encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle. Y en dondequiera que entrare decid al dueño de la casa: ¿Dónde está el aposento en donde he de comer la Pascua con mis discípulos?» El rodeo de las órdenes impedía á Judas conocer el sitio. La víctima no ignoraba la traición, y aun no era llegado el momento de entregarse.

Pedro y Juan dispusieron todo; el Señor reunió á los doce apóstoles. La Pascua consistía en recordar el Éxodo. El ángel que exterminó á los egipcios, respetó las casas hebreas, señaladas por la sangre de un cordero. El *Talmud* da los deta-

lles de la celebración. En el primer tiempo comíase de pie, como en la noche fatal: después se instituyó una ceremonia más larga, y se usaron los triclinios. La gran abertura del centro de la mesa permitía la circulación de los criados. El jefe de la familia recibía una copa, llena de vino, y solemnemente exclamaba: «Este día evoca el de nuestra salida de Egipto. Bendito sea el Señor, el Eterno, que ha creado el fruto de la viña». Bebía, y pasaba la copa; los servidores, presentaban la vajilla, y cada comensal se lavaba las manos.

Cristo introdujo una modificación: reduciendo á Pedro, que protestaba, y á los demás que, admirados, se dejaban hacer, lavó los pies de sus discípulos, y agregó: «Si yo, el Señor, y el Maestro, os he lavado, vosotros debéis lavaros los unos á los otros... Si tal sabéis, bienaventurados seréis si lo hiciéreis.»

Después se comían hierbas amargas, como las del cautiverio. El simbolismo iba más allá. La lechuga se mezclaba á una preparación de vinagre, dátiles y almendras, cuyo color figuraba la arcilla faraónica con que había trabajado Israel esclavo. Entonces se servía el pan ázimo sin levadura, y el cordero; los hijos pedían al padre la explicación

de la Pascua, y el festín terminaba con el canto de los salmos del gran Hallel.

Mientras cumplía celosamente su ministerio, sentíase el Señor embarazado por la presencia de Judas. Al fin se abrió á sus discípulos. Todos querían saber quién era el traïdor, y gritaban: ¿Soy yo, Maestro? Pedro, cabeza de uno de los triclinios, lo preguntó á Juan, vecino de Jesús. El Maestro no se hizo de rogar: « Aquel es, á quien yo diere el pan mojado ». Y mojado el pan lo pasó al Iscariote. En Oriente, el que preside una mesa tiene, aún hoy mismo, esa clase de atenciones. El hecho, pues, pasó desapercibido. Juan respetó la discreción de Jesús, y no lo delató temiendo la violencia de Pedro. El evangelista, agrega, que Satanás entró tras el bocado, en Judas. Y el Señor, le dijo: « Lo que haces, hazlo presto ». Á los discípulos no les chocó su alejamiento: en su carácter de tesorero del apostolado recibía quizá una orden.

Sintiéndose entre sus fieles, Jesús respira y habla. Cuenta la glorificación de Dios, y añade: « Adonde yo voy vosotros no podéis venir: lo mismo digo ahora á vosotros ». Simón Pedro prorrumpe: « ¿Por qué no te puedo seguir ahora?

«Mi alma pondré por ti». Invisible tristeza cae sobre los hombros del Maestro: «En verdad te digo, que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces.»

El día agoniza y la angustia oprime los corazones. En la luz declinante hay algo que muere para siempre. El discípulo amado oye, y sin adivinar todo, inclina su cabeza. Llega el gran instante. La celebración antigua va á ser abolida. Jesús bendice el pan, lo parte, y lo da á sus discípulos, diciendo: «Tomad, este es mi cuerpo». Y elevando el cáliz: «Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que por muchos será derramada». La presencia real triunfa y la Eucaristía está instituída. He aquí la nueva Pascua. El Cordero espiritual reemplaza al del festín, un Dios se oculta en el misterio del pan, cambiado bajo idénticas apariencias.

Le queda al Maestro enunciar sus postreras recomendaciones. Juan nos ha dejado ese largo discurso que sólo esbozan los sinópticos. Entre palabras de afecto á sus apóstoles, surgen las bases de la Iglesia de su Padre, y anuncia la venida del Espíritu Santo; con razón se llama á la humilde sala del Cenáculo, primer templo del Cristianismo.

Veamos su estado actual. En otra época sirvió á

una iglesia que hoy no existe. Perteneció á los franciscanos después de las Cruzadas, y en el año 1547 volvió á los musulmanes. La veneración que despierta David, sirve de pretexto para no cederlo. Ya advertimos en qué manos se encuentra. El salón, de aspecto gótico, luce gruesas columnas moradas. En los muros se han esculpido versículos del *Corán*, y una ventana sobre el patio, forma un mirab. Una piedra señala el sitio de Jesús en la cena, y la abertura nos evoca la del fresco de Leonardo: en el Refectorio de Milán, supónese que el cielo de Jerusalén, pasa por allí su calor de vida. Pero la belleza del cuadro no ha podido alejar la muerte, ni el recuerdo de esa atmósfera fundir la humedad de los colores: las figuras, cual disolviéndose en lágrimas, se convierten en sombra de un arte milagroso... Ante la suerte fugitiva de las obras, estalla el inmortal fulgor de los hechos: la escena, reconstruyéndose, renace sin tregua en el espíritu humano; y porque su substancia es divina sus formas son eternas.

* * *

Una verja resguarda á Getsemaní: de tinte gris azulado yergue sus lanzas entre macizos pilares de mampostería amarillenta. Hagamos un esfuerzo y perdonemos á los franciscanos el irrespetuoso dibujo de un jardín. Los olivos clavan sus raíces centenarias, entre guijarros, distribuídos en líneas rústicas. Los nudosos troncos muestran grandes ojos abiertos, y parecen piernas gigantescas de retorcidos músculos, que las copas coronan con cenizas de penitencia.

Al pie de las raíces emergentes, plantas verdes tienden las espadas de sus hojas, y sobre la venerable vejez, colocan á trechos la sonrisa de sus flores. Otras figuras de malvas dan la impresión de manojos de lenguas que cuentan sus querellas á la brisa que mueve las alfombras de trébol. Más lejos se diseña una fuente, rodeada de cactus, y una nínfea eleva una flor purpúrea. Retratándose en el agua, ya no exhala su rojo matiz. Es un símbolo de los misterios del Huerto. La noche de la agonía, reflejada por el hombre, ha perdido la significación de su amargura evaporando el anti-

guo sudor sangriento... En nuestra mente el recuerdo de los Evangelios se confunde á la poesía castellana:

¿Quién es aquesta dama religiosa
Que de Getsemaní volando viene?

El ritmo de la Oración de Cristo, saludada por Hojeda, pronto olvida su delicadeza de suave incienso, para adquirir acentos de dolor torturante. La mañana ríe bajo un sol triunfal. Al otro lado enceguecen las amarillentas murallas de Jerusalén; y en el jardín, bandadas de pájaros saltan y gorjean. Poderosas palabras de Massillón agitan, sin embargo, con el espíritu, los árboles. Nadie ha descrito como él la vigilia del Señor en el Huerto.

Define las causas que impiden analizar bien la noción del pecado. Esas causas no existen en Cristo substituídas por la plenitud pura. Evoca á Dios y caen sobre su conciencia los crímenes de la humanidad. Amando á su Padre más que los querubines, siente el Hijo los ultrajes al supremo poder. El dolor de David ante las prevaricaciones de la tierra, el pesar celoso de Elías ante el idólatra Israel, el llanto de Jeremías ante las infidelidades de Jerusalén, fueron débiles imágenes

de la tristeza del Salvador ante la abominación de los hombres: más ama y más sufre; y como no puede añadir nada al exceso de su amor, de nada tampoco carece, el exceso de su amargura. Entre las ansias de la tempestad de su espíritu relampaguea el silencio trágico, y se siente al fin, como resultante, gotear la sangre.

Miramos el suelo, donde se hincó Jesús. En el Calvario asistimos á la muerte de su cuerpo mortal: en el Huerto á la crucifixión de su alma eterna. Por eso era más doloroso el martirio y el Padre mandó un ángel. El celeste mensajero recordaba las angustias que suben en las plegarias, y descenden consoladas, en medio de los hombres que no se cuidan del ajeno sufrir, semejantes á los apóstoles dormidos.

En la luz transparente, los pájaros vibran ligeros, y las flores místicas, rezan con sus perfumes, á los rayos del sol. Todo es gozo sobre la tierra que divinizó la sangre, pero las sombras de los olivos, simulan sombras de la noche. Al pie del árbol, que, abrigándonos con cuatro grandes ramas señala los cuatro puntos del horizonte, quizá dijo el Maestro á los discípulos: «Levantaos; el que me ha de entregar está cerca.»

Tan cerca, que ya entre los troncos y las tinieblas, las antorchas arrancan reflejos á las lanzas. La cohorte del pretor acompaña á los alguaciles de los pontífices. Cristo, pregunta: «¿Á quién buscáis?» Le responden: «Á Jesús Nazareno». El Señor, dice: «Yo soy». Ellos vuelven el rostro y caen en tierra. Mas Judas no pierde su sangre fría y besa á la víctima. No ha perdido tampoco la voz, y prorrumpe: «Maestro, Dios te guarde». Simón Pedro tira de su espada y hiere á Malco. Jesús le reprende, y se dirige á los enviados de los escribas, sacerdotes y ancianos: «¿Cómo á ladrón habéis salido á prenderme con armas? Cada día estaba enseñando en el templo y no me tomásteis. Mas esto es para que se cumplan las Escrituras.»

Los apóstoles huyen amedrentados; y un manco del grupo, que los sayones quieren asir, suelta una sábana y corre desnudo. El preso marcha á la casa del príncipe de los sacerdotes. Las antorchas se van: invaden las tinieblas: y aun hoy, en la mañana, domina el pavor de aquella noche. La brisa estremece las hojas con reminiscencias de misterios y figuras; el alma, como el olivar, recibe el sacudimiento en sus propias fibras. ¡Transforma

ese rumor en palabra consolante ¡oh, ráfaga del Huerto de Getsemaní, tú que oíste el gran grito humano: « el espíritu está pronto, pero la carne enferma! »

* * *

Transcendiendo la fortaleza de David, los altos edificios sombríos del convento armeniano, y los patios interiores que dan luz á las escuelas, se ve el sitio de la casa de Anás. Dos oratorios lo consagran. El primero cubre la boca de una cisterna: un vaso de estaño, atado al brocal, invita á beber. En el otro se celebran los oficios. Mayólicas de colores visten los pilares, en torno de un altar dorado. Tras de la capilla, raquíuticos olivos, brotes de Getsemaní, se resisten á dar sombra lejos de su cuna. Junto á sus troncos hay cuatro piedras, auténticos despojos de la mansión del pontífice.

.....

Jesús, fué llevado del Huerto á su presencia. El suegro de Caifás no tenía ya su cargo, pero respetuosamente se le consideraba como primer personaje de la Sinagoga. Tal vez, el yerno, en

el proceso, iba á resultar su instrumento. El Sannedrín acusaba á Jesús como seductor. No se rendía á la evidencia, de que Cristo, al demoler el templo, en su lenguaje, prolongaba gloriosamente la obra de sus padres. En realidad, hería el interés personal del sacerdocio. Y eso preparaba la adulteración de su proceso, al cual no asistieron Gamaliel, José y Nicodemo. Bastaría así, para su pérdida, que ratificase sin análisis en el juicio una frase cualquiera de su predicación, ante testigos ocultos ó presentes. Pero no podían ejecutarlo sin la anuencia de Roma, vale decir, sin la orden legalizadora de Pilatos.

El Maestro compareció, pues, ante Anás. El pontífice, según San Juan, le interrogó «sobre sus discípulos y su doctrina». Él, repuso: «Manifiestamente he hablado al mundo: siempre he enseñado en la Sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos. Nunca hablé en oculto. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que han oído y saben lo que he dicho.»

Su respuesta, simple, pareció descomedida; uno de los esbirros le abofeteó violento, y su voz, con sublime calma, agregó: «Si he hablado mal,

da testimonio del mal: mas si bien ¿por qué me hieres?»

Entonces le condujeron donde Caifás. Simón Pedro, que le acompañaba desde lejos, penetró en el atrio. Refrescaba, y el apóstol se acercó á un brasero. Alguien le dijo: «¿Tú eres también de sus discípulos?» Él lo negó. Otro criado: «Tu habla de galileo te traiciona». Él lo negó de nuevo. Uno de los actores de Getsemaní recapituló, apurándole: «Yo te ví con Jesús en el Huerto». Pedro juró que no conocía á tal hombre. Y aun hablaba, cuando cantó un gallo: alejóse del atrio y lloró amargamente.

Jesús, en tanto, delante del sumo sacerdote, se debatía en un tumulto. Los testimonios no concordaban; imperioso, Caifás, preguntó: «No respondes alguna cosa á los que atestiguan contra ti». Mas él callaba. La voz del pontífice se hizo concreta: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios bendito?» Y Jesús, dijo: «Yo soy: y veréis al Hijo del Hombre, sentado á la diestra del poder de Dios, venir con las nubes del cielo.»

Entre la fiebre desordenada de la idea dominante del crimen, su acento persistía armonioso. El pontífice, airado, y de pie, rasgó sus vestiduras:

« ¿Qué necesitamos ya de testigos? ¿Habéis oído la blasfemia? ¿Qué os parece? »

Los partidarios de Jesús no asistían al juicio: la asistencia unánime, le condenó á muerte.

Entonces la injusticia transformóse en frenesí. Le golpearon, y cubriéndole la cara, le escupían, diciendo: « Adivina quién te dió ». Inútil era esperar un milagro. En serena inacción recurrirá al silencio; y ese mutismo, que despertará en Pilatos, casi un movimiento de respeto, será su aureola más augusta. Ya, al partir del Huerto, declaró inoportunas las milicias celestes. Sólo él podía ser el sumo pontífice, inmolador de la hostia de sí mismo. En el Gólgota le gritarán aún: « Baja, libértate ». El prodigio estaba en morir, callando; y calló, aquel que tenía el poder de desatar la lengua de los mudos... Fué, luego, encerrado en una prisión; antes de llevarle al Pretorio se esperaba el día.

.....

La tarde se ha vuelto desapacible. Ráfagas frías sacuden el ciprés de un patio cubierto de lápidas, vestíbulo de la casa de Caifás. Hoy se eleva en su sitio una iglesia. La fundó Santa Elena, la destruyó Cosroes, y, reedificada, los monjes armenios la recibieron de los latinos. Las ojivas

del patio evocan á los paladines medioevales. Los muros, llenos de paz, defienden un silencio que, obsesivamente, nos recuerda el de Jesús, consagrado por las cosas. Las tumbas de los patriarcas, muestran sus inscripciones bajo mitras esculpidas. Una verja protege las celdas. Del techo caen redes de endurecidos cáñamos, sarmientos nudosos de una estéril viña. Frente á los pilares, un altar con un tríptico señala el lugar de la negación de Pedro: Jesús atado á la columna, el discípulo negando, y un ángel en oración, constituyen el centro y las alas de la pintura. Una lámpara, palideciente en el día, no puede iluminarla. Recorremos las arcadas: en el claustro se dibujan nuevas lápidas con epitafios. Se abre una capilla, y su altar luce un fragmento del Santo Sepulcro. En el muro hay un hondo nicho, reliquia de la prisión donde Jesús pasó el resto de la noche.

.....

Allí, antes del amanecer del viernes, si pudo reposar, cerró un instante los ojos y bendijo el último sueño de la tierra. Pensó que su sombra es sagrada, al separarnos del lodo moral volviendo á la flaca naturaleza el necesario vigor: que su aliento es divino, al disponer de las lum-

bres misteriosas de la ilusión; y que fué una bondad de su Padre, al suprimir al género humano la mitad de la vida.

* * *

Al rayar de la aurora, Caifás reunió el Sanedrín en una dependencia que reemplazaba el *Lischkat-ha-Sagith*. El procedimiento de la ley lo exigía. Allí ratificaron la sentencia de la noche los príncipes de los sacerdotes, los escribas, y los ancianos del pueblo. Faltaba, solamente, el consentimiento de Poncio Pilatos. ¿Dónde vivía la autoridad romana? Algunos sostienen que en la mansión de Herodes el Grande, sita al Noroeste de la alta ciudad, cerca de las torres de *Hippicas* y *Phasael*. Otros, apoyándose en la tradición, creen que el pretor ocupaba la fortaleza *Antonia*. Nos reunimos en ella con los franciscanos: en el lugar del pujante baluarte se eleva una caserna turca. Vamos á recorrer la *Vía Dolorosa*.

Los frailes, la faz envuelta en los hábitos, se prosternan; murmuran sus rezos; las voces crecen; se oyen palabras latinas; los cuerpos se enderezan, y las capuchas caen. De una cisterna del patio,

un soldado extrae agua. En un rincón, la guardia, ríe, bromea en lengua turca, y fuma sus kailanes.
.....

Jesús, seguido de hombres en armas, y de todo el Sanedrín, llegó al Pretorio. Pilatos, que odiaba á los judíos, no se dejó imponer, y de juez se transformó en abogado. Era la lucha de un gentil contra Israel: la sentencia se había dado en forma que Renán clasifica el crimen de una nación.

Los israelitas se preparaban para comer la Pascua, temieron contaminarse, y no entraron al Lithostrotos; el pretor, lleno de fastidio, salió fuera del palacio.

Interrogó á Cristo y dijo á los príncipes de los sacerdotes y á la multitud: «Ningún delito hallo en este hombre.»

Los acusadores insistieron: «Alborota al pueblo con su doctrina, que esparce por toda la Judea, desde la Galilea hasta aquí.»

Pilatos imaginó un recurso político. Herodes, su enemigo, estaba en las fiestas de Jerusalén: siendo Jesús galileo, podía enviárselo, declinando en la jurisdicción de nacimiento. Así, también, adularía al sacerdocio no obligándole á someterse

á la autoridad romana. No calculaba que entregándose en nombre de Tiberio, el Sanedrín, ceguedo por el odio religioso, iba á abdicar su intenso orgullo.

Herodes recibió al profeta rebotante de alegría : esperaba un milagro. Á sus preguntas, el reo opuso su silencio ; y, exasperado, le volvió al Pretorio, vistiéndole con ropas blancas.

Pilatos, vió llegar á Jesús, arrastrando el manto que usaban los romanos, aspirantes á una alta dignidad: en su caso era la de Rey de los Judíos.

En la caserna, el fraile que conduce la procesión, dice en italiano y en voz alta: « Aquí el Señor fué juzgado ». Lee varias reflexiones y evoca la escena.

Claudia Procula había advertido á su esposo : « Nada tengas tú con aquel justo, porque por causa de él mucho padecí en sueños ». La mujer apenas nombrada, se junta á las que, enternecidas, se mueven en torno del Maestro : oculta discípula, según el evangelio apócrifo de Nicodemo, lo vislumbró en el actual sufrimiento y en la futura gloria. Su figura misteriosa se presta á la fantasía ; Klopstock, en *La Mesíada*, imagina que Sócrates le prueba en su visión la divinidad de Cristo.

Pilatos interesábase visiblemente en aquel que despreciaba el hostil vocerío; admiraba la tranquilidad de quien no adulaba su poder; y no necesitó del consejo de Claudia. Sentíase juzgando un alto espíritu, sin penetrar en lo que le dijera de su reino y de su doctrina. Para él, el reo, era un filósofo práctico, al propio tiempo que idealista, dualismo que encontraba obscuro su mentalidad gentílica de patricio y soldado. Y tal vez, con « alma ya cristiana », como dice Tertuliano, veía una luz superior sobre su frente. Pensó, que dando á elegir su gracia, y la de Barrabás, homicida y sedicioso, nadie osaría su sacrificio. Las exclamaciones le probaron lo contrario. Los sacerdotes, perdidos entre la multitud, excitaban al pueblo, y el tumulto le dejó estupefacto, condensándose en un grito: « No á éste, sino á Barrabás. »

.....

Alguien interrumpe la voz del fraile relator. Es un chalán que vende dátiles en una cueva incrustada en los muros. Otro fraile entona el *Pater*. El coro responde con palabras francesas, alemanas, españolas, polonesas, griegas. Restalla violento un clarín. Los soldados, abandonando sus

kailanes, corren á sus puestos. La procesión marcha. Un turco, en uniforme, la preside, y resalta su fez rojo entre los hábitos grises de San Francisco. El muesin de un alminar echa á los cuatro vientos su canturía estridente. La voz latina avanza, y mezcla el « Padre Nuestro, que estás en los cielos »... á la flecha vibrante del grito turco: « Dios es Dios y Mahoma su profeta ». Se comprende á la luz de un relámpago á los Cruzados: luego nos atrae el fraile, que reza al frente. Su rostro anguloso y suave evoca un San Antonio de Murillo. Más acá un viejo besa las piedras; la ropa le abrumba con todos sus años, mientras la fe le anima con todos sus fuegos. Á su lado, un joven de recia musculatura, tiene un golpe de luz crepuscular en la faz: se antoja un paladín del Islam pasado á las huestes de Godofredo. Los tres frailes dominan á los otros, eclipsan las fisonomías vulgares, y adornan la piedad de la procesión con su belleza ferviente.

La calle sube, y por abiertas ventanas llega el coro de las monjas de Nuestra Señora. En los sótanos del convento, antiguos despojos pertenecen á la real Vía Dolorosa: hoy se la sigue sobre el aluvión de construcciones seculares. Existe un pa-

vimiento del palacio, resto, probablemente, de una sala de guardia, en que aun se dibuja un damero romano. El arco de la calle, cruza en puente la altura, se interna en el templo y forma el ara de su altar mayor. La procesión se detiene. Allí estaba la tribuna donde Jesús fué expuesto. La voz del fraile, que recuerda al San Antonio de Murillo, dice con lágrimas en el acento : Ecce Homo.
.....

El Rey de los Judíos acaba de ser azotado. El pretor creía calmar á la multitud. Los guardias, burdos auxiliares, no verdaderos legionarios de Roma, lo habían coronado de espinas. Vestido de irrisoria púrpura, confundiendo el manto á la sangre, adelantó Cristo hacia la turba : « He aquí el hombre.»

La visión excitó al Sanedrín y al pueblo ; un solo grito escapóse de las gargantas : Crucifícale. Pilatos, que se volvió á Jesús, interrogándole, logró vencer su mutismo : « No tendrías poder alguno sobre mí, sino te hubiera sido dado de arriba ». Y después de una pausa, pensando en el Sanedrín que le acusaba y en la Nación que le desconocía, añadió : « Por tanto, el que á ti me entregó, mayor pecado tiene.»

Agrega San Juan, que el pretor, desde entonces, hizo todo lo posible por soltarle. Mas el sacerdote, abdicando el orgullo de su autoridad, profirió el argumento decisivo: « No tenemos más rey que César. Éste, se llama Rey de los Judíos, y todo aquel que se hace rey, contradice á César. »

Ya en asuntos de resonancia política, Tiberio había desaprobado á su representante en favor de los judíos. El Sanedrín apreciaba la fuerza de esta última acusación, y el juez, en efecto, no pudo resistir, acalló el grito de su conciencia, se lavó las manos, y condenó al inocente. Caifás le había abofeteado, menospreciado Herodes y traicionado Pilatos. Por eso Bourdaloue ha dicho con tanta justeza, refiriéndose á los tribunales: Caifás fué el de la pasión, Herodes el del libertinaje, Pilatos el de la política. •

El gentil retornó á su palacio. La soldadesca rodeó al reo: *¡I, lictor, expedi crucem!* ¡Ve, lictor, prepara la cruz! Cosa extraña, prorrumpió Olivier: « El Evangelio, después de anotar cuidadosamente los gritos de la multitud, antes de la capitulación de la autoridad, no añade nada sobre la acogida de la sentencia. ¿Quiere evitarnos una repetición sin interés? O más bien ¿es que se

hizo un gran silencio, y que los judíos, espantados, sino de su crimen al menos de su vergüenza, tuvieron un instante de pudor y de pena? Hay á veces de esos fulgores en las tinieblas, y de esos giros de la conciencia, en los más violentos arrebatos. No se puede, sin temor, ver borrarse en la ruina de la religión y de la patria, los últimos vestigios del honor y la libertad.»

.....

En torno de la procesión que reza, se agrupan israelitas. Muchas Jerusalenes han pasado, y la historia ha seguido su variable curso: estos hombres perpetúan la fisonomía de una raza intacta. Con algo de inmutable y de esculpido, parecen los mismos que gritaban: «Crucifícale»; los mismos que pedían: «caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos»; y se siente en sus rostros, un misterio que no quiere irse, y que tendrá su clave absoluta al fin de los tiempos.

La procesión vuelve á marchar. Nos detenemos donde Cristo tomó la cruz, camino de la Puerta Judiciaria. Más adelante un oratorio indica la ayuda de Simón, el de Cirene. Venía de una granja; Jesús había caído varias veces, y el padre de Rufo

y Alejandro, que figuran en la iglesia primitiva, siguió al maestro de sus hijos.

He aquí otra capilla en la casa de la Verónica: un altar reproduce, en imágenes, la escena. « Su rostro, que obscurecieron los oprobios, no era para nosotros nada »; profetizó Isaías. Mas una mujer, rompiendo las filas, de aquellos que olvidaban que « hasta el buey reconoce á su dueño, y el asno el pesebre de su amo », le tendió el pañuelo. Así, ya antes de su muerte, se convertían en flores, las semillas del verbo evangélico, regadas por sudor y sangre.

La calle se torna más triste. Las casas, de aspecto miserable, sudan humedades. Los pavimentos, hirientes, refuerzan sus colecciones de inmundicias. Aparecen mendigos que asaltan la procesión. Mujeres ciegas, lloran en coro; criaturas, casi desnudas, lanzan un grito: « barchits ». Otra legión de ambos sexos se arrastra espantosa. Brazos sin manos y piernas sin pies, se tienden rígidas como las muletas de roble. Los cuerpos y los rostros brindan todas las llagas del vicio y todas las deformaciones de la miseria. Espectros haraposos gesticulan enriqueciendo un círculo dantesco, que, en pleno sol, condensa la degradación de las

viejas razas. El policía interviene, y que aquello acontece á menudo, lo prueba el látigo, expreso, con que dispersa á los mendigos.

Transcendemos la única columna de la Puerta Judiciaria y subimos la pendiente del convento abisinio.

En su patio, emerge la cúpula de Santa Elena, edificada abajo, como lo hemos dicho, sobre la cisterna de la Cruz. El ruinoso edificio corona la iglesia romana. Un monje, de ropa talar y turbante azul abre la puerta. La Reina de Saba, admiradora de Salomón, enseñó á estos humildes el camino del futuro sepulcro. El convento vive en la más afligente miseria. El portero, mira la ceremonia, impasible, cual si nada comprendiese: el Lector exclama: «aquí Jesús habló á las mujeres de Jerusalén.»

Muchas mujeres, en verdad, seguían al reo, y, según San Lucas, «lo plañían y lloraban». El Maestro, exclamó: «Hijas de Jerusalén, no lloréis sobre mí: antes llorad sobre vosotras mismas, y sobre vuestros hijos »... La voz que en el monte del Olivar predijera la ruina de Jerusalén, anunciaba nuevamente, con amargura, que llegaba el tiempo de bendecir á las estériles, pues los

hombres, espantados, gritarían á los montes: « Caed sobre nosotros.»

Descendemos la calle para internarnos en el laberinto del Bazar. Los chalanes venden, las mujeres se disputan, los chicuelos vociferan, y los pavimentos apestan. En la plazuela, al tufo de la basura, se mezcla el vaho de camellos y de burros: los mármoles y los unguentos que debieran terminar la vía del dolor, sólo están en la imaginación humana.

Las otras estaciones se cumplen dentro de la Basílica. La tarde avanza, y apenas esclarece el oro de los altares alguna lámpara en medio de las penumbras. El Calvario, misterioso, cubierto de tinieblas, evoca las que lo envolvieron en el temible Viernes.

.....

Cristo había escuchado ya las blasfemias de la nación, que aun le gritaba en la cruz: « sálvate á ti mismo». Había prometido á Dismas el cielo; había llamado á su Madre, madre de Juan; había dicho ante sus verdugos, la más hermosa palabra del Calvario: « Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen ». Y rehusando la bebida embriagadora que las damas de Jerusalén ofrecían

en el patíbulo, quiso una gota de agua que trajese á su sed, un rumor humano de Galilea, y una bendición divina del Jordán... Luego, creyéndose en el olvido, envió á Dios un lamento; después, reconociendo la consumación de las profecías, adormeció la cabeza de luz en la tiniebla del collado.

El sol del universo desde la hora de sexta, enseñaba el luto, á la Jerusalén, que oyó la plenitud del amor sin aplacar la cólera del odio. En el silencio de tierra y cielo, podían resonar más fuertes las blasfemias de los hombres: pero los hombres enmudecían amedrentados. Imperceptible entonces, acarició á Jesús el acento que, tonante, castigara en el Paraíso, y él á la Muerte, respondió con la eterna Vida, dando un grito, *emissa voce magna*: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Las sendas torcidas están enderezadas, igualadas las escabrosas, y terraplenados los valles. La cohorte gentílica lo presiente. El corazón del mundo se conmueve; angustia el estupor del prodigio y se parten las tumbas de los santos. El centurión, exclama: «En verdad este hombre era Hijo de Dios.»

Los israelitas, golpeándose el pecho, se cubren

de cenizas y buscan las murallas. El grito tradicional: « ¡Templo del Señor! » se escapa de su pánico. Pero ni el templo, ni Jerusalén, les ofrecerán abrigo: las casas oyen los clamores, sacudidas en sus cimientos. Las trompetas del sacrificio noveno enmudecen: el frío de su metal congela los labios. La corona de mármol del santuario se quiebra. Los bronceos batientes de Nicanor, que se corren al impulso de treinta brazos, se abren solos. Y el purpúreo velo, del Santo de los Santos, se rasga: su cordero no será inmolado; su misterio se desvanece y penetra triunfal el de la Víctima. En tanto, allá, en el monte, el acero hiere el divino flanco, y el agua del Bautismo se mezcla á la sangre de la Eucaristía... Como Dionisio, el Areopagita, halló en el eclipse la eterna luz, el mundo verá siempre sobre la cumbre, entre sus batallas y angustias, conquistas y contradicciones, el nimbo de la Inmortalidad!

.....

Los peregrinos y los monjes murmuran el postrer rezo en el Gólgota. Sus dedos se estremecen cual persignándose realmente ante el cadáver de Cristo. Imagen de sus corazones quebrantados, vislúmbrase partida la roca de la cruz. Todos se

abrazan, y muchos, de contrarios horizontes, se dan, sin conocerse, el ósculo de la paz... ¡Oh! fuente inagotable del amor, duermé en tu madero de oprobio, aun más grande que en el alba de tu resurrección. Tu corona, en cada garfio, ostenta un crimen, y fruto de la primavera de Nizán, luce entre sus espinas una flor de nieve que empurpura tu sangre. .

Espectros grandiosos la cercan. Los patriarcas y las mujeres fuertes, los profetas y los santos de la vieja ley; todos los que evangelizaste en el limbo, según la palabra del apóstol, arrancan de tu corona esa flor, y con la flor su espíritu. Las espinas quedan y la frente que cobijó tu verbo, no semeja la roca de Moisés: los hombres, sin embargo, le piden como á lo estéril un prodigio. Tú, engrandeciendo el silencio del Pretorio, enmudeces, y tu sangre corre. Corre en arroyos, corre en ríos, corre en mares: es el licor humano de la viña celestial. Gloria en las alturas á los que beben temblando de emoción; á los varones justos que llamas tus hijos; á los que requieren el acero y reflejan tu relámpago; á los que dan á su inteligencia el ritmo de tu amor; gloria á los inciensos, á las espadas, á las liras... Y he aquí

el tumulto de los profanadores de tu sangre. Profiere, Señor, tu gran palabra: Perdónalos, Padre... detén el gotear cruento y lanza de tus órbitas un torrente de llanto; mas si no ven tus lágrimas y «saben lo que hacen», precipita la mortal borrasca que tu negación desencadena... ¡Oh! fuente del amor; desde lo alto de tu grandeza desciende á la profundidad de nuestra miseria. El báculo de tu siervo, diezmado en las rutas del mundo, es del árbol secular de una casa cristiana: haz que renazcan todas sus hojas en su dureza, y que puro como la rama primitiva, cante al viento las armonías de tu nombre!

ASHAVERO

La muralla de Haran-Ech-Cherif se eleva cual corte perpendicular, de un rocalloso monte. Bloques incluídos en su base, forman el único despojo del Templo, rodeado por el barrio Mogrebino en un húmedo rincón de sombra. Una mampara, dividiendo el recinto, oculta á las mujeres. En fondo de piedra, mugre y tristeza, un agujero de la cerrada calle se antoja dar sobre los subterráneos de un rito misterioso.

Llegan hombres y mujeres; habitantes de Jerusalén y peregrinos del mundo. Al lado de sacerdotes lujosos se ven fieles grasientos. Tocas de cabrío, chambergos, turbantes, mantos talaes, yamacks, estambulinas, se estremecen y se inmovilizan, ante el muro, ocultando los rostros, que animan las oraciones. Todo aquel pueblo reza y gime. En medio del rumor zumbante se oyen claros algunos versículos: «Á causa del templo

destruido, solitarios nos sentamos y lloramos. Lloramos á causa de nuestros grandes hombres y de nuestra majestad pasada». Los diversos gritos se encauzan en una suerte de letanía. «Rogámoste, ten piedad de Israel. Junta á los hijos de Jerusalén. Haz que nos vuelva la hermosura. Apresúrate libertador de Sión, y florezca el ramo de Jessé»... Las lamentaciones de los mendigos, implorando caridad, aumentan los clamores desconcertantes. Entre las casuchas viejas, el corredor apestoso y el enorme muro, créese sentir las arpas melancólicas, acordadas á los afluentes del Eufrates. Pero, en realidad, se ven higueras, tristes como los árboles del destierro, dibujando copas secas por sobre patios miserables. Los fieles, al orar, besan los bloques, reliquias de Salomón, que se internan en el materno suelo cual semillas del templo futuro; las imaginaciones lo sorprenden con sus cedros y sus oros, brillante sobre los gigantescos querubines del Arca de la Alianza.

Muchos de los israelitas vierten lágrimas: algunos se exaltan y sollozan: tanta amargura estéril pasa cual lluvia, que, con su propio ímpetu,

arrebata del monte el grano que no puede arraigarse.

En la Vía Dolorosa se asiste á la ruptura del Pacto. Y al grito del presente Israel responde, inmortal, la voz de los Improperios: « ¿Por qué te saqué del desierto y te llevé á Canaán, me diste muerte de cruz? »... Niños de doce años, mueven ya la cabeza, con las espaldas convulsas y el lamento en los labios. El salvador invocado por Israel ¿hace que los hombres busquen en estas criaturas aureolas de elegidos? ¿Ó los hombres, creyendo inútil la súplica, antes de indicar la acción, enseñan ya el sollozo?... Un viejo de largo báculo, se sienta, apoya la frente en su mano, sorprende mis ideas, y dice: «Cada uno de esos muchachos, de guedejas juveniles, aumenta el caudal de mi melancolía, pero también la savia de mi rebelión y de mi esperanza. La lucha no está aquí. La venida del Mesías es para mí un símbolo: el Mesías es el pueblo de Israel; vendrá, en realidad, á su hora, y el mundo será nuestro, desde las entrañas de la tierra hasta las profundidades del cielo.

La batalla ha empezado. Dispersos formamos una sola nación. Irreducibles, somos un principio

de discordia; entre razas mezcladas, la nuestra, pura, será la fuerte; pues sabemos dominar á los hermanos anarquizados. Pasaron los tiempos patriarcales. No basta el dátíl de la palmera, el agua de la cisterna, la tienda de la familia. La vida transformada obedece en el mundo moderno á la riqueza. Un Banco vale dos ejércitos. Rothschild obra como Abraham, Judas Macabeo y Elías; es patriarca, guerrero y profeta. Mas dejad que éstos recen y sollocen; de aquí sale el fuego para fundir el oro; las piedras del templo engendran el nudo de nuestra red avasallante.

—Señor—exclamé—¿quién habla así entre los gritos y lamentos de sus hermanos?

El viejo me miró; luego, repuso: «Se me conoce en la leyenda humana; me llamo Ashavero. Abandoné esta tierra, después de la muerte de Esteban, discípulo del falso Cristo. Le oí blasfemar en el Concilio, cuando suscitó las iras de los sacerdotes, que, tapándose las orejas, arremetieron de un ánimo contra él. Le ví sacar de la ciudad y morir lapidado; pero ante el fervor de los apóstoles durante la persecución de Saulo pensé: hablemos al mundo en nombre de nuestra Ley... Recorrí el Asia Menor, la Grecia y la Italia. Me

impelía también un devorante anhelo de viajar. Llevaba, como los antiguos patriarcas, mi familia. Sentía por los míos afección honda en su esencia, y robusta en sus formas; profunda en su cauce y frenética en sus aguas. No hubiese podido abandonarlos. Cada muerte me era un desgarramiento. Empecé á comprender lo horrible de la maldición nazarena. Desaparecieron mis nietos hasta la cuarta generación: el viejo olivo emergía sobre el desastre de sus renuevos. En cada ciudad dejaba una tumba. Mis ojos no se obscurecieron como los de Jeremías: para tener llanto hubiese tenido que licuar mi corazón. Desapareció mi último nieto, sin descendencia, y me alegré de ello, ante la idea de un nuevo dolor. Me transformé en un árbol: mi vida, con la savia de los recuerdos, se ocultaba en la tierra. Y, sin embargo, caminar era mi ley, huyendo del tedio. Mi sombra fatal parecía por todas partes extinguir lo que tocaba; una flor, un pájaro, una hierba. Y aun hoy existe, y acaba con todo, menos con el cuerpo terrible que la proyecta. Resolví no buscar amigos. No querer para no sufrir: testigo inmortal, condenado en la orilla á contemplar el curso de las fúnebres corrientes. Odio el sol. Abomino

las estrellas. Y mi hastío milenario me hace maldecir el universo. Mi placer está en las tumbas. El valle de Josafat constituye mi reino. Mi cabeza duerme sobre las losas, y espera del frío la paz del reposo. Lo profiero sin creerlo: he perdido una esperanza, que arrullaron los mares, los torrentes y los árboles: la angustia se adhiere á mi corazón como hiedra de veneno. Imaginad las estatuas en que se posan los siglos con ala leve sintiéndolos transformados en montaña: así pesa el tiempo sobre mi espíritu y mi cuerpo.

¡Ah! no es extraño que en Roma intentase lo que intenté; escuchad. Miraba los pórticos abiertos de los palacios. Los frescos armonizaban graciosas escenas: yo temía que mi voz, con ácidos corrosivos borrara el júbilo de los colores. En el tumulto incesante del Foro, centro del mundo, devorábame el hastío más que en los montes de Judea: con la sensibilidad viviente de un hombre me sentía solitario como una palma.

El pavimento interminable de mármoles y mosaicos, preparado para las grandes fiestas, estaba ya cubierto de polvo de azafrán, y mis pies despertaban ecos de tumba. En tanto, las columnas, sus cuadrigas y sus dioses; las estatuas de los

Césares, y de atletas y artistas vencedores de batallas y de juegos; los Rostros y las tribunas militares con banderas y escudos; fulgían sobre palacios superpuestos á templos, debajo de otros templos erigidos sobre palacios, en asalto de blancura inmóvil al blancor movible de las nubes. Y las nubes nimbaban las frentes de las últimas Victorias, mientras el sol del cielo parecía creación de Roma, para encender, el alma de la ciudad vuelta mármol eterno...

Á la tarde el gentío se estremeció encrespado entre los muros. Senadores, patricios, mercaderes, legionarios, sacerdotes, pueblo, formaban procesiones en torno de los holocaustos humeantes. Se comentaban los jardines de Nerón y sus antorchas vivientes. Los cristianos, ardiendo en brea, habían iluminado, entre el jubilo de las orgías, el lago que imitaba el mar, los viñedos, y los trigales.

Al día siguiente íbase á celebrar en el circo copiosa matanza, para encanto de Roma y escarmiento de los pérfidos. Éstos, al mismo tiempo, interesaban la atención de algunos filósofos, pues, incorruptibles, veían correr la sangre hermana, con la impavidez con que mirarían destilar las uvas del monte nativo. ¡Ah! bien sabía yo que en esa

sangre saludaban la del Nazareno, en eucaristía militante, alimento ideal de su vigor. Repentino proyecto cruzó mi mente, y á sacerdotes que guiaban la litera roja de una vestal, les grité: «Prendedme, soy cristiano.»

Conducido á la cárcel Mamertina, pasé allí la noche. Cuatro jóvenes oraban y se abrazaban, con emoción y ternura. Hice todo lo que ún catecúmeno puede hacer al esperar la muerte. Mi corazón no les acompañaba; pero sí mis actos.

Á la hora del amanecer nos llevaron á las arenas. Jubiloso saludé el alba, pues creía seguro conquistar la sombra. El circo nos recibió con un tenue fulgor amarillento, sobre que resaltaban las armonías blancas de los mármoles. Las arcadas inferiores encauzaban los torrentes humanos, en un lago presto á la tempestad. El sol bañaba el pétreo monte, y reía á un tiempo, en las rectas dóricas, en las curvas jónicas, en las flores corintias. Luego, en la última muralla de abiertas ventanas, entre los mástiles dibujados en lo azul, tejía con chispas un tul de oro. Y desde arriba al pie, abrasaba á las estatuas, dándoles nimbos á las cabezas y firmas á los plintos, cual si todos sus

rayos, en exaltación de gloria, convergieran á una sola llama de nieve.

Pasó nuestro cortejo al borde de las fuentes. Los emperadores de bronce, perfilábanse verdes bajo espumas blancas; el sol arrebolaba la fluidez cantante, y los iris, más que por el agua, parecían creados por el murmurio. Tantos detalles, llenos de vida, me infundían íntimo placer al encaminarme á morir. Nos repartieron en las prisiones bajas: sentíamos el tumulto continuo de la multitud. Llegó la hora (han pasado veinte siglos), y está presente en mi memoria implacable.

Con un grupo me dejaron detrás de la barrera. Pude observar el circo y el espectáculo ya preparado. En un redondel, trágico, cincuenta cruces levantaban cuerpos de ancianos. Los donceles, como más vigorosos, se brindarían á las fieras. Varias vírgenes, desnudas, aparecían supliciadas también; así, el pueblo, atacaba su pudor, y mientras discutía la calidad de sus bellezas, las estatuas vivientes teñíanse de rosa. Comprendí al punto lo que me había salvado de la crucifixión. Aquellos bárbaros prestaban á su crueldad una estética. Mi cabellera de nieve, flotando sobre mi rostro de patriarca, mis barbas de Río cayendo sobre mis

manos de labrador, y mi enorme estatura apoyándose en el báculo, iban á completar el cuadro, como centro de los jóvenes mártires. Se encendieron hogueras ante las cruces. Los cuerpos que, martirizados, hacían contorsiones, arrancaban á la multitud risas y aplausos. En el anfiteatro no se vislumbraba un solo lugar libre. Los cónsules se dirigían á sus sitios: algunos plebeyos, olvidando las arenas, arrojaban miradas hostiles á los senadores. Á muchos patricios se les aclamaba discretamente. La Logia Imperial ostentaba el antepecho vacío, pero en su fondo se veían los tribunos y los prefectos.

Las vestales, cercadas de lictores, se apoyaban en bordados tapices, y las había hermosas. Á través de sus velos blancos, miraban á las vírgenes desnudas. Las guardadoras del viejo fuego, se estremecían ante las sacerdotisas del nuevo. Uníalas el lazo de la belleza juvenil, y las romanas quizá pensaban: dulce es morir por un profeta y abandonar la perenne pira de un templo que no ahuyenta el frío de nuestros corazones. Más altos, los agustiani, con sus típicas cabelleras rizadas, perdíanse entre el populacho, removedor, superpuesto en las graderías infernales.

En la parte de las arenas que nos esperaba, un montículo lucía árboles y flores para hacer pintoresca la caza. Y sobre la inconsciencia y el furor de los hombres, y la sangre y las cruces, que labraban los destinos del mundo, el velarium tendía su sombra, y cual si el circo fuese fantástica nave, deseaba, hinchándose, arrebatarlo por el azul en la profundidad de lo Infinito.

Sintióse un tumulto formidable en torno de una silla gestatoria. Sonaron músicas. Las águilas del palco imperial irguieron las cabezas. Agitación de marea estremeció el anfiteatro. Un grito colosal salió de las gargantas: ¡Ave César!

Nerón, mirando con sus ojos azules de miope, sonreía. Su rostro, cubierto de manchas, evocaba la piel de un tigre, y adelantó hasta el balaústre esculpido. Su vientre removía su traje purpúreo, y la ligera clámide daba la sensación de cubrir estiércol, amontonado bajo el esplendor de sus estrellas de oro.

Su maestro de canto, alerta en su celo, llevaba un gran lienzo para su boca. Mesalina, que le acompañaba, recibió flores de un grupo de danzantes orientales. Luego, miró á las vírgenes con ferocidad: el martirio de aquellos cuerpos ven-

gaba su hermosura fatigada. Sonaron las trompetas. Nos quitaron los cordeles: trajeron una legión de doncellas; y fuí puesto en el centro. Mis cabellos de nieve eran el pendón flotante. En el anfiteatro nos distribuyeron espadas. Nadie las quiso. En cambio, se alzó un himno religioso, evocando á Jesús, que rechazó la ayuda de las milicias celestes.

Los mancebos, tomándose de las manos, en círculo, ocultaron á las compañeras hincadas. Yo, permaneciendo erguido, admiré la arrogante serenidad de todos. La blancura de las ropas de lino prestaba mayor palidez á las mejillas exangües. Algunos rostros semejaban á los lirios, cuando los rayos del sol, sin traspasarlos, los circundan.

Las bestias salieron: dos leones enormes en primera línea. Las melenas en las cervices, les formaban coronas capaces de desafiar los vientos del desierto; y sus grandes ojos tenían destellos de mansedumbre. Resonaban los vítores de la plebe, y tras el montículo rugieron tigres. Se antojaban discípulos del César; eran actores y miraban al público antes de brincar elásticos.

Las panteras se estiraban con el sigilo de un traidor astuto; sus metálicos ojos se volvían llamas; de sus dientes quizá manaban ácidas pon-

zoñas. Los leones, en tanto, marchaban también cual si fuesen á deponer, espléndidos, su majestad de bronce al pie de las vírgenes blancas.

Los mártires pensaban: « Habéis querido arrebatarnos la fe. La muerte no nos importa. Es cual decir á los ríos que no vayan al mar: el agua corre hacia el agua y lejos de la tierra se convierte en infinita. He ahí el símbolo de nuestra esperanza ». Y por sobre el circo, más allá del apiñamiento de las multitudes, veían á los ángeles de alas abiertas y palmas incorruptibles. Yo, á mi vez, me murmuraba: « Lástima que pujanza tanta, sea cosecha de un falso labrador. »

No tuve tiempo de continuar. Los retiarios, desde las grutas del montículo, aplicaban hierro á las fieras. El bramar salvaje de los felinos se confundió al delirante de la plebe. Los jóvenes cantaban, y el ritmo de sus hosannas, hallaba en sus propios alientos las alas del espíritu. No quedó nadie con vida. Cada ropa de lino era una mortaja de sangre. Y entre miembros mutilados, ojos disueltos, senos abiertos, las fieras, repentinamente mudas, devoraban, en un silencio, que la bestia humana rompía con sus aplausos.

Y hubo un movimiento. Nerón, clavó en mí los

ojos, prorrumpiendo en violenta carcajada. Creí que me incitaba á caminar. Marché, en efecto, evitando los despojos, pero pisando el húmedo tapiz. Mi paso se hizo firme. El estupor de un prodigio se abatía sobre la canalla supersticiosa. Los felinos, ahora, sacudían las entrañas, cual si en lo muerto, encontrasen dientes, disputándoles la presa.

Erguido sobre mi báculo, adelanté, y retrocedieron. Fulgía como la mujer de sal, ante las llamas de Sodoma. La multitud sentía, en mí, el resplandor de lo divino, sin comprender la maldición de mi fuerza. No meditaba, murmurándose: es la estatua de la tristeza, ausente del arte griego, y no creada por Roma, extranjera á la vida de nuestra ciudad, más alegre que un verde pámpano. Pero desaparecieron mis líneas graves: ante la inquietud de Nerón sonreí aproximándome á su palco. Mesalina le preguntó: «¿Por qué tiembles?» Él repuso: «Ese hombre me evoca sueños nefastos.»

La voz contenida del pueblo se concentró estallante en un solo grito: «Sacad las bestias, están saciadas.»

Los retiarios se las llevaron. Por las fauces

de los corredores aparecieron un león, un tigre y una pantera. Yo, impasible, delineábame grandioso, en mi serenidad pensativa. Adivinaba que no iba á morir; y empezaba á interesarme en el espectáculo. Avancé; el león se alejó pausadamente. Á través de las cuerdas de las sandalias, me humedecieron los pies los alientos de la pantera. Mas, de pronto, dando un salto con el tigre, se refugiaron en el montículo. Sentí infinita amargura, mientras el murmurio de la plebe se congelaba en un silencio aterrado de asombro.

Un heraldo gritó desde la tribuna: « El emperador le llama, hacedle subir ». Mesalina pasaba sus dedos por sobre los ojos de Nerón. Su rostro encendíase más carmesí que la púrpura de la clámide. Del mirar siniestro, que había reflejado tantos crímenes, la esposa quería borrar una visión fatídica.

Me acerqué cauteloso. Dos fuertes cuerdas me ligaron los brazos. El César exclamó: « He visto en sueños á las estatuas de las naciones cerrándome el teatro de Pompeyo. He oído una voz llamándome desde las puertas del Mausoleo. Y anoche fuí sacrificador en un gran holocausto. Las becerras eran blancas. Júpiter deseaba una con

corazón, y mi cuchillo, al abrir los pechos, encontraba el vacío. Ahora comprendo. ¿Eres tú quien va á robarme el corazón del pueblo? ¿Cómo te llamas, hombre prodigioso? » « Mi nombre — repliqué — es Dolor.»

Un rayo de cólera agitó el concurso. Nerón bajó los ojos. Como sordo trueno llegaba la inquietud de la curiosidad popular. « Responde — prorrumpió un prefecto — ¿no comprendes que nosotros somos más fuertes que los tigres? »

— Mi vida no me pertenece, ni es vuestra — tal dije; pero Mesalina gritó, entonces: « Yo he asistido á una predicación; imita al Cristo.»

Oyendo aquel nombre palidecí: — « No nombréis á mi enemigo » — repuse.

— ¡ Ah! — murmuró el emperador — ¿no es él el que te salva?

— Sí, pero para sacrificarme: para volverme al suplicio; quise engañarlo con una falsa conversión. Creí poder morir entre los cristianos y soy judío.

El círculo de mantos y de togas se estrechaba en mi torno. Proseguí: « Ese profeta, condenado por vuestro pretor, llegó hasta mi casa. Cayó bajo la cruz que arrastraba, y su sangre manchó mi

dintel. Alzando los ojos, dijo: « ofréceme de tu agua ». « Reo de mis sacerdotes y príncipes — respondí — las mujeres de Jerusalén te la darán, yo vuelco la mía ». Y al odre de mi mano lo incliné, y la tierra, ansiosa, tragó la última gota. Jesús abrió los labios: « Vivirás eternamente ». Me maldecía, y su voz exhalaba melancólico acento. Imaginad la irrupción de un rayo en blanca nube hecha con lana de los corderos pascuales. Y el acento se me quedó pegado en los oídos: mas, luego, con placer, asistí á su suplicio: al fin, vivir siempre, no era una mala profecía. Y hoy le odio en nombre de mi angustia: hasta las fieras me huyen, y su respeto es la más terrible forma de la maldición implacable.

— « Cómo » — prorrumpió el César — « ¿llamas á eso maldición? »

— « Veo que no comprendes. Sabe que en mí todas las ansias y todos los goces de la juventud se han extinguido. No tengo pensamiento consciente sino para sufrir. No amo, pues temo las separaciones. Mientras tú miras adelante, el campo de la existencia, yo contemplo, atrás, el seno de la nada. El abismo, que no quiere recibirme, devoró todo lo dulce y armonioso de mi

camino. Siento el instinto de la muerte, tan supremo, como tú el de la vida.»

Nerón, advirtiendo en su cuerpo un reproche, concibió la idea de la inmortalidad.

— «No importa» — gritó — «me río de lo que cuentas». Y alzando el acento aun más: «¡Ver siempre el sol. El sol. El sol!»

Sus manchas se encendían en la vehemencia del acento, enloquecido por el anhelo de la luz: parecía que en su rostro el astro le estallaba en la venas.

Yo volví á hablar: «Calla. Felices de los que dejaron la tierra en el seno de Abraham. Tu corazón me creyó enemigo, y tú, que haces temblar á Roma te estremeciste, y tú, que haces llorar al mundo, te emocionaste. Dime, ¿no crees que cuando se pierden hijos, nietos, esposas, amigos, el espíritu se refugia en el amor de su pueblo? ¡Ah! piensa en la amargura de asistir á su derrota... Ya vendrá el triunfo de los que claman: *Era el Rey de los Judíos*. Y Él profetizó la ruina de Jerusalén. Roma será la nueva Babilonia, y después los impostores vencerán á Roma. Tú no existirás ya, y yo sí, para gozar del último oprobio.»

Así, dije, y volví los ojos á las arenas; se oía el rumor del velarium. Corríanlo, y el cielo, esplendente, bañaba á los muertos, sobre el imperial tapiz de la purpúrea sangre. «Observa—murmuré—ese manto comienza á ser la mortaja de tu religión. ¿Y te quejas cuando, tranquilo, no verás el derrumbe, inerte en la paz del sepulcro?»

El César, frenético, prorrumpió en acentos delirantes, gritos de sus entrañas, transformadas en voz: «Mi mes, es el mes de abril. Porque soy la primavera de la luz, lleva mi nombre; porque soy el regocijo del canto, me saluda. Quiero vivir ante un eterno sol. Traedme al Nazareno; le negaré el agua del Tíber, el agua de mis lagos, el agua del mar, el agua de mis lluvias»...

Á mi vez, violento, le interrumpí: «Pides algo imposible, pero no morirás; tu nombre será abominado por los siglos de los siglos.»

—«Sacadle»—rugió Nerón—intensamente pálido, cual si su sangre se coagulara. Me retorcieron las cuerdas; mas luego escuché á un jefe de lictores: «Ponedle en libertad, y que huya de Roma». Mesalina, prorrumpió: «Ave César». El pueblo, respondió con un estallido de aclamaciones.

Me dejaron en las puertas del circo, y marché

hacia las murallas: el gentío se abría ante mí en silencio, y yo me preguntaba si por pavor ó respeto. ¡Ah! el pavor. Eso inspiro cuando se me conoce. Mi báculo, que, inerte, no es sino mi apoyo, tiene el don oculto de sembrar la inquietud...

Ashavero enmudeció, fatigado; y sin resistir á la curiosidad, observé precisamente, su báculo. Entonces, con nuevo esfuerzo, se puso á decir: «Desde hace veinte siglos me acompaña. Cuando empezó á impelirme el anhelo fatal escuché gemir un pino en las cercanías de Jerusalén. Murmuré: «¿de qué sufres?». No me respondió. Y encorvándose, como la espalda de un viejo, buscó en el suelo mi sombra. Quedéme con la lengua paralizada, y se pusieron turbios mis ojos. El árbol volvió á gemir. Es, pensé, el viento, que aprende en el ramaje una canción, para ir á arrullar en las cavernas el sueño de los leones.

El pino carecía de varios gajos; y, semejante á los mendigos que muestran sus llagas, él alzaba al cielo sus heridas, implorando el sol y la lluvia. Repentinamente se agitó: esta vez no era ilusión. Los próximos cedros se inclinaron cual si pasase el huracán. «En mis ramas—murmuraba

el pino — las hojas están vivientes. Mis verduras elevan plegarias. El nocturno rocío las toca con unción. El lucero del alba las besa con sus rayos. El sol las viste con sonrisas. Sólo el hombre no las oye. Ven, tú, arráncame un báculo. Que las gentes, á tu paso, mediten en su cuna, y alaben al árbol de Judea. »

Y yo oía su voz, cual nuestro padre Abraham la de Jehová, mandándole sacrificar al hijo sobre la cumbre del Moriah. Corté el gajo, y desde entonces, viajador eterno, no me abandona, y á veces creo que en él arde un espíritu como en la zarza del Oreb, bajo el mirar omnipotente»...

— ¡Oh! Ashavero — dije — ¿cómo no contem-
plaste en el pino el árbol de la cruz? Conviér-
tete, y hallarás quizás el eterno reposo.

— Nunca — replicó. — Nunca. Me erguiré con-
tra el que me maldijo. Ya no busco la muerte
ni deseo engañarlo. En mi cansancio siento íntima
voluptuosidad. Me vengarán mis hermanos al domi-
nar el mundo, mientras estos humildes del templo
cuidan el calor para fundir el oro.

Se puso de pie, requirió el bastón y flotó la
patriarcal cabellera, como lino de antigua tienda,
sobre la innumerable familia de sus recuerdos.

— Detente aún — prorrumpí. Evoca al Esteban, que viste lapidar. Demostró cómo tus padres combatieron á Moisés, en nombre de Moloch, y hoy tú le veneras. Evocó á José, perseguido por sus hermanos, y hoy tú le veneras. Contó las luchas de Josué y de Israel siendo su jefe, y hoy tú le veneras. Enumeró la triste suerte de todos los profetas que anunciaron el advenimiento del Cristo, y hoy tú los veneras. ¿Por qué si Israel mató á ese Justo, no te arrepientes como otrora, y no veneras al supremo profeta? Platicando con la Samaritana al borde del pozo de Jacob Él profirió esta misteriosa palabra: «La salud viene de los Judíos». Quien sabe si la suerte del mundo no cambia por esa reconciliación. Hazla. Besa tu báculo, deicida empedernido. Fragmento del árbol de la crucifixión, sostén de tus dolientes pasos, será, al fin, lo que quiso ser desde el principio, la cruz de tu sepulcro.»

Ashavero, sin responder, echó á marchar. Su expresión, casi sobrenatural, concentraba el Tiempo, con el carácter rígido de un incommovible monte. Tornaba en son de conquista, á Europa, iba á recorrer el Asia; pensaba en América. Su sombra se tendía á los cuatro vientos del cielo, y su

paso cobraba un nuevo vigor, en las voces ardientes, en los gritos vibrantes, en los llantos espasmódicos del pueblo que, aun más crecido, amontonándose contra el muro, proseguía en el fuego de su plegaria: « ¡Apresúrate libertador de Sión, reúne tus hijos y vuélveles la majestad y la hermosura! »

LA ASCENSIÓN

En lo alto del Oliveto un oratorio franciscano cubre una curiosa piedra. Durante siglos estuvo enterrada; en sus caras se ven imágenes. Aquí el Maestro monta el burro de la Pasión; más allá un grupo de mujeres esgrime palmas; y un hombre, subido á un olivo, les corta gajos. No sería extraño que la antigua reliquia determinase el sitio donde Jesús se reposó, antes de su entrada triunfal en Jerusalén. «Salve», proferimos, como los resucitados de Klopstock: «Salud á quien la razón debe su antorcha divina y el sentimiento su fuego celeste.»

Luego bordeamos un cementerio, hasta una caverna sepulcral, tallada en la roca, construída en honor de los profetas. Los judíos los habían muerto, y Cristo exclamó: «¡Ay de vosotros, que edificáis de estos sepulcros. Verdaderamente dais á entender que consentís en las obras de

vuestros padres, porque ellos los mataron y vosotros se los levantáis!»

En realidad resulta más posible identificar la tumba, con lo que se llamaba «Sepulcro de los Sacerdotes»; pues allí fueron inhumados Zacarías y Ageo.

El monte ondula profundamente, y al levantarse, muestra el templo del Pater. Ya el Maestro, en el Sermón de la Montaña, había recitado su plegaria tan distinta del modo de orar antiguo. Fustel de Coulanges ha sintetizado admirablemente: *Le christianisme changea la nature et la forme de l'adoration: l'homme ne donna plus à Dieu l'aliment et le breuvage; elle fut un acte de foi et une humble demande. L'âme fut dans une autre relation avec la divinité: la crainte des dieux fut remplacée par l'amour de Dieu.* Cuenta San Lucas, que en cierto lugar los apóstoles sorprendieron á Jesús rezando, y le suplicaron: «Enseñadnos, Señor, como Juan en persona enseñaba á sus discípulos». Él, simplemente, repuso: «cuando oréis, decid: «Padre, que vuestro nombre sea santificado»... Así, repitió la fórmula, que había añadido hermosura al encanto de la montaña; y que Santo Tomás, siguiendo á

San Agustín, iba á declarar en su *Summa*, la plegaria perfecta.

En el lugar de la escena se levanta un claustro gótico, abierto á un jardín, donde el romero perfuma. En los bloques murales, la oración dominical escrita en todas las lenguas del mundo, aparece como para atraer á todos los hombres de la tierra. ¡Piedras de los montes y de los templos, decimos una vez más, piedras de los valles y de los ríos, piedras inmortales, piedras de la Palestina; no es menester que se os anime con el verbo ígneo de Bossuet; ni que se lustre en vuestros cantos la espada de Godofredo: basta sentir el deseo de lágrimas de los humildes, y vuestras durezas ofrecen maternales blanduras, y vuestras frialdades calor divino! Á las piedras de las regiones bíblicas, se mezcla el encanto de sus corrientes. Ved en el centro, parlera, una como línea de manantial. Se saluda el agua; se bendice el agua; elemento que encierra la ardiente fecundidad en la gracia de su vida. Toda agua es un milagro siendo un misterio, y más que las de otras comarcas, vierten las de Jerusalén, el frescor de la primer mañana del mundo. Se desearía que el alma se

retratase en ellas como en un espejo, mientras repercute el acento de la voz de Asís:

Laudato sia il mio Signore per sor aqua.

Al pie de un brocal se tiende un trozo de hielo. La impresión curiosa es apacible. ¿De qué gruta de escarchas se le ha traído á la atmósfera suave? Y, sobre todo, ¿qué monje, esculpiéndolo, ha como continuado la oración de sus labios? Luce la forma de un capitel de cristal, desprendido de un templo invisible. El agua, purificada en su pétreo transparencia, quiere ser apoyo de un altar níveo. La mente del artista adivínase también blanca en esa idea, en que el ensueño plástico se funde á la plegaria inconsútil. Un rayo de sol baña la frágil corona de la columna ausente. Obras soberbias encuentran en la pesadumbre de su esplendor su ruina; ésta, se deshace bajo un beso de luz. El agua brota de sus arabescos, escapa de sus flores, corre por un principio de fuste, y disuelve sus formas en llanto. En las lágrimas, hijas del hielo y el sol, un espíritu de vibrante regocijo, y de humilde pujanza, se lleva el pensamiento del monje, para fecundar las gramillas, y seguir glorificando al Señor con el perfume:

Laudato sia il mio Signore per nostra madre terra.

Á unos pocos metros una cripta con doce columnas, conmemora el apostolado; y se dibuja un icono, donde cada apóstol muestra en su filacteria el versículo que se le atribuye en el Credo.

El padre León Cré, en erudita comunicación, refiere la historia del santuario. Recuerda que Quaresmius, en 1630, se ocupó del Símbolo de los Apóstoles. ¿Dónde fué compuesto, en el Cenáculo ó en el monte de los Olivos? Adrichomius, en su tiempo, sostuvo la probabilidad de lo primero, evocando el versículo de Isaías: «De Sión ha salido la ley, y la palabra del Señor, de Jerusalén.»

Pero en el Cenáculo se había dado la enseñanza de la Pascua, instituido la Eucaristía, y predicho el advenimiento del Espíritu Santo. Eso basta como consagración de la frase del profeta.

En tanto, en la época del Credo, no podían los apóstoles juntarse en Sión por las terribles persecuciones de Agripa; y se conocen sus asambleas en una cripta del monte de los Olivos. La tradición habla de las dos cisternas comunicantes, que tiene la hoy venerada. Ya Arculpha y Adamnanus, sostuvieron también, que Jesús debió dormir

ahí á menudo, completando un pasaje de San Lucas: «Durante el día enseñaba en el templo y de noche lo pasaba en el monte de los Olivos.»

Documentos importantes, principalmente el de Santa Silvia, cuentan que en el siglo IV, el obispo de Jerusalén, conducía procesiones durante la Semana Santa, « á la gruta en que el Señor adoctrinara ». Lejanos peregrinos, Eusebio y el de Burdeos, refieren que, bajo Constantino, además de las basílicas del Sepulcro y de Bethleem, edificóse una tercera sobre la gruta. Á un paso, otro monumento, celebraba el misterio de la última cena del resucitado.

El sitio de la Ascensión está, efectivamente, vecino. Del templo de los Emperadores no queda nada: lo reemplazó una pobre mezquita. Y en el centro de los murós, antiguas piedras señalan el lugar preciso del supremo milagro.

Ya Jesús había dicho á las mujeres: « Id y anunciad á mis hermanos que me verán en Galilea ». Ya se había aparecido á Cleofás y á otro discípulo, quizá Simón, en la ruta de Samaria; y preguntándoles las causas de su tristeza, les había demostrado el enlace de las profecías desde Moisés al Cristo muerto. Ya había infundido á los após-

toles el poder de perdonar las culpas y había vuelto á Pedro la primacía que perdiera en la Negación. Ya había vaticinado al pontífice el martirio y las persecuciones á los discípulos... cuando en una tarde como ésta, y sobre este mismo monte, un legionario, de nombre Akis, caminaba hacia Betania.

El clavo de la diestra de Jesús se incrustó á los golpes de su mano. Marchaba inquieto, como hombre que no cree en la gloria de su cohorte, ni en la fuerza de su espada. Iba á ver á Lázaro. Anhelaba certificar su historia, y darse cuenta si la guardia mentía por orden en lo del robo del cuerpo santo. Su centurión había rendido tributo al Hijo de Dios; él, incrédulo aun, sentía un principio de remordimiento, y se preguntaba supersticioso: « si ha resucitado ¿ dónde está, y qué me espera? »... Y descendía la ruta del monte á Betania, y de repente vió sobre el sepulcro de un juez una estatua. Lo inesperado de esa figura lo atrajo: su frente sudó de espanto; la sombra de un olivo prestaba consistencia á un espectro de carne, quimérico y real. No era una estatua, ni tampoco la imagen del juez. El aparecido sonreía; él avanzó: la sombra de la higuera se esfumaba,

y la transparencia del cuerpo adquirió esplendor de lumbre.

—Rabí— dijo el soldado —¿ eres, en verdad, el Hijo de Dios ?

En la diestra, inválida, los bordes de la herida, vibrantes como labios, se estremecieron, y una voz repuso : « La paz sea contigo. »

El legionario se prosternó : había comprendido. Aunque aquella boca no hablase, la llaga abierta proclamaría eternamente su ignominia. « Señor — suspiró— haz olvidar al mundo mi nombre. »

Akis vió entonces que la mano cicatrizaba, resplandeciendo, y que murmuraban los verdaderos labios de Jesús : « Haz penitencia » ; quiso besar sus pies, mas la visión había desaparecido... El San Juan del icono parece decirnos : « Eso no está en los Evangelios, y sólo conozco á Tomás, que metió los dedos en la herida del Maestro. »

Ya, en efecto, también el Redentor había confundido al discípulo incrédulo, y, después de comer con los apóstoles, y exclamar : « Seréis mis testigos en las extremidades del mundo » ; desde la cumbre del monte se elevó en los aires.

Subía, en su gloria inmortal, al seno de su Padre, aquel que del Padre mismo es dulce vapor,

inmaculado espejo, emanación de sus claridades. Bossuet, meditando los conceptos del libro de la Sabiduría, y lo que salió de la Eterna Substancia, para retornar á su fuente, simboliza la Fe y se abandona á su fiebre: «Me pierdo; creo; adoro; espero ver; lo deseo, y en eso está mi vida.»

Los Hechos, agregan, que los discípulos se volvieron á Jerusalén: nosotros desandamos el monte con la tristeza que los actos maravillosos arrojan sobre la miseria humana. Estremecen nuestros labios versos de la lengua materna. Por la atmósfera transparente pasa una nube radiante. Los murmurios del olivar recuerdan los deseos del corazón de los apóstoles, que San Pablo llamaba rayos de gloria. Y el agustino les infunde su verbo, y claman ante la nube:

Te llevas el tesoro
Que nos resplandecía
Mil veces más que el puro y claro día.

En otra nube ideal suenan las campanas de la Pascua. Campanas de inmortales auroras, campanas de inmortales rocíos, campanas que en los rocíos de esas auroras hallaron contento para espíritus irradiantes de amor. El alma evoca á los seres del

lejano hogar ; y el rapto de Luis de León condensa el grito de los abuelos creyentes de nuestra vieja raza. Pero he aquí la imagen de un nuevo poeta. Sofrono, al seguir esta ruta, cantaba en el primer siglo de la Iglesia:

Tuam venustatem ex Olivarum monte
Quam dulce est mirare, ô urbs divina.

¡Sí! ¡Dulce es mirar la ciudad divina desde la cumbre de la Ascensión! Allá se tiende con sus torres y sus murallas. Los montes erguidos, y el Mar Muerto acostado, se mezclan á las llanuras en círculo ondulante. Las nubes blancas, abandonan las cúspides, y las siluetas delinean sus reflejos. Flota entonces en el espacio una gracia risueña, una serenidad cautivante, un enternecimiento de lo azul, al sentirse glorioso. Los muros, en tanto, oprimen á Jerusalén, impidiéndole desbordarse en el valle, y destrozar los cementerios. El recinto de Omar, destaca sus mosaicos en el ángulo de Hinmón; y los pequeños redondos techos semejan humildes acordes que van á estallar juntos en el esplendor de la mezquita. Á la derecha nos absorbe el Santo Sepulcro: queremos concentrar el paisaje al decirle adiós. No se advierten las tristezas de

los baluartes; se evaporan en las lejanías encendidas. No se siente el ajetreo de los hombres: sus odios, adormecidos en las claridades, se transforman en plegarias. Las promesas de la muerte adquieren las transparencias de la luz. La Basílica encierra el corazón de la ciudad; y si una nube toca su cúpula, es para abrirse y tejer sobre el sepulcro, los corpúsculos y los rayos de una cruz de oro. Así, entre el tumulto contemporáneo, evocaremos siempre á Jerusalén, con el significado propio de su nombre, *Visión de Paz*.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Jaffa.....	7
El triunfo del Sepulcro.....	19
En el convento franciscano.....	27
Basílica del Santo Sepulcro.....	37
Iglesia del Apóstol Santiago.....	52
Hijas aladas.....	58
Monte Moriah.....	65
En las cavernas reales.....	78
La tumba de los Reyes.....	83
La gruta de Jeremías.....	87
Sepulcros.....	95
Valle de Josafat.....	101
La ruta de Bethleem.....	110
Bethleem.....	126
La fuente de los Magos.....	139
Aïn Carin.....	147
Jericó y el Jordán.....	160
Las exhalaciones.....	189
Betania.....	196
La Pasión.....	208
Ashavero.....	248
La Ascensión.....	271

